

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. ISSN 0328-221X - N°55, Buenos Aires, Otoño 2004, 57

Libros
Schmucler
Crespo
Rosenberg
Etchemendy

Fabián Bosoer

El mundo que
nos dejan
las guerras de
Bush II

Guillermo Ortiz

Neoterrorismo,
la otra cara de
la globalización

Héctor Barbotta

España: no más
guerras
al moro

Vicente Palermo

Tribulaciones
económicas de
Lula: a mitad
del camino

Ensayo

Los desafíos
políticos del
cambio
cultural

Norbert Lechner



¿Es necesaria (y posible) una izquierda democrática?, Juan Carlos Portantiero • **Ni olvido ni perdón**, Hernán Charosky/Alejandro Bonvecchi • **Peronismo: víctima o victimario**, Sergio Bufano • **La reforma política en los partidos**, Ana María Mustapic • **Conservadurismo y republicanismo en políticas de seguridad**, Roberto Gargarella

Dossier Norberto Bobbio

Contribuciones a la teoría jurídico-política del socialismo (no sólo) italiano, Alberto Filippi

- En la máscara del poder, Giacomo Marramao
- La izquierda y las reglas de juego, Edgardo Mocca

En este número



Razones diversas nos obligaron a este largo paréntesis de un año. En la presentación del número anterior describíamos la situación nacional e internacional con escasas expectativas sobre los desenlaces posibles y cerrábamos afirmando: "El cuadro es terrible, como nunca, pero es tiempo de renovar convicciones y compromisos". Para sorpresa de muchos, incluyéndonos, por cierto, el panorama registró cambios importantes en uno y otro escenario. En el plano internacional, la evolución de los acontecimientos parece ir encaminándose hacia nuevas circunstancias, diferentes y hasta en cierto modo contrapuestas al envión neoperimperial impulsado en 2003 por la administración Bush. La marcha de la guerra y posguerra de Irak generan consecuencias en cadena que importan sucesivos cambios en el interior de la originaria alianza Occidental y, aun, en la situación norteamericana, con

vistas a la próxima renovación presidencial. El clima no es el mismo, y aunque no es posible arriesgar pronósticos, se han abierto perspectivas que no parecían posibles un año atrás. Y en lo nacional, las modificaciones rayan con lo sorprendente. Superando incluso las perspectivas más optimistas, la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia ha inaugurado un nuevo umbral para la democracia argentina. Tampoco es fácil aquí imaginar el desarrollo posible de esta etapa, pero está claro que el panorama ha cambiado de signo, con espacio para el optimismo de la izquierda democrática. Algunos datos ilustran la riqueza de ese nuevo umbral: recuperación de la centralidad de la política, búsqueda de dispositivos para mejorar la calidad institucional, preocupación por afirmar el pluralismo y la equidad. Una agenda médica, sí, pero saludable, y un horizonte abierto. *OP*

Sumario

POLÍTICA

Juan Carlos Portantiero, ¿Es necesaria (y posible) una izquierda democrática?	3
Hernán Charosky / Alejandro Bonvecchi, Ni olvidó ni perdonó	5
Sergio Bufano, Peronismo: víctima o victimario	7
Ana María Mustapic, La reforma política en los partidos	10
Roberto Gargarella, Conservadurismo y republicanismos en políticas de seguridad	14
INTERNACIONALES	
Fabían Bosoer, El mundo que nos dejan las guerras de Bush II	16
Guillermo Ortiz, Neoterrorismo, la otra cara de la globalización	19
Héctor Barbotta, España: no más guerras al moro	23
Vicente Palermo, Tribulaciones económicas de Lula: a mitad del camino	24
El artista: Henri Matisse, nació en Francia en 1869, murió en 1954. Fue un exponente protagónico del fauvismo y figura central de la plástica del siglo XX. Aquí se reproducen algunos trabajos en collages y grabados sobre linóleo.	

DOSSIER NORBERTO BOBBIO

Alberto Filippi, Contribuciones a la teoría jurídico-política del socialismo (no sólo) italiano	26
Giacomo Marramao, En la máscara del poder	32
Edgardo Mocca, La izquierda y las reglas de juego	34

LIBROS

Héctor Schmucler, ¿Cuándo comenzó el terror?	36
Horacio Crespo, Retorno a la crítica: historizar el capitalismo	39
Santiago Rosenberg, Un análisis riguroso y completo	41
Sebastián Etchemendy, Las contradicciones del Nuevo Imperialismo	43

ENSAYO

Norbert Lechner, Los desafíos políticos del cambio cultural	45
---	----

La Ciudad Futura

Moscona 1785, 6° piso, (1093) Buenos Aires, teléfonos 4372-3663 y 4805-0826, e-mail: opedrosos@ciudad.com.ar.

Director fundador: José Aricó (1931-1991). **Directores:** Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. **Editor:** Osvaldo Pedroso. **Consejo de redacción:** Gerardo Aboy Carlés, Gerardo Adrogué, Alejandro Bonvecchi, Fabían Bosoer, Sergio Bufano, Franco Castiglioni, Horacio Crespo, Hernán Charosky, Sebastián Etchemendy, Javier Franzé, Marcelo Leiras, Ricardo Marzorán, Edgardo Mocca, Guillermo Ortiz, Vicente Palermo, Martín Plot,

Emesto Semán, Pablo Semán, Lucrecia Teixidó. **Comité asesor:** Emilio De Ipola, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Ricardo Nudelmann, Oscar Terán. **Maqueta original:** Juan Pablo Renzi. **Administración:** Arnaldo Jáuregui. **Diagramación y armado:** Viviana Mozi. **Corrección:** Violeta Collado y Carlos Astorelli. **Impresión:** Gráfica Integral, Doblas 1968, (1424) Buenos Aires. **Distribución:** Siglo XXI Argentina, Tucumán 1621, 7° N, (1048) Buenos Aires. **Registro de la Propiedad Intelectual:** N°192675. **Suscripción anual:** Argentina, \$ 25. Exterior, US\$ 30. **Cheques y giros:** a la orden de Osvaldo Pedroso.

POLÍTICA

¿Es necesaria (y posible) una izquierda democrática?*

Habría que comenzar, quizá, con una aclaración. A partir de ahora voy a referirme a la posibilidad de constitución de un espacio ideológico de izquierda democrática y reformista en la Argentina actual, y no de una organización política de centroizquierda.

Juan Carlos Portantiero

La razón delistingo no me parece bizantina: el concepto de centroizquierda alude a un gobierno y a sus políticas en el caso de que estén sostenidos por la asociación entre fuerzas de centro y de izquierda, como sucedió (y espero que vuelva a suceder pronto) en Italia con el Olivo o como en la actualidad sucede en Chile con la convergencia entre el Partido Socialista y la Democracia Cristiana. Aplicada como se hace entre nosotros hoy, la expresión "centroizquierda" en realidad nombra a una carencia que no se atreve a expresarse: la de una izquierda democrática y reformista con fuerte implantación ciudadana capaz de pelear una participación en el gobierno. No es éste el caso del Brasil, Chile o Uruguay, donde las izquierdas —el PT, el Partido Socialista y el Frente Amplio— son poderosas organizaciones que desde su propia fuerza pueden plantearse y plantear a otros —lámémoslos el centro— la posibilidad de articular proyectos de gobierno. Acá ese lugar pudo ocuparlo, en los últimos tiempos —hasta 1943 ese papel lo había ocupado el viejo Partido Socialista—, el crecimiento impresionante del Frepaso en la década de 1990, incluso con la posibilidad de trascender efectivamente hacia un gobierno de centroizquierda a través de la alianza con la UCR en 1997 y 1999. No hace falta agregar que eso terminó en un fracaso descomunal,

que desprestigió política y culturalmente la idea de una coalición de centroizquierda y, más aún, replegó, quien sabe por cuánto tiempo, la probabilidad de constitución de lo que debería ser —a la manera chilena, brasileña o uruguayana— una alternativa real de izquierda democrática con apoyos significativos de la ciudadanía. En la transición duhaldista, el ARI quiso hacer suyo ese lugar y en un momento la figura de Elisa Carrió pareció transformarse en el vértice en el cual esos afanes podrían converger. No es mi intención descartar de plano que esa opción pueda proyectarse en el tiempo, pero parece evidente que en la actualidad no pasa por su mejor momento.

Y aquí entro en el nudo del problema, aceptando que no lo haré sin dificultades porque soy consciente de mi imposibilidad para sentir algún vínculo, emocional o racional, con los elementos culturales que nutren la larguísima experiencia histórica del peronismo. Porque el nudo del problema, la equis a despejar de la ecuación política para una izquierda democrática es, en esta hora, la presencia, en un principio casi accidental, de Néstor Kirchner en la Presidencia de la Nación. Y él no deja de pertenecer, en principio, a esa misma larga saga, perdurable y mutante, que desde el primer Perón, abarca generosamente al camporismo, a López Rega, a Isabel y a Menem; esto es, al nacionalismo popular, al "socialismo nacional", al protofascismo terrorista y al neoliberalismo, en una sucesión de

prácticas tan disímiles que en algunos casos llevaron hasta la guerra (literalmente) entre fracciones del movimiento que invocaban la misma prosapia. Si hubiera que ubicar a Kirchner en esa larga peripetia, no sería incorrecto identificarlo con una suerte de neocamporismo, que revive una orientación ideal pero la proyecta en un tiempo, como el actual, muy distinto de aquel, en el que ya no cabe la concepción del "partido armado" ni la del "socialismo nacional", sino, en todo caso y de acuerdo con propios plenarios oficiales, la de un "capitalismo nacional".

Sumada a la muy fresca experiencia fallida del Frepaso (y por añadidura, de la Alianza con la caricaturesca figura de De la Rúa al frente), la presencia del señor K en el Gobierno ha puesto en cuestión, y de manera dramática, las oportunidades de recrear una fuerza de izquierda democrática en nuestro país. En verdad, Kirchner, que en un principio pareció ser sólo el candidato que podía incomodar el patético retorno de Menem al Gobierno, transformó esa pura negatividad en una dinámica de realizaciones positivas. Poco a poco fue superando el vacío de sociedad que vivió la política desde los tiempos finales de la Alianza, y a partir de una firme reconstrucción de la autoridad presidencial, rehabilitó valores que el colapso de 2001-2002 había destituido. Y esa restitución de autoridad (que a la vez le permitía superar el temor colectivo de que sólo fuera un títere de los caciques que le habían prestado sus votos) se basó en el énfasis sobre temas que podrían calificarse como republicanos, esto es, atentos a la recuperación del valor de las instituciones en la construcción de una democracia "normal". Hacia el pasado, tratando de concluir con las deudas que había dejado el terrorismo de Estado; hacia adelante, con medidas tan reclamadas por la sociedad como el enjuiciamiento y el reemplazo de los jueces emblemáticos de la Corte Suprema menemista. A lo que habría que agregar la dignidad con que enfrentó las primeras discusiones con los acreedores externos e internos de la deuda pública; aunque pueda discutirse cierta sobrecarga verbal, para

consumo interno, que en vez de ayudar, irrita, conformando ese espejismo verbal que Carlos Altamirano fraseaba con la conocida cita del viejo zorro Mao: "No conviene provocar al tigre con la vara corta".

Esta operación política, que en pocos meses llevó de veintidós por ciento de votos a más de setenta por ciento de apoyo en la opinión pública, la hizo Kirchner privilegiando un vínculo directo con la ciudadanía, que podemos calificar, por su estilo, como populista, dado el "punto" que hace de las estructuras de representación (en primer lugar, de las del PJ) a favor de un contacto sin intermediaciones orgánicas, pero no necesariamente por sus contenidos, en los cuales las apelaciones a la racionalidad, al pluralismo, al derecho a la crítica y al libre debate son frecuentes, como pudo observarse en el excelente discurso del 11 de marzo pasado, frente a un auditorio que se presumía representante de la aún indefinida "transversalidad" pero que, sin embargo, cantaba entusiasmado la Marcha Peronista.

Y aquí viene otro enigma. ¿Qué es la "transversalidad"? Edgardo Mocca ha planteado con claridad en la revista *Debate* que hasta el momento las interpretaciones más plausibles son: a) el acordar políticas de Estado, libres de debate, frente a algunos temas a definir; b) una coalición expresa y programática de fuerzas políticas y/o sociales, forma habitual de la política en las democracias maduras; o c) la cooptación *movimentista* de personas o grupos para constituir una suerte de panperonismo. Este último ha sido el expediente más utilizado para ampliar las fronteras del movimiento: lo hizo Perón en 1945-46 con socialistas, radicales, conservadores, nacionalistas y comunistas, y el Frejuli en los setenta, con pequeños partidos que hicieron de coro para el retorno al poder luego de dieciocho años de exilio. Hoy, la mayoría de los dirigentes justicialistas interrogados sobre la cuestión la entienden de la misma manera.

Si esta versión fuera la que prevalece, la "transversalidad" no sería

más que la probabilidad de presencia de extrapartidarios en el peronismo, que además resultaría funcional para acumular fuerza propia (del Presidente) y para mejorar las condiciones de negociación futura e inevitable dentro del PJ, con cuyos caudillos debería necesariamente comprometerse para poder asegurar un correlato parlamentario y federal de los límites del poder de decisión que maneja desde el Ejecutivo.

Esta probable deriva de la "transversalidad" sería, a mi juicio, muy pobre para los grandes dilemas de una Argentina, democrática y republicana, que debe afrontar desafíos terribles como el desarrollo económico con equidad social y la lucha contra la irritante distribución del ingreso, que aún perdura como resultado de esa combinación perversa que se dio desde los noventa entre la Convertibilidad y la devaluación salvajes. Porque el éxito o el fracaso sobre estas cuestiones determinará el juicio colectivo sobre los tiempos que corren.

Pero no es fácil entender a la "transversalidad" de otra manera. Por la tradición del peronismo con respecto a esas aperturas, y por la virtualmente nula presencia orgánica de algún posible socio de izquierda democrática en el panorama político que tenga, además, voluntad de acuerdo. Hay una dificultad objetiva en esa eventual y dispersa corriente para diferenciarse de la mayoría de las políticas del Gobierno, lo que obliga a algunos (pienso en Carrió y en parte del socialismo) a sobreactuar su oposición a partir de lo que se duda, y a otros (los "transversales" más al uso), a sobreactuar su oficialismo a partir de lo que se apoya.

En realidad en medio de ese naufragio en que se debate una izquierda de las reformas en nuestro país, puede aparecer como una primera señal estimulante, aunque muy débil todavía, la reunión de jefes políticos locales de Capital, Santa Fe y Córdoba que condensan una parte significativa del padrón electoral y el gobierno de las tres ciudades más importantes del país. En ese encuentro, en el que muy apropiadamente se decidió que lo que buscaba

construirse, en primer lugar, era un espacio de discusión y no algo más orgánico y ambicioso, se trazaron líneas que pueden fructificar a favor de un compromiso, que deberá ser obviamente mucho más amplio, en el que coincidan la autonomía con respecto al peronismo y la posibilidad de acompañar políticas gubernamentales que se hallan francamente en el horizonte de una izquierda democrática. Un papel inicial para ese espacio sería el de convocar a una amplia discusión a partir de una agenda que, entre muchos otros temas que la Argentina (y su Gobierno) tienen como ineludibles, supone incluir las prioridades para el desarrollo económico; los instrumentos que puedan contribuir a una distribución más justa del ingreso a través de políticas sociales pero sobre todo de reformas impositivas, porque una fiscalidad justa y racional es la principal arma redistributiva, y por fin —lo que seguramente causa más dificultades al Gobierno por la hipoteca de su relación con el PJ— la reforma política de los partidos y de las instituciones que, en razón de la manera en que funcionan entre nosotros la corrupción y el clientelismo, obliga necesariamente a reformas en el aparato del Estado nacional y en el funcionamiento de los poderes provinciales y municipales, porque es en esos círculos viciosos de Gobiernos y partidos donde se acumulan las "cajas negras" que alimentan a las estructuras de la política criolla.

Es camino ideológico y también político que puede combinar autonomía para proponer agendas de reforma (y realizarlas cuando se controlan los poderes locales), junto con acompañamiento en los grandes temas que el Gobierno Kirchner parece decidido a plantear, puede resultar un objetivo plausible para reiniciar el camino hacia una izquierda democrática. No es fácil. Llevará tiempo. Necesitará imprescindiblemente ser ampliado en su convocatoria. Pero es posible y, sobre todo, es necesario. A muchos, creo, nos gustaría participar de ese proceso. □

* Una versión de este trabajo fue publicada en la revista *Debate*, 2 de abril de 2004.

Ni olvido ni perdón

No hay duda de que la reconstrucción de las instituciones políticas de la democracia es una de las metas centrales de este Gobierno, pero cabe preguntarse, a la luz de lo ocurrido el 24 de marzo pasado, cuán congruentes con esa meta son algunas de sus iniciativas.

Hernán Charovsky y
Alejandro Bonvecchi

Por otra parte, se han implementado políticas tendentes a la independencia de poderes y a la transparencia en el Poder Ejecutivo. La selección de los candidatos a jueces de la Corte Suprema involucra hacia el futuro la probabilidad de desarrollo de un Poder Judicial independiente y, por tanto, de un eventual freno o contrapeso de la voluntad encarnada en el Poder Ejecutivo. El decreto 1172/03 que, entre otros asuntos, impulsa el acceso de la ciudadanía a la información y documentación de la gestión de todas las áreas del Gobierno nacional implicará, también, un control público, y por lo tanto otro límite a la discrecionalidad de aquel poder. Pero, por otra parte, los conceptos vertidos en el discurso pronunciado por el Presidente en la ESMA resultan exactamente opuestos al sentido de esa reconstrucción institucional alentada por el Ejecutivo.

La limitación a la esfera de discrecionalidad involucrada por las decisiones del Gobierno tendentes a la independencia del Poder Judicial y al control ciudadano equivale a restringir la posibilidad de que el Ejecutivo en el futuro pretenda acaparar tanto la decisión acerca de la implementación de políticas —que le corresponde por naturaleza— como la función deontológica de establecer cuál es el fundamento de verdad que debe justificar, aun por encima de la ley, las decisiones tomadas en su capacidad propia.

Sin embargo, en el discurso presidencial encontramos afirmaciones que intentan establecer una relación entre una descripción de los hechos del pasado y una hipotética ley moral. Entre

ellas, éstas: "Las cosas hay que llamarlas por su nombre y acá, si ustedes me permiten, ya no como compañero y hermano de tantos compañeros y hermanos que compartimos aquel tiempo, sino como Presidente de la Nación Argentina, vengo a pedir perdón, de parte del Estado nacional, por la vergüenza de haber llamado durante veinte años de democracia tantas atrocidades".

El Presidente pide perdón por haber llamado atrocidades durante veinte años de democracia. Este pedido puede interpretarse, al menos, de dos maneras. Una es la que, con razón, ha suscitado la indignación de muchos: que el pedido silencia hechos de innegable importancia para la construcción de la democracia y completamente opuestos a lo que el pedido supone que ocurrió, como la investigación de la CONADEP, el juicio a las Juntas Militares y la libertad de expresión de estas décadas, que permitió que el periodismo, la literatura, el cine y la ciudadanía en general no dejaran de recordar y de nombrar lo que pasó. La otra interpretación posible supone que la justa indignación denunciada por la interpretación precedente es un olvido demasiado grueso como para resultar verosímil, y que el Presidente, en rigor, pidió perdón por algo distinto.

Para tratar de comprender por qué pidió perdón el Presidente resulta necesario entender primero qué pide perdón. El que "llama las cosas por su nombre" lo hace, según él mismo lo indica, "ya no como compañero y hermano de tantos compañeros y hermanos que compartimos aquel tiempo, sino como Presidente de la Nación Argentina". Fue, entonces, antes compañero que Presidente. Esto, que incluso puede ser biográficamente cier-

to, resulta, en las propias palabras del Presidente, falso, porque tras afirmarlo, asevera: "Yo no vengo en nombre de ningún partido. Vengo como compañero y también como Presidente de la Nación Argentina y de todos los argentinos". Esta doble identidad es parte del problema al que nos referimos aquí: permite elucidar qué es aquello por lo cual se pide perdón y, a través de ello, qué es lo que se busca proponer como fundamento de la democracia.

Dice el Presidente: "Queremos que haya justicia, queremos que realmente haya una recuperación fortísima de la memoria y que en esta Argentina se vuelvan a recordar, recuperar y tomar como ejemplo a aquellos que son capaces de dar todo por los valores que tienen, y una generación en la Argentina que fue capaz de hacer eso, que ha dejado un ejemplo, que ha dejado un sendero...". Lo que habría sido silenciado, entonces, no fueron las atrocidades, ni sus autores, ni sus metodologías; fue la identificación de los muertos con un valor: el de la "voluntad del cambio" y el reconocimiento de este valor como un ejemplo de vida política. El Presidente pide perdón porque el Estado nacional no haya realizado, en veinte años de democracia, esa reivindicación de los muertos y de sus valores.

¿Es esta reivindicación propia de la institución presidencial? Lo es, siempre y cuando se entienda que es función del Estado proponer versiones sustantivas de lo que es la ciudadanía democrática. Pero no lo es si se considera que la función del Estado es crear las condiciones para que los ciudadanos conduzcan sus vidas del modo como consideren adecuado. Cuando el Presidente reivindica no meramente como víctimas sino como ejemplo a quienes murieron en la ESMA propone, de hecho, una versión sustantiva de la ciudadanía, y una versión por cierto cuestionable.

Recientemente Beatriz Sarlo señaló el carácter problemático de esa identidad político-generacional: de voluntad de cambio y utopía, sí, pero también de autoritarismo, violencia y des-

conocimiento de los derechos humanos. En dos operaciones, el discurso presidencial reduce la complejidad de esta identidad política y formula una propuesta sustantiva de identidad ciudadana: una operación es la selección de sólo uno de los aspectos de aquella generación, con omisión de los reconocidos por Sarlo; la otra es la postulación de ese aspecto seleccionado como ejemplo.

Ambas operaciones resultan inconsistentes con el vector de reconstrucción institucional que parece orientar la relación entre Poder Ejecutivo y Poder Judicial, por un lado, y entre Poder Ejecutivo y ciudadanía, por otro. La selección de un aspecto del obrar de un grupo y de una generación con omisión de otros calla lo que sin duda debería ser el reconocimiento de un problema histórico que minó no una versión de la ciudadanía democrática, sino toda posibilidad de construcción de una ciudadanía democrática, a saber: que ciudadanos argentinos, algunos privados, otros en ejercicio de funciones policiales o militares, creyeron encarnar, ellos mismos, el fundamento de la ley. Si las caracte-

rísticas del obrar de quienes participaron en los hechos de la década de 1970 van a ser objeto de recordación, entonces esta actividad no puede circunscribirse a un aspecto sin producir efectos contrarios a los buscados.

La reivindicación del Presidente omite ponderar las responsabilidades de los actores políticos de entonces, y esas responsabilidades, si se va a realizar una "fortísima recuperación de la memoria", deben ser ponderadas. Tanto quienes pretendieron —invocando una legitimidad revolucionaria: la de las leyes de la historia— construir otra legalidad como quienes destruyeron desde dentro la legalidad existente actuaron en contra de la garantía de la vida, los derechos y las historias de las personas, que es el fundamento de la institucionalidad democrática. Pero el hecho de que quienes obraron en nombre de la ley invierten, con sus delitos, el sentido de la ley, no borra la responsabilidad de los ciudadanos privados que delinquieron, sino que vuelve la reivindicación del Presidente peligrosamente equivalente a esa inversión.

Esta falta de ponderación tiene una afinidad electiva con una omisión que es aun más grave desde el punto de vista de sus efectos sobre la construcción del presente: el silencio sobre el hecho de que el desprecio por la ley y por los derechos humanos era una norma de comportamiento predominante en la década que el discurso presidencial reivindica. ¿Se puede hacer memoria sin discutir de frente las responsabilidades que esta norma colectiva implicó?

Estos silencios y omisiones que subtienden el discurso presidencial no resultan consistentes con la construcción de un régimen político democrático hacia la cual parecen orientadas otras iniciativas de este Gobierno. Las medidas tendientes a construir una Corte Suprema independiente abren la posibilidad de que la interpretación acerca de las leyes y de las conductas no quede cerrada por la voluntad del Ejecutivo. La decisión presente y discrecional del Presidente en este sentido, y en el de generar control ciudadano con el libre acceso a la información, producirá, en el futuro, un esquema de equilibrio y control de poderes ya independiente de la decisión presidencial. La recordación del pasado debería tender, del mismo modo, a favorecer el respeto por la autonomía de las instituciones y de los individuos, que solamente puede existir en la medida en que nadie pretenda encarnar el lugar de la ley. He ahí la inconsistencia: quien pide perdón en nombre del Estado nacional "como compañero y también como Presidente de la Nación Argentina" está, de hecho, ocupando el lugar de la ley con sus preferencias particulares. Y, a la vez, deslegitima la posibilidad de ponderar los factores involucrados en la tragedia del pasado. Una política democrática de recordación del pasado consistiría en actualizar permanentemente esta ponderación omitida en el discurso presidencial; consistiría en crear y proteger para siempre las condiciones institucionales necesarias para que cada uno pueda contar su historia y hacerse eventualmente responsable de ella. □

Peronismo: víctima o victimario

La memoria es una construcción social que necesita de insumos precisos (hechos, datos, fechas, escritos) que, a su vez, requieren su correspondiente interpretación. Pero, como se sabe, esa interpretación variará de acuerdo con los intereses de los actores que asuman la tarea de analizarlos.

Sergio Bufano

Distintos sectores sociales intentan preservar su propia memoria y en muchos casos es prácticamente imposible hallar puntos de unión que concuerden en la significación de un suceso. Este fenómeno se acrecienta cuando se abordan temas vinculados con la violencia, la muerte y la confrontación. Es entendible y legítimo que las madres de desaparecidos instalen a sus hijos en el sitio donde la heroicidad y la nobleza de ideales sean sus virtudes y desaparezcan por completo acciones sociales o rasgos personales que enturbien su recuerdo. Lo mismo ocurre con los hijos de las víctimas de la represión: la sublimación de sus padres asesimados por la dictadura militar es inevitable y problemáticamente necesaria. No hace falta decir que los personajes involucrados en la represión han construido un sentido supremo a su acción que justifica cualquier acto. En el espejo en que se

miran ven a nobles cristianos que pagan hoy el precio del castigo social a pesar de haber impedido el mal absoluto del comunismo.

La memoria se convierte, así, en un instrumento que puede justificar el terror, la violencia, las prácticas políticas ilegales, el ejercicio de la coacción y cualquier otra actividad humana. En todos los casos se intenta garantizar la adhesión social a la propia memoria sectorial; y si se logra ese objetivo se habrá construido una memoria oficial, legítima e indiscutible. Quedarán desechadas todas las otras interpretaciones de la historia.

¿Cómo, entonces, se realiza la búsqueda de una memoria que se ajuste a los hechos sucedidos en el pasado? ¿Quién es el encargado de hacerlo y que debe resignar para que esa aproximación a la verdad —que por otra parte nunca será absoluta— sea la más precisa posible? La única respuesta verosímil es que debe ser la sociedad desde sus múltiples expresiones la que asuma la tarea. Organismos civiles, asociaciones, universidades, intelectuales son los encargados de indagar en la historia y reconstruir el pasado. Pero sólo podrán hacerlo si existe un Estado democrático y tolerante que incentive esa búsqueda y que no reteece esfuerzos. El Estado debe estimular y crear espacios para rever, discutir y legitimar esa tarea que finalmente deberá contribuir a crear una conciencia colectiva.

A veces, en función de intereses personales o sectoriales, los Gobiernos utilizan al Estado para manipular la memoria y desfigurar u olvidar deliberadamente una parte de la historia. El resultado de esta instrumentalización sólo puede retrasar la búsqueda

de la verdad, pero nunca la clausurará definitivamente.

Cuando el Jefe de Gabinete, Alberto Fernández, afirma que "los muertos siempre los ponemos nosotros", instala al peronismo como víctima perpetua de la historia argentina. La frase no es novedosa. Ha sido repetida una y otra vez desde 1955 en adelante, con cierta dosis de razón debida a la persecución a que fue sometido el justicialismo desde aquel golpe de Estado hasta 1973. Pero como toda verdad parcial, esconde en su distorsión una persecución que él no quiere recordar: la militancia marxista, los intelectuales, artistas y profesionales de izquierda que fueron víctimas del gobierno justicialista que gobernó desde 1973.

La necesidad de ubicarse como principal víctima de la intolerante historia argentina oculta —más allá del sectarismo— la intención de sustraerse al juicio que le corresponde al peronismo como protagonista del primer terrorismo de Estado del siglo XX. Cuando decimos sustraerse queremos decir disimular, ocultar el papel jugado por esa fuerza política y por su principal líder en la matanza producida entre 1973 y 1976.

El justicialismo incluye en sus figuras antagonistas ideológicas: desde los márgenes de la derecha hasta los márgenes del progreso. Este rasgo distintivo ha pro-

Colección Inmigración

Recursos públicos, negocios privados

Agua potable y saneamiento
ambiental en el AMBA

Daniel Azpiazu
Andrea Catenazzi
Karina Forcinito

Instituto del Conurbano
Instituto del Desarrollo Humano

P

Universidad
Nacional de
Córdoba
Argentina

A diez años de la privatización de los servicios de agua y cloacas, este libro analiza los principales impactos socioeconómicos y político-institucionales de la misma en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Un aporte de la Universidad Pública a la comprensión de los problemas del país.



vocado fracturas y enfrentamientos de distinta envergadura. Pero hay algo que uno de los más derechistas con los más izquierdistas, un lazo común hasta ahora indestructible: la preservación del mito del general Perón como figura alegórica de la justicia, la sabiduría y el respeto por los derechos constitucionales y democráticos. El culto a la personalidad del general nada tiene que enviarse al que todavía se rinde a Mao Tse Tung, Lenin o Fidel Castro.

Nada podemos exigirle a la derecha peronista. En cambio, sí al progresismo de ese partido que aún hoy modifica datos, sucesos y palabras para evitar que se deteriore la imagen tótemica del líder. Su contribución a la desmemoria ha sido cuantiosa, a pesar de haber sido, también, víctima

de ese terrorismo estatal.

El ejemplo más elocuente es el trasrocamiento de fechas para ubicar el nacimiento de la Triple A como un suceso posterior a la muerte del presidente Perón, cuando todos los hechos demuestran que ese grupo parapolicial fue creado, subvencionado y dirigido desde el Gobierno que presidía el general. Y que el jefe de esa banda era su hombre de confianza encargado de realizar las tareas sucias que el Presidente creía necesario hacer.

Si las fechas son parte importante de la memoria, vamos a recordar unas pocas para certificar que el terrorismo de Estado nació antes del golpe militar y que fue diseñado y alentado desde la Presidencia de la Nación a partir del momento en que se produjo

la caída de Héctor Cámpora.

- El 20 de junio de 1973 se produjo el primer acontecimiento que señaló el inicio del terrorismo: la matanza de Ezeiza, dirigida por quienes poco después ocuparían cargos oficiales y participarían de los crímenes de Estado. Jamás se investigó a sus autores.

- El 29 de julio fue asesinado en Córdoba Eduardo Jiménez, miembro del ERP, que había sido liberado el 25 de mayo.

- El 19 de septiembre desapareció Sergio Maillan, miembro de la Federación Gráfica Bonaerense. El automóvil en el que se lo llevaron pertenecía a un empleado del Ministerio de Bienestar Social. Una semana después fue asesinado Enrique Grymberg, miembro de la IP y docente de la Universidad. Dos días más tarde balearon al abogado rosarino Roberto Catalá. Los atacantes dejaron panfletos anticomunistas.

- El 26 de octubre, grupos de la CNU, del Comando Universitario Peronista de Derecho, de la Legión Revolucionaria Peronista, que contaban con la adhesión de la CGT y del Consejo Superior Provisorio del Justicialismo, asaltan el aula magna de la Facultad de Derecho. Entre ellos estaba Alejandro Giovenco, acusado de haber participado en la matanza de Ezeiza.

- El 21 de noviembre, días después de que asumiera Perón la Presidencia, estalla una bomba en el automóvil del senador Hipólito Solari Yrigoyen y aparecen volantes firmados por la Triple A. Seis días más tarde, en San Miguel, se atenta contra los abogados defensores de presos políticos, Antonio Delleroni y su esposa Néilda Arana. El victimario es Ricardo Julio Villanueva, afiliado del justicialismo y con domicilio en Medrano 70, sede de la Escuela Superior de Conducción Política vinculada a la UOM.

- El 29 de enero de 1974 Perón designa jefe de la Policía Federal y Superintendente de la misma fuerza a los comisarios Alberto Villar y Margáride, respectivamente. Ambos

responsables de la represión durante la anterior dictadura militar y autores de gravísimas violaciones a los derechos humanos. Ese mismo día la Alianza Anticomunista Argentina difunde una lista negra de personalidades que deben "ser ejecutadas inmediatamente donde se las encuentre". Varias de ellas serán asesinadas en los meses siguientes.

- El 18 de febrero desaparecen Jorge Antelo y Reynaldo Roldán, miembros del PRT. No se sabrá más de ellos.

Estos datos son una gota de agua en el mar, apenas un minúsculo ejemplo del terrorismo de Estado iniciado con el Gobierno constitucional del justicialismo. Miles de episodios imposibles de detallar están a disposición de quien quiera recopilarlos. Si mencionamos algunos, es con el propósito de recordar que la orden de desatar una cacería sangrienta con los recursos del Estado parte desde la cúpula del justicialismo.

Cuando estos hechos fueron denunciados, el presidente Perón negó el funcionamiento de la Triple A y solicitó el procesamiento de la periodista Ana Guzzetti, quien preguntó por el asesinato de doce personas. En el mes de abril el Jefe de la Policía Federal, Miguel Ángel Ifigúez, renunció a su cargo y denunció que miembros del gabinete participaban de la represión ilegal.

En mayo, cuando en el Estadio Nacional de Chile se torturaba y fusilaba a cientos de disidentes, Perón recibió al dictador Augusto Pinochet y se convirtió en el único presidente democrático latinoamericano que se encontró con el tirano. La excusa oficial fue conversar acerca de los derechos sobre la Antártida, pero la reunión de los dos militares tenía otro fin: elaborar un plan conjunto para la represión a ambos lados de la cordillera, primer antecedente del Plan Cóndor.

Antes de esa reunión, el papel jugado por el Gobierno argentino con los refugiados, siendo Lastiri presidente provisional, había sido elocuente. Los ciento doce chilenos que

lograron escapar a nuestro país y estaban detenidos en el hotel de Ezeiza enviaron una carta a Perón para que interviniera personalmente a fin de obtener la libertad. El caudillo jamás contestó la solicitud y fue necesario que un juez federal hiciera lugar al recurso de amparo para que los dejaran libres. Sin embargo, el Gobierno desconoció la orden de Miguel Inchausti y dio un plazo de veinticuatro horas para que los refugiados abandonaran el país. En esas mismas fechas, el diputado Héctor Sandler denunció que las casi trescientas personas hacinadas en la embajada argentina en Santiago no podían viajar a nuestro país porque el gobierno justicialista no les otorgaba el salvoconducto.

El 11 de octubre de 1973 fueron llamados al servicio activo de la Policía Federal (decreto 1858) el comisario inspector (R) Juan Ramón Morales y el inspector Rodolfo Eduardo Amirón. Los dos policías habían sido dados de baja por "ladrones, coimeros, contrabandistas y tratantes de blancas" (H. Verbitsky, *El Periodista*, 27-3-86). En febrero del año siguiente, el presidente Perón firmó el decreto 562, por el cual los ascendió en el escalafón policial. Un año después Rodolfo Walsh descubrió que la conducción operativa de la Triple A estaba conformada por ambos.

El 28 de enero de 1974 el teniente coronel Antonio Domingo Navarro asaltó la Casa de Gobierno de Córdoba y apresó al gobernador Obregón Cano, a su vice, Atilio López, y a todos los ministros. Maltratados y amenazados de muerte, fueron trasladados y permanecieron secuestrados mientras Navarro se hacía cargo del Gobierno. A pesar de las numerosas solicitudes para que Perón condenara el episodio y restituyera a las autoridades legítimamente constituidas, el Presidente convalidó el atentado y finalmente premió al golpista con un cargo en España a través de un decreto "reservado" que no se publicó en el Boletín Oficial.

¿Quién recuerda el encuentro del

líder del peronismo con uno de los peores dictadores de América? ¿Quién recuerda la visita del canceller Vignes a Chile en 1975 -ya muerto Perón pero en plena vigencia de su política de Estado- para otorgar la Orden del Libertador a un miembro de la dictadura y además invitar otra vez a Pinochet para que viniera a nuestro país? En abril de ese año el Gobierno argentino y el dictador firmaron declaraciones conjuntas y ratificaron el primer acuerdo Perón-Pinochet para que los servicios de inteligencia actuaran conjuntamente en la represión.

¿Quién recuerda que el gobierno justicialista se opuso en las Naciones Unidas a una resolución que condenaba al régimen chileno por las violaciones a los derechos humanos y que intentaba crear una comisión que investigara las torturas?

"Los muertos siempre los ponemos nosotros", dice el funcionario Fernández. Sin embargo, desde antes de asumir el presidente Perón, en 1973, hasta que fue destituido su esposa, en 1976, el gobierno justicialista torturó, asesinó e inauguró la perversa categoría del desaparecido, en un número que varía entre mil quinientos y dos mil personas, según distintas fuentes. La necesaria investigación oficial sobre esos años que también son de plomo no se ha llevado a cabo y los sectores progresistas del peronismo no parecen decididos a hacerlo. Las Fuerzas Armadas y la Iglesia, aun a regañadientes, han realizado su autocrítica acerca del papel que desempeñaron en los días de violencia.

El Partido Justicialista todavía debe una explicación a la historia. Difícilmente podríamos pedírsela a los sectores realicrantes que actúan en su seno. Pero el actual Gobierno, que ha impulsado una política importante en el tema de los derechos humanos, y que aspira a ocupar un espacio en la franja progresista, no puede dejar de aprovechar la oportunidad de abrir el debate acerca de un período doloroso que involucra a Perón y a su partido como principales protagonistas. □

PRESUPUESTO PARTICIPATIVO



En la Ciudad sumamos las ideas de todos

Todos queremos tener voz y voto sobre las prioridades en el presupuesto de la Ciudad.

Desde 2002 existe el Presupuesto Participativo. Un lugar para llevar ideas y tomar decisiones.

Vecinos y organizaciones barriales se ponen de acuerdo sobre las prioridades del barrio y la Ciudad.

PARA INFORMARTE, ACERCATE AL CGP DE TU BARRIO

GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

gobBsAs

La reforma política más allá del sistema electoral

La reforma política en los partidos

En esta nota argumentaremos que si el objetivo de la reforma política es mejorar la calidad de la representación, hay un tema ineludible: la reforma política en los partidos. La necesidad de la renovación de los partidos ya está ciertamente colocada en la agenda pública. En particular, lo está a partir de los cuestionamientos existentes a la relación entre los ciudadanos y sus representantes políticos. Hay, sin embargo, otro ángulo desde el cual puede también justificarse la renovación partidaria. Éste es el de la relación entre los partidos y la producción de políticas públicas.

Ana María Mustapic*

En nuestro país, los partidos políticos están votados a la competencia electoral más que a la formulación de políticas. Este predominio de la política competitiva se ha acentuado con la paulatina especialización territorial de la vida partidaria. Este fenómeno tiende a afectar, a su vez, la capacidad de la clase política de gestionar eficientemente los problemas de la sociedad. Si este diagnóstico es correcto, los problemas de la representación no se resuelven entonces con la modificación del siste-

ma electoral. Los cambios deben apuntar a las normas y prácticas que afectan la existencia y funcionamiento de los partidos políticos.

Para desarrollar nuestro tema, dividimos la exposición en tres partes: la primera se ocupa de los factores que alimentan la política partidaria territorial; la segunda se centra en el proceso político en el interior de los partidos, y en la tercera presentamos las conclusiones, y proponemos la incorporación de algunos cambios clave en la agenda reformista.

La especialización territorial

Para abordar el tema de la especialización territorial de la política nos centraremos en la dinámica de la competencia interna que se desarrolla en los partidos cuando éstos eligen a sus autoridades y candidatos. A fin de explorar esta dinámica, comencemos por distinguir dos planos. Uno hace referencia al tipo de organización que los partidos adoptan para llevar adelante la competencia; el otro, a los ejes en torno de los cuales se estructura. Con respecto al primer plano, señalemos que la organización de la competencia sigue un patrón descentralizado, esto es, la dinámica interna replica las distintas unidades electorales existentes en los distritos donde

actúan los partidos. Así, si la elección de diputados provinciales se realiza por sección, el partido se divide de acuerdo con ellas; si la unidad es la municipalidad, el partido también incorpora una división similar. En cada una de estas unidades despliega, pues, su actividad proselitista.

Para responder a la segunda pregunta, destaquemos una constatación bastante evidente: la distancia ideológica existente entre los principales partidos políticos argentinos no es grande. Congruentemente con esta visión, es posible sostener que la densidad ideológica de las divisiones dentro de los partidos es débil; prueba de ello son los curiosos y variados realineamientos internos que se producen antes y después de las elecciones. Si la ideología no es una línea divisoria capaz de aglutinar a un partido respecto de otro y tampoco lo es en su interior, ¿en torno de qué ejes se organiza la competencia dentro de los partidos? No nos equivocáramos demasiado si sostuviéramos que, en verdad, las diferencias se originan, sobre todo, en las trayectorias de los candidatos y sus perspectivas de éxito en las urnas.

Las respuestas a nuestras dos preguntas iniciales, relativas a la organización descentralizada de la competencia y al cálculo electoral como principal móvil son los factores que contribuyen a sentar las bases de la

política territorial. En efecto, en ausencia de alternativas de corte programático, las coaliciones electorales ganadoras tienden a ser, en los hechos, el fruto de la sumatoria de unidades territoriales. Este cuadro se fortalece con la presencia de otros factores que contribuyen a fomentar la especialización territorial, en particular, la Ley Orgánica de los partidos políticos y la modalidad de convocatoria a elecciones. Comencemos por la primera.

Una característica importante de la Ley Orgánica de los partidos políticos (Ley 23.298) es que reconoce dos tipos de partido, el partido de distrito y el partido nacional. Introduce, así, una diferenciación territorial que, es preciso aclarar, tiene larga data. En este punto la ley contrasta con las leyes de otros países federales como México y Brasil. En ellos, la legislación nacional referida a partidos políticos sólo reconoce partidos nacionales. Para obtener ese reconocimiento, deben, ciertamente, contar con determinados apoyos, por lo menos en diez de los treinta y dos estados en el caso de México, y un tercio –nueve estados– en Brasil. Pero las organizaciones partidarias estatales no poseen identidad propia. En oposición, en la Argentina, la organización distrital sí la posee, es reconocida por la legislación nacional y, además, tiene preeminencia sobre la organiza-

ción nacional. Este *status* fue ratificado en un fallo de la Corte Suprema de marzo de 1992, donde se subraya que los partidos nacionales “nacieron como consecuencia de los primeros (partidos de distrito) desde que para su reconocimiento es necesario que por lo menos cinco partidos de distrito lo soliciten”.

Un segundo aspecto de la Ley Orgánica se vincula a una modificación introducida en 2002. Con ella se suprimió una cláusula que establecía como causal de pérdida de la personalidad política del partido la no obtención de dos por ciento de los votos en dos elecciones sucesivas. De este modo, se generaron incentivos para la creación de pequeños partidos distritales a ser financiados por el Estado, independientemente de su representatividad. En efecto, todo partido recibe financiamiento público, cuando menos, la parte igualitaria que le corresponde a cada uno anualmente para desarrollar sus actividades, y en períodos electorales, para realizar las campañas. A título de ejemplo, veamos un caso a propósito de las elecciones presidenciales de 2003.

La resolución 181 del Ministerio del Interior del 2 de abril de 2003 distribuyó el monto que les corresponde a todos los partidos por igual para desarrollar sus actividades proselitistas. Veinticinco agrupaciones recibieron la suma de \$154.333,16 cada una como adelanto para la campaña electoral. Alianza Tiempos de Cambio, que llevó a Arcagni como candidato, recibió los 154 mil pesos; la misma suma le fue otorgada a Unión Popular, que fue en alianza con este partido. Entre los dos juntaron 300 mil pesos, además de recibir otros 120 mil para la impresión de boletas. Pero en cuanto a financiamiento por voto, la Unión Popular recibió tan sólo 587 pesos, por su magra cosecha en la provincia de Salta. Así, para este partido bastó su participación en un solo distrito y un puñado de votos para continuar recibiendo financiamiento público.

La consecuencia –perversa o deseada– de esta legislación ha sido la

de estimular, con la categoría de partido político, el surgimiento de microemprendimientos destinados a funcionar como empresas de servicios, alquilando, por ejemplo, su nombre o colocando su mano de obra a disposición de otras fuerzas políticas. No sorprende, entonces, que la Cámara Nacional Electoral contabilice 122 nuevos partidos en 2003, con lo cual el total existente llega al exorbitante número de 696 partidos en el nivel distrital (41 partidos nacionales y 655 de distrito).

El otro factor al que queremos aludir y que favorece la territorialización es la modalidad de convocatoria a elecciones. Desde 1983 hasta 1989 las elecciones nacionales se realizaron en forma simultánea en todos los distritos. En 1991, se derogó la ley que establecía la unificación de los comicios y, por primera vez, la elección de diputados nacionales se realizó en distintas fechas en distintos distritos. La convocatoria de las elecciones legislativas quedó sujeta a las conveniencias políticas de los poderes de turno. La máxima dispersión territorial y temporal se produjo en las elecciones nacionales de 2003, ya que sólo en dos provincias se realizaron elecciones legislativas simultáneas con las elecciones presidenciales. En estas condiciones puede afirmarse, entonces, que la única elección nacional es la presidencial.



El proceso político interno

En la sección anterior mencionamos algunos factores que contribuyen al predominio de la especialización territorial en la actividad de los partidos. En ésta nos concentraremos en el proceso político a través del cual los dirigentes construyen su base de poder en el territorio que dominan. Entre los variados recursos que sirven a dicho propósito—ATN, planes sociales, cargos, contratos, etcétera— queremos resaltar uno de naturaleza estrictamente partidaria: los afiliados.

La importancia de los afiliados se relaciona, en primer término, con los mecanismos de elección directa que prevalecen en los principales partidos. Las elecciones las gana quien logra formar una buena coalición con los encargados de movilizar a los afiliados. Dicho en otros términos, la gana quien cuenta con el respaldo de los mejores "punteros". El puntero,

como es sabido, es un empresario político que controla un territorio determinado, maneja un número de fichas y ofrece sus servicios a los líderes interesados, incluso, de partidos distintos cuando hay internas abiertas.

Dado que los afiliados deciden las elecciones internas, las afiliaciones constituyen un recurso clave para la competencia. Respecto de las afiliaciones, hay un dato por demás llamativo. A pesar de la profunda crisis política argentina, los informes oficiales muestran que el entusiasmo cívico por los partidos no ha decaído sino que, paradójicamente, ha ido en aumento. De acuerdo con la información del Ministerio del Interior y de la Cámara Nacional Electoral, en 1998 se contabilizaron 7.949.574 afiliados; en 1999, 8.137.809 y en 2003 se llegó a la extraordinaria cifra de 8.993.996. Ésta equivale a 35,3 por ciento del padrón electoral, lo que es igual a un afiliado cada tres ciudadanos

mayores de dieciocho años. Para citar un caso extremo, en Formosa, sesenta por ciento de los electores está afiliado a algún partido.

En privado, la mayoría de los observadores considera que estas cifras son escasamente creíbles. Dejando de lado el hecho de que los gobiernos, tanto radicales como justicialistas, han tolerado este fenómeno, con lo cual se convierte al Estado de Derecho, por lo menos en este punto, en una farsa, la pregunta que a los fines de esta nota interesa responder es por qué se mantiene el engaño. Ocurre que el número de afiliados, además del papel que cumple en las elecciones internas, es un criterio de distribución de cargos en la estructura de poder del partido. Por ejemplo, el número de representantes por distrito del Congreso Nacional del Partido Justicialista se fija en función del número de afiliados existentes en cada uno de ellos; el Congreso Provincial de la Unión Cívica Radical de Córdoba también se integra según el número de afiliados por departamento. Hasta no hace mucho tiempo, el número de afiliados también fue tenido en cuenta para la distribución de los fondos públicos.

Asimismo, en aquellas circunstancias en las que se decide no realizar elecciones internas sino confeccionar listas únicas, el manejo de un paquete de "fichas" de afiliados es relevante. En este caso, el lugar que ocupan los candidatos en la lista responde, en gran medida, al peso de los distintos dirigentes medido por su capacidad de movilizar afiliados. Así, las "fichas" que se supone respaldan a los líderes sirven de moneda de intercambio en el momento de decidir nombres y conformar coaliciones en el interior del partido.

Por último, el proceso de creación de nuevos partidos es una ocasión para activar el mercado de fichas, ya que es preciso contar con un número determinado de afiliados para obtener el reconocimiento. Se producen, así, movimientos en los portafolios, esto es, un puntero pasa a ofrecer sus servicios a otro partido o decide crear el suyo propio, y se lleva consigo las

fichas que controla.

El papel de los afiliados, en particular, la manipulación de las afiliaciones en la competencia interna, pone de manifiesto los resultados contraproducentes que puede provocar la democracia directa en los partidos. En efecto, el ejercicio de la democracia directa desemboca, la mayoría de las veces, en "internismo", esto es, en políticos cuyas energías se concentran básicamente en conquistar y mantener el poder dentro de las jerarquías partidarias. La ley de internas abiertas obligatorias sancionada en 2002 no hace más que reforzar esta tendencia. Promovida en nombre de una mejora en la relación de los partidos con la ciudadanía, la ley encierra potencialmente el efecto opuesto, ya que tiende a desarrollar en los hombres de partido más sus habilidades para recolectar votos en las internas que sus capacidades para proponer políticas eficaces y eficientes.

Conclusiones: una agenda alternativa

El anclaje territorial, el estímulo a la creación de pequeños partidos, los mecanismos de elección internos en el marco de un juego político de escasa densidad ideológica, generan la fragmentación de los partidos y la exacerbación de la política territo-

rial. En este punto resulta pertinente subrayar los signos evidentes de debilitamiento que están mostrando los partidos nacionales. En las únicas elecciones de orden nacional celebradas en 2003, las de presidente, el PJ se abstuvo, no logró participar en primera persona. Autorizó, ciertamente, que hombres de sus filas se presentaran bajo otras siglas, pero no logró presentarse unido. Asimismo, cada uno de sus candidatos obtuvo el mayor número de votos en un área geográfica delimitada: Menem en el noroeste, Kirchner en la Patagonia y Rodríguez Sáa en Cuyo y el sur de Córdoba. La otra organización de alcance nacional, la UCR, sí se presentó pero obtuvo apenas dos por ciento de los votos, y las nuevas fuerzas que aparecieron en el escenario político, en particular ARI y Ereser el Crecimiento, sólo lograron apoyo en áreas geográficamente acotadas.

Este excesivo pluralismo de actores partidarios plantea graves problemas para la gestión del Gobierno, pues produce tendencias centrifugas y un exceso de jugadores con poder de veto. Por ejemplo, un Congreso con los niveles de fragmentación que exhibe hoy en día—explicable no sólo por la cantidad de partidos representados, sino también por la falta de cohesión en su interior— lleva a un desenlace frecuente, a saber, que por

problemas de coordinación se terminen delegando las atribuciones legislativas en la única figura de carácter nacional: el Presidente. Y éste es un comportamiento congruente con los incentivos que plantean las reglas y prácticas que venimos comentando.

En mi opinión, este cuadro tan regresivo sólo se revierte con reformas que requieren, no dudamos, coraje y firmeza para encararlas porque son muchos los intereses creados en juego. Estas reformas deberían tener como objetivo recuperar una ambición nacional que aliente a la clase política a actuar con la preocupación puesta en el bienestar de los ciudadanos, y en menor medida, en la competencia interna. Un paso importante en esa dirección se daría generando condiciones favorables para estructurar una representación partidaria en condiciones de trascender los estrechos límites territoriales en los que hoy está reducida. Cuando menos, cuatro medidas representarían un avance sustantivo: a) la introducción de restricciones más severas para conservar el *status* de partido político, b) la unificación de la convocatoria a elecciones y calendario electoral fijo; c) un nuevo sistema y proceso de afiliación, y d) la supresión de la obligatoriedad de las internas abiertas. □

* Universidad Di Tella/CONICET.



Libros del Zorzal

Álvaro Abós | *Cautivo*



El autor reconstruye en este libro la trama secreta de *Ejercicio plástico*, el mural pintado por David Alfaro Siqueiros en la Buenos Aires de los años treinta, que se debate entre golpes de Estado, infamias y crisis económicas.

Ivonne Bordelois | *La palabra amenazada*



El rescate de la potencia y riqueza de la palabra no es ya un problema de crítica filológica, sino el requerimiento de una nueva conciencia ecológica, una alarma contra el embale de las fuerzas que impiden nuestra contacto con ese lenguaje del que surgen la crítica, el júbilo y la creatividad.

Jean Baudrillard · Edgar Morin | *La violencia del mundo*



Este libro reúne las conferencias de dos prestigiosos sociólogos y filósofos franceses acerca de un tema inquietante: la realidad mundial posterior a los atentados del 11 de septiembre de 2001.

James Petras | *El nuevo orden criminal*



El reconocido sociólogo estadounidense expone en este libro reflexiones de última actualidad sobre la inquietante escena política global, en particular sobre el arrogante y criminal intento de los grupos instalados en Washington por consolidar un Imperio neocolonial.

Libros del Zorzal: Tucumán 3350 piso 1° N / 4864-4150 / info@delzorzal.com.ar

siglo veintiuno editores argentina

NOVEDADES

- Luis Alberto Romero (coord.), Hilda Sabato, Silvina Quinterro y Luciano de Privilegio **LA ARGENTINA EN LA ESCUELA**
La idea de nación en los textos escolares
COLECCIÓN HISTORIA Y CULTURA
- Roland Barthes **CÓMO VIVIR JUNTOS**
Simulaciones novelescas de algunos espacios cotidianos
EDICIÓN AL DISEÑO DE BEATRIZ BÉLIZ
- Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron **LOS HEREDEROS**
Los estudiantes y la cultura
PRÓLOGO DE RICARDO BÉLIZ

Nueva dirección: Tucumán 1621 7° N • Buenos Aires • Tel/fax: (54 11) 4373 8516 • info@sigloxeditores.com.ar

Por un Derecho más lúcido y más justo

Conservadurismo y republicanismismo en el diseño de las políticas de seguridad

En las disputas de estos tiempos en cuanto a cómo reorganizar las políticas de Estado en materia de seguridad, se esconde un debate muy interesante donde se enfrentan —entre otras, pero de modo muy especial— dos concepciones casi opuestas respecto de cómo pensar el Derecho. Examinar dicho debate puede resultar mucho más fructífero que quedarnos en la discusión más habitual —y también más superficial— acerca de “la mano dura y sus límites”.

Roberto Gargarella

Por ello mismo, es lo que sigue voy a revisar estas dos concepciones teóricas subyacentes, a las que llamaré “concepción conservadora” y “concepción republicana”.

La visión conservadora sobre el Derecho Penal

La visión jurídica hoy dominante, de tonalidad conservadora, piensa a los individuos como fundamentalmente egoístas, orientados a maximizar beneficios en cada una de las empresas en las que se involucran. Los individuos son concebidos como aprovechadores que no perdonarán ninguna fisura en el sistema jurídico para tomar ventajas, ni tendrán mayor piedad con sus pares al momento de relacionarse con ellos. Se trata de sujetos calculadores, que actúan de modo estratégico y miden frente a cada paso y a cada norma las posibilidades de obtener los mayores beneficios tratando de incurrir en los menores costos posibles.

Lo reconoce explícitamente o no, el Derecho ha venido creciendo desde hace muchos años a partir de una tal visión, y sus normas han sido moldeadas teniendo en cuenta esa naturaleza peculiar (esa naturaleza egoísta que se asume propia de los individuos

sobre los cuales debe aplicarse el Derecho). El Derecho se ha convertido así en un sistema de incentivos, obligado a operar a partir de aquella cruda base motivacional que se presume común a toda la ciudadanía. Siguiendo tales pautas, el Derecho se propone inducir a los individuos a actuar de un cierto modo, para lo cual mejora los “premios” ante determinadas conductas, a la vez que alza los costos de avanzar por caminos alternativos. Así, por ejemplo, el Derecho reacciona frente a cada aumento en la producción de un cierto delito (ayer el robo, hoy los secuestros, mañana el homicidio) incrementando proporcionalmente las penas. Se presume que, enfrentados a un incremento semejante en las penas impuestas, los individuos —egoístas, calculadores, estratégicos— desistirán de su decisión de cometer ciertos ilícitos, o al menos pensarán con más cuidado.

La lógica de este razonamiento nos lleva a una visión simplista del Derecho y a una visión draconiana del Derecho Penal. Sin embargo, al estar basadas en presupuestos ingenuos y principios torpes, medidas como las que aquí se promueven no pueden sino resultar inútiles. Ante todo, estas medidas son torpes porque una “maquinaria” como la descripta viene a reforzar aquello que representa la supuesta esencia del problema, es decir,

la racionalidad de los cálculos de costo-beneficio, la faceta voraz y aprovechadora de cada uno. Dicha maquinaria, en efecto, se alimenta con el combustible del egoísmo que, a su vez, contribuye a preservar como combustible social principal.

Esta visión es ingenua, además, porque hace gala de un “realismo” y una supuesta “cruceza” de los que carece (lo cual la convierte a ésta en una postura basada, finalmente, en falsedades). Ella se vanagloria, en efecto, de no presumir la existencia de seres angelicales, como supuestamente sí lo hacen las visiones alternativas, que rechazan la suba de penas y proponen políticas criminales no represivas. Ella nos viene a decir, “inflaja de orgullo, que hay que ‘bajar a tierra’ y tomar conciencia de cómo son los seres humanos reales, de carne y hueso. Ella reabre tener los pies en el barro y saber de qué va la vida, de qué se trata la historia de la humanidad: luchas fratricidas, violencia, espíritu de facción, enfrentamientos entre intereses crudos e irreductibles. Sin embargo, y a pesar de esa vocinglería, visiones como la descripta encuentran cada vez menos apoyo en la literatura especializada, que crecientemente parece mayormente de acuerdo con una descripción más compleja de las motivaciones humanas.

Según tales estudios, en efecto, una mayoría de individuos parece ser más proclive a actuar conforme a pautas de “reciprocidad”: ellos cooperan cuando los demás cooperan, y dejan de hacerlo cuando los otros hacen lo propio. En definitiva, conforme con esta literatura, no es cierto que los individuos, universalmente, tienden a moverse con pautas no cooperativas. Más bien, y por el contrario, las pautas de acción propias de la conducta humana son variables y dependen de lo que los individuos saben o esperan de los demás. Tendrán a ser aprovechadores en ámbitos en que todos los demás lo son y tenderán a cooperar con los demás en situaciones en las que los demás propenden a actuar cooperativamente.

El republicanismismo contra el modelo represivo

Contra lo que pudieran sostener muchas teorías rivales, el republicanismismo no necesita basarse en presupuestos ingenuos acerca de los modos habituales del actuar humano; presupuestos ingenuos como los que, en definitiva, sostienen al Derecho moderno. Conviene comenzar recordando que, para el republicanismismo cívico, una de las preocupaciones es favorecer el autogobierno colectivo.

El republicanismismo toma como ideal regulativo el de que la comunidad se autogubierne, el de que no sea dominada por ninguna comunidad vecina. Se pretende la autodeterminación y se rechaza cualquier imposición externa, cualquier medida que se pretenda llevar adelante en contra de la voluntad de los propios afectados. Este tipo de preocupaciones no resultan nada inocentes, desde el momento en que se encuentran íntimamente atadas a ciertos requerimientos por lo general despreciados por la teoría social. Ante todo, respetar el ideal del autogobierno exige un nivel significativo de compromiso de los ciudadanos con la suerte de su comunidad.

La afirmación del ideal del autogobierno, por otro lado, sugiere un mandato adicional en cuanto a cómo organizar las instituciones políticas de la sociedad. En efecto, el orden republicano requiere de instituciones favorables al autogobierno: ellas deben no sólo estar abiertas a la intervención cívica, sino además alentar esta actitud de parte de la ciudadanía. Muchos republicanos, contemporáneamente, defienden así el establecimiento de instancias de decisión descentralizadas o la creación de foros públicos destinados a alentar el debate colectivo sobre cuestiones de interés común.

El modo en que el republicanismismo piensa el Derecho Penal tiende a ser consistente con los ideales recién marcados. La primera sugerencia de los republicanos tiene que ver con la preocupación teórica más habitual de esta teoría, vinculada con la “forja”

del carácter y la “educación moral” de los ciudadanos. Ante todo, pueden decirnos los republicanos, aquellos que son capaces de sentir la tentación de cometer un delito deben reconocer la importancia de abstenerse de tal tipo de conductas, y los que han cometido una falta deben convencerse de la importancia de no volver a cometerla. Llegar a un horizonte de este tipo implica —como ya señalamos— dejar de lado la imagen del Estado pasivo en materia moral. Implica, para decirlo en términos filosóficamente más interesantes, dejar de lado el principio liberal de la neutralidad moral del Estado. El Estado debe reafirmar la educación en la virtud y comprometerse en la transmisión de ciertos valores cívicos elementales. Al Estado debe interesarle el desarrollo de lazos fraternales entre sus miembros. Las personas deben sentir un impulso interno a colaborar con los demás —a actuar en favor del interés colectivo—, tanto como deben sentirse inhibidas de llevar a cabo conductas delictivas.

En sintonía con tales criterios, autores como John Braithwaite y Philip Pettit —centrales en la tarea de aproximar el republicanismismo al Derecho Penal— defienden la adopción de “instituciones formativas”, que tienen por objeto “modificar” el carácter y las conductas de los individuos (instituciones que no descansan en el auto-interés de los individuos, como ocurre con las vinculadas con el “liberalismo de la mano invisible”). Se procura, así, cambiar “los hábitos deliberativos de las personas, tanto como sus disposiciones de comportamiento”: se trata de crear instituciones socializadoras, más que de afirmar otras orientadas hacia la coerción.

Finalmente, y reconociendo la importancia de alentar los sentimientos de reciprocidad inherentes a cada uno, el republicanismismo requiere alentar un esquema institucional y un orden penal que fomenten la integración social. El republicanismismo viene a alentar las relaciones cara-a-cara y la confianza mutua, es decir, un tejido de normas y prácticas muy dispuestas a las que hoy prevalecen. En este senti-

do, podría argumentarse, el esquema de penas cada vez más altas, hoy predominante, no sólo fracasó por estar fundado en una base motivacional errónea, sino que además resulta perjudicial en materia de integración social, al consagrar la “guerra” de un sector de la sociedad contra el resto (además de resultar irracional, al incentivar comportamientos más despiadados en aquellos que, ahora, por ninguna razón tolerarán ser aprehendidos: cualquier cosa es preferible a caer preso en condiciones tan salvajes como las que el derecho represivo hoy establece). Nada puede resultar peor en términos de integración social que un Derecho que comience a percibirse como parte —o producto exclusivo— de sólo un sector de la sociedad. Nada puede resultar más contrario al ideal republicano de contar con un Derecho que los individuos puedan reconocer como propio, y mucho peor si, —tal como tiende a ocurrir en la realidad, y a resultados de su origen, en una fracción de la sociedad— ese Derecho comienza a aplicarse de modo parcial y arbitrario, y crea una sociedad de dos niveles: la de los que definen los contenidos del derecho penal, y la de los que lo padecen en carne propia.

Frente al panorama jurídico que hoy prevalece, el republicanismismo requiere normas que extiendan su mano para levantar a los caídos y sumar a los excluidos, normas que vengam a negar en lugar de a reproducir la marginación social hoy existente. En definitiva, el republicanismismo viene a exigir un Derecho menos ingenuo y menos brutal, es decir, un Derecho más lúcido a la vez que más justo. □

Notas

¹ Una versión expandida de este texto aparecerá en un libro de homenaje al penalista Julio Maier.

² Puede encontrarse un buen resumen en A. Ben-Ner y L. Putterman, eds., *Economics, Values and Organization*, Cambridge University Press, 1998.

³ Kahán, Dan, *The Logic of Reciprocity: Trust, Collective Action, and Law*, 2001.
⁴ Braithwaite, J., y Pettit, P., *Not Just Deserts. A Republican Theory of Criminal Justice*, Oxford University Press, 1990.

INTERNACIONALES

El mundo que nos dejan las guerras de Bush II

2001-2003: ascenso, apogeo y caída del "momento neoconservador". Un proyecto neoimperial que puede haber resultado más efímero que el "nuevo orden internacional" anunciado por Bush padre diez años atrás no encuentra, sin embargo, una alternativa de reemplazo a la vista, en un escenario internacional posliberal, anárquico y caótico, más comprensible desde la mirada de Hobbes que desde la de Kant.

Fabián Bosoer

Ahora que la ofensiva neoconservadora parece haber iniciado su declive y que Irak se convierte en la sepultura de los sueños imperiales posmodernos de quienes tomaron el poder en Washington, es bueno recordar que todo esto no empezó con la llegada de George W. Bush al Gobierno, en enero de 2001, ni con los atentados del 11 de septiembre de ese año, sino mucho antes.

Hace quince años, por lo menos, que este grupo de "iluminados" provenientes del ala derecha republicana y los *think tanks* ultraconservadores vienen observando, pensando, entendiendo y buscando modelar el mundo más imprevisible y más violento, que hoy estamos viviendo. Ellos vinieron a encarnar una gran ravanca de la geopolítica norteamericana originaria, la de mediados de siglo pasado y más atrás aún, aquella con la que los EEUU entraron en el 1900, de la mano de Theley Roosevelt, como potencia mundial emergente en dirección a la conquista de los mares.

Procedieron a desarmar aquella esterilidad de posguerra que ya se estaba cayendo en los años noventa al desaparecer el orden bipolar; pero fueron por más. Hicieron su primer ajuste de cuentas con el internacionalismo de Clinton; pero también, un segundo ajuste de cuentas, en este caso con el "realismo" de los viejos

conservadores acostumbrados a la política del equilibrio y el balance de poder. Ya no había equilibrio que defender ni tablero de ajedrez sobre el que planificar estrategias de disuasión o contención, ni juego de acción racional posible ni compromisos *a priori* con la comunidad internacional: EEUU debía ahora asumir su condición de superpotencia solitaria en un mundo unipolar, inestable y en conflicto permanente, y jugar solo, acompañado de coaliciones cambiantes de países aliados, contra las fuerzas del caos, los "ojos del mal" y las redes terroristas.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 confirmaron sus diagnósticos y presunciones sobre vulnerabilidades y amenazas, instalaron el hecho catastrófico como factor interviniente en el ajuste de las políticas e impulsaron el giro fundamental para la resolución estratégica. Por razones militares, económicas y culturales, había que salvar la amenaza de la entropía, el riesgo de un colapso del complejo militar-industrial debido a la falta de utilización y a sus múltiples desagregaciones internas. Era necesario encontrar un enemigo principal y redefinir, de manera extensiva, intensiva y existencial, la construcción de ese enemigo. Lo conocían demasiado y, a la vez, demasiado poco: habían manejado aquella materia en los pliegues de las guerras posmodernas y en negocios

secretos en las postrimerías de la Guerra Fría; habían contribuido a incubar los "huevos de la serpiente" y desatado una tormenta ahora incontrolable. La antigua parábola del aprendiz de brujo debía ser abortada.

Se apartaron, entonces, del realismo conservador clásico y se armaron a la retórica wilsoniana para recurrir de propósito idealista y fervor misionero lo que era su verdadero imperativo categorico: "retomar el control". Había, entonces, que salir nuevamente a liberar al mundo de los yugos opresores, levantar las banderas del intervencionismo, liderar una nueva Cruzada internacional.

La argumentación retomaba los planteos de Francis Fukuyama de diez años atrás sobre el "fin de la historia" (recurdese la novedosa influencia de las lecturas "hegelianas de derecha" que Fukuyama reconocía en Alexandre Kojeve) y los apoyaba a las tesis de Samuel Huntington sobre el inevitable "choque de civilizaciones". Aunque fueron optimistas a su manera, y en esto se parecían a los internacionalistas liberales: en la creencia de que EEUU podría cumplir una tarea positiva derribando dictaduras y sembrando democracia en el mundo árabe y en Oriente Medio. Escuchamos aquí razonamiento en boca de Tony Blair y de algunos intelectuales progresistas, como Timothy Garon Ash o Michael Ignatieff: como quiera que fuera, y más allá de los intereses en juego, derrocar una dictadura como la de Saddam Hussein podría ser, en sí mismo –sostenan– un hecho positivo para el mundo.¹

Pero no eran sólo intereses de grandes corporaciones transnacionales lo que traían entre manos los neoconservadores de última generación. Seguidores del filósofo Leo Strauss algunos de ellos, tomaron de éste ante todo una visión crítica de la modernidad liberal, el relativismo ético y la neutralidad valorativa. La idea de la necesidad de un "rearme moral" y de una restauración de la primacía de la política sobre la economía formaba parte del universo conservador

conocido. Tradujeron estas categorías a la política internacional y argumentaron sobre la necesidad de que EEUU ejerciera su liderazgo y asociara su impresionante e indiscutido poderío tecnológico y militar con su condición de realización última y más avanzada de los valores de la cultura occidental.

Pero algo novedoso en esta concepción que rehabilitó la tradición del pensamiento imperialista norteamericano de principios de siglo XX, el de los "neohumanistas" belicistas, es cómo se desprendió sin ambigüedades de la influencia de Immanuel Kant –la "paz perpetua" basada en la autolimitación de la fuerza de los poderosos y la sujeción a una ley internacional– y el injerto en su ley las teorías de Carl Schmitt: la realización del "decisionismo" –la encarnación de una acción política independiente de los postulados normativos–, la identificación del enemigo como esencia de la decisión política y la doctrina de los grandes espacios geopolíticos –el control de los recursos estratégicos vitales, la toma de la tierra y de los mares en un nuevo "nomos de la Tierra"– como motor de la estrategia global que define los alcances de la guerra y de la paz.

Así es como se terminó de definir el perfil acabado de los "neoconservadores globalistas" que salieron a la luz pública de la mano de Donald Rumsfeld, Dick Cheney, Paul Wolfowitz y el selecto grupo de intelectuales y publicistas "strausianos". Juramentados en el Proyecto para el Nuevo Siglo Estadounidense (PNAC) en 1997, lo plasmaron y convirtieron en Doctrina de Guerra Preventiva y Revolución en los Asuntos Militares, para elevarlo al rango de política de Estado en la Estrategia de Seguridad Nacional, presentada por Bush II en septiembre de 2002 y aprobada por el Congreso un mes más tarde. La nueva doctrina tuvo su campo de experimentación con la guerra de ocupación en Irak, una operación muy bien planificada aunque los resultados hoy a la vista parecen desmentirlo.

Es difícil negarle a estos "halcones" talento y eficacia en el logro de sus propósitos. Tendrán su lugar en la historia: en dos años, dieron vuelta como un guante el escenario internacional y colocaron a los EEUU más allá de lo que todo juicio de prudencia aconsejaba y anticipaba como perspectiva más probable, sin encontrar contrapesos intelectuales y políticos en condiciones de limitar, moderar o disputar esa centralidad en el vértice de poder.

Sin embargo, es un error atribuir este segmento de la historia sólo a la habilidad de una camarilla intrigante; tanto como fijar en la utilización del engaño y la mentira y la manipulación de la opinión pública, el convencimiento que lograron para fraguar el mayor despliegue militar de la historia (450 mil millones de dólares, es decir 150 mil millones más que el que tenía Bush al instalarse en la Casa Blanca, y un equivalente –según Jeffrey Sachs– de los gastos militares combinados del resto del mundo) y concretar la expedición punitiva a Irak. El "vacío estratégico", como acostumbramos llamarlo, existía; acertaron tempranamente en advertirlo y salieron a llenarlo a su manera, aprovechando la fabulosa asimetría de poder militar y tecnológico, con toda la carga de ultranacionalismo e intereses plutocráticos involucrados.²

La apreciación de G. John Ikenberry, internacionalista de la Universidad de Georgetown que escribe en el último número de la influyente revista *Survival*, del Instituto de Estudios Estratégicos de Londres (IISS), es contundente: "es difícil encontrar otro instante de la historia diplomática norteamericana en el cual una orientación estratégica equivocada haya provocado tanto daño a la posición internacional de este país –su prestigio, credibilidad– en tan corto tiempo y con tan poco para mostrar a cambio".

¿Revancha de Venus?

Ahora bien, ¿se ha agotado el "momento neoconservador"? Y si es así,

¿qué es lo que dejará tras su retirada? ¿Cuál es la magnitud de los cambios que ha producido en el sistema internacional? ¿Cómo afrontará dicho escenario la etapa que sobrevenga? ¿Es posible pensar –en clave socialdemócrata– en una "revolución democrática global" que confronte con la perspectiva que ofrece el "cruzadismo" fundamentalista, de proliferación y privatización de conflictos armados, violencia criminal, terrorismo y contraterroristas?

Es necesario partir de estos interrogantes para plantear las alternativas futuras.

Porque EEUU podrá quedarse o retirarse, al final, más o menos penosamente de Irak, como lo hizo de Vietnam o como lo hizo de Irán, pero el desbarajuste está allí instalado y el hecho de que hayan sido los EEUU los principales responsables en provocar seriedad materia del juicio histórico, el análisis y la condena ética, pero no responde al hecho político sustantivo de que la comunidad internacional y la política exterior de cada país se encuentren involucradas con algún tipo de intervención que pueda ayudar a reconstruir instituciones nacionales e internacionales o desmantelaras, permitir que se edifique o contribuya a su colapso, en vastas regiones del mundo.

En esta materia, el punto exacto en el que quedó anclada la cuestión internacional es aquel en el que lo encontró el elenco de Bush al llegar a la Casa Blanca hace cuatro años, sólo que en un mundo más caótico y confuso aun que el de entonces. Pero eso, las opciones que se abren para "un giro a la izquierda" navegan entre una nuevo intervencionismo, que reivindique el papel central de las Naciones Unidas, impulse su reforma y reemplace el comando de las tropas estadounidenses por más complejos contingentes multinacionales con Cascos Azules, y un nuevo antiimperialismo reluctante, integrada por "globalifóbicos", pacifistas, "altermundialistas" y "soberanistas".

Las dos opciones presentan su costo oscuro. El "intervencionismo hu-

manitario" y el "internacionalismo democrático" —con o sin intervención de los EEUU— han mostrado ya terribles escenarios de complicidad, por acción u omisión, con matanzas en África y los Balcanes, así como dificultades serias para liberarse del dilema típico: ¿es posible —y deseable— "exportar la democracia" a sociedades no occidentales atravesadas por divisiones tribales, étnico-religiosas o nacionales profundas? ¿Es posible —y justificable— hacerlo a través de expediciones militares de características neocoloniales?

Como señaló en 2000 el Informe de la Comisión presidida por Lakhdar Brahimi —el mismo hombre en quien se centran todas las expectativas para encarrilar una salida para Irak—, "nada ha hecho más daño a la reputación y credibilidad de la ONU en materia de mantenimiento de la paz durante los años noventa que la renuencia a distinguir entre la víctima y el agresor". Y el problema contrario: ¿cómo impulsar el retiro de tropas y de asistencia en las zonas de conflicto y los países con Estados colapsados mientras la televisión y los informes periodísticos muestran los dramas de pueblos y comunidades expuestas al genocidio y las guerras de exterminio?

El nuevo eje europeo constituido por Francia, Alemania y España —que debe ahora mover un tren más largo y cargado de veinticinco vagones, con sus problemáticas y voces diversas y en ocasiones contrapuestas— puede inclinar la balanza en una u otra dirección, en sintonía con un abandono del unilateralismo arrogante en la política exterior norteamericana, en caso de ganar el candidato demócrata, John Kerry.

El ensayista neoconservador Robert Kagan ironizaba en su reciente libro *Poder y debilidad (Of Paradise and Power)*, edición española de Taurus, 2003 sobre aquella Europa refractaria a asumir responsabilidades militares, autosuficiente y ensimismada en su mundo regido por normas de negociación y cooperación transnacionales, mientras a EEUU le tocaba ejercer el poder "en

un mundo anárquico y hobbesiano en el que el derecho y los usos internacionales han dejado de merecer confianza y donde la verdadera seguridad, la defensa y el fomento de un orden liberal siguen dependiendo de la posesión y el uso del poderío militar". Mientras Europa vivía en el mundo de Venus, diosa de la fecundidad y del amor, EEUU vivía en el mundo de Marte, dios de la guerra.

Un año después, el mismo Kagan revisa su argumento en la revista *Foreign Affairs* (marzo-abril de 2004) y concede que había soslayado un "detalle": no existe fuerza o superioridad militar que consiga alcanzar por sí sola la legitimidad del poder y el liderazgo internacional, y EEUU, para quien el primer punto es incontestable, estuvo dedicado a dilapidar, con Bush y sus muchachos, aceleradamente, el segundo. Lo que ya antes Joseph Nye había llamado "la paradoja del poder norteamericano": el poder económico y militar por sí solo no sirve y en ocasiones puede debilitar en vez de potenciar sus objetivos. De manera que la declinación del proyecto imperial neoconservador —que promete un "nuevo siglo estadounidense" y puede quedar reducido tan sólo a un "momento" histórico— ofrece ahora renovada vigencia a las advertencias y consejos del realismo y del internacionalismo liberal, intentando reparar los daños provocados.¹

Unos y otros continuarán transitando los bordes de ese inmenso agujero negro provocado por el desequilibrio geopolítico y sistémico que en términos claros sintetizó Norman Mailer ("tanto poder en un bando, tanto odio auténtico en el otro; tanta tecnología por nuestro lado y tanto terrorismo potencial por el suyo, que los daños no pueden calcularse").² El viejo padre intelectual del realismo, Kenneth Waltz, para quien el verdadero descalabro se produjo con la caída de la Unión Soviética, lo advertía a su modo en su visita de hace unos meses a Buenos Aires: sin poderes o Estados capaces de contrabalancear el poder de los Estados Unidos, éstos se han

transformado en "principal administrador de los conflictos del mundo... pero también en principal creador de los mismos".

La gran cuestión parece ser, definitivamente, no sólo cómo sacar a los EEUU de Irak sino cómo volver a amarrar a Gulliver en Lilliput (algo que sólo se podrá hacer si Gulliver así lo quiere) y apaciguar, al mismo tiempo, tantas iras y fuerzas destructoras anidadas en la aldea global, ahora que el aprendiz de brujo ha desatado el poder que tanto pretendía conjurar.

Una planteo de política exterior socialdemócrata para el siglo XXI no podrá soslayar estas realidades —incluida la discusión sobre el uso efectivo del poder militar— y deberá sintonizar, por ello, sus bases de apoyo en una movilización de actores políticos y sociales, estatales y no estatales, que encuentren su eco, tanto en Europa, Rusia, el mundo árabe, China y el extremo Oriente, como en América Latina y dentro mismo de la república imperial americana, salida de Bush mediante. □

Notas

¹ Un año después, Ignatieff hace su autocrítica por apoyar la invasión, en un extenso artículo en *El-The New York Times* y en *Le Monde*, 22 de marzo de 2004. Los artículos de Blair, así, del mismo modo, aconsejan a Gordon Brown con la alianza con los EEUU en Irak.

² Jeffrey Sachs, "La decadencia de los EEUU", en www.proyectoindia.org

³ Véase al respecto, el muy interesante libro de Alain Jose, *El imperio del caos. Las repúblicas frente a la dominación estadounidense en la posguerra fría*. Fondo de Cultura Económica, 2003. Para Jose, sin dejar de ser la cabeza de un imperio, los EEUU instaura un sistema consagrado únicamente a regular el desorden mediante normas financieras y expediciones militares.

⁴ Joseph Nye, "La paradoja del poder norteamericano", Taurus, 2003. Véase también el artículo de la ex secretaria de Estado Madeleine Albright, "Puentes, bombas o fanfarroas?", publicado en español en *Archivos del Presente*, nº32, 2004. Su versión original, así como el artículo de Kagan citado, puede recogerse en la página web de *Foreign Affairs*, www.foreignaffairs.org

⁵ Norman Mailer, "¿Porqué estamos en guerra?", Ed. Anagrama, 2003.

Neoterrorismo, la otra cara de la globalización

La comunidad internacional se debe un debate en los mejores condiciones de operatividad ante un nuevo tipo de violencia indiscriminada, transnacional y carente de patrocinio estatal.

Guillermo Ortiz

Se puede afirmar que estamos en un nuevo universo en el que brilla con luz propia un enfrentamiento entre fuerzas que responden a una lógica globalista (extensión de la interdependencia en el marco de una economía de mercado planetaria que beneficia a unos pocos y, por lo tanto, excluyente), y una lógica particularista (consistente en una dinámica de reacción-plegaje-despliegue de las identidades étnicas y religiosas como instrumento de resistencia y de naturaleza incluyente). "Hacia fin de siglo, el mundo asistirá a un renacimiento religioso poco veces experimentado", afirmó Adolfo Malraux hace casi cincuenta años. No se equivocó: la segunda fase de la posguerra Fría adquirió autonomía histórica, y uno de sus rasgos fundamentales es el enfrentamiento de dos fuerzas de igual importancia: globalización económica frente a fragmentación política.

La mundialización avasallante del capitalismo de Occidente (con eje en la arrogancia neoimperial de EEUU) choca con la decisión de pueblos y culturas de afirmar su propia identidad. De algún modo, surgió un nuevo tipo de conflicto provocado por el plegaje de los excluidos del mundo moderno sobre particularismos culturales y religiosos, y la novedad más significativa reside en que estos particularismos se han transformado en la savia que nutre un nuevo tipo de guerra cultural que está en el climax de su fase operativa.

Así es como la doctrina de "ampliación de mercados" (con signo estadounidense) no sólo vulgarizó

el mundo, sino que multiplica los centros de decisión y conduce, a la vez, a un mundo fragmentado en lo social y económico. (El auge de la migración clandestina aparece como otro emergente indeseado de este profundo desequilibrio.)

Es en este particular contexto que asistimos al fin de una era de terrorismo internacional, abolida la confrontación Este-Oeste, y a la aparición de un nuevo tipo de conflicto, no ya vinculado a la brecha ideológica característica de la Guerra Fría. "Como estadounidenses hemos descubierto nuestro punto débil, nuestra vulnerabilidad: es el odio de los que no se nos parecen", escribió Samuel Berger, asesor de Seguridad Nacional durante la administración Clinton, tras la voladura conjunta de las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania en agosto del 98. Dieciséis días después dio el OK para que EEUU atacara con misiles de forma unilateral instalaciones terroris-



tas en Sudán y Afganistán; concretamente, una fábrica de productos farmacéuticos al noreste de Khartoum (donde según Washington se producían precursores químicos), y seis campos de terroristas en suelo afgano al sur de Kabul. Toda una puesta en escena en formato reducido, una premonición si se quiere, de lo que vendría después: las guerras relámpago en Afganistán e Irak, como respuesta a la caída de las Torres Gemelas de Nueva York el 11-S.

Ahora bien, ¿por qué hablamos de un nuevo terrorismo?

Porque el núcleo del fenómeno insurreccional durante la Guerra Fría era la denominada "guerra revolucionaria", entendida como instrumento de la política exterior de una superpotencia, en aquel tiempo la URSS. Se trataba de un modelo que incluía la creación de organizaciones clandestinas, guerra de guerrillas y, en su fase ofensiva, la neutralización de las Fuerzas Armadas gubernamentales. Trabajaba en base a una minoría altamente organizada, a través de un partido, dispuesto a tomar el poder explotando las contradicciones evidentes de la sociedad capitalista.

En cambio, hoy, la clave del terrorismo ya no se sustenta en la guerra revolucionaria, sino en la "guerra cultural", de objetivos múltiples y naturaleza dispersa; se trata de una amenaza no proveniente de un solo centro de poder y, por consiguiente, impredecible, y que incluye a una multiplicidad de grupos diferenciados que actúan en distintas áreas con objetivos disímiles. Porque, como quedó a la vista el 11-S, ya no se trata sólo de objetivos israelíes, sino de uno de los símbolos más acabados del empuje capitalista de Occidente en la posguerra Fría; por lo que el conflicto de hoy reconoce también una motivación vinculada al ataque contra la fuerza homogeneizadora del capitalismo globalizado y su principal impulsor: EEUU.

El terrorismo de la Guerra Fría era fuertemente centralizado y organizado en base a premisas ideológicas y,

como mencionamos, se veía como instrumento de la política exterior de una de las superpotencias, contaba con financiamiento estatal y apoyo logístico y entrenamiento de parte de la URSS y de algunos países de Europa oriental; en cambio, el nuevo terrorismo es altamente descentralizado y primitivo en su organización y técnica, pero no en su implementación; es apoyado por Irán y Sudán y financiado por otros (como Arabia Saudita), pero no lo controlan; además reconoce otras fuentes de financiación y se organiza en redes, con "células durmientes" asimiladas a los países occidentales, es decir al modo de vida del enemigo. Entre sus miembros, hay ciudadanos de todo el espectro musulmán y hasta ciudadanos europeos y latinoamericanos convertidos al islamismo. Es el reino de los "cosmócratas": individuos que operan de la misma forma hoy en Hong Kong, mañana en Estambul y pasado mañana en Londres y Madrid, que hablan varios idiomas y pasan por residentes locales merced a su gran capacidad de adaptación a las condiciones de vida occidentales.

Si bien el núcleo central de militantes lo constituyen los viejos voluntarios islámicos de cincuenta países que lucharon en Afganistán en las guerrillas afganas antisoviéticas, y que lograron vencer a un ejército "occidental e infiel" con una ideología secularizada, dotado de armas modernas, como el soviético: durante la década de 1980, se calcula que fueron casi 30 mil los voluntarios islámicos de más de medio centenar de países que combatieron en Afganistán, y triunfaron gracias al respaldo financiero y el entrenamiento de la CIA.

Incluso, hoy no sólo la naturaleza

de la amenaza está diversificada, sino también sus fuentes de financiamiento. No es novedad que Al Qaeda ha vuelto a reforzarse y financiar sus ataques con el opio afgano. Después de la guerra relámpago en Afganistán, las tropas de ocupación destacadas en ese país sólo controlan un área alrededor de la capital, Kabul. Lo que no ha impedido que se estableciera una alianza entre residuos talibanes y líderes tribales, y productores de opio, que según informes de la ONU, ahora se cultiva también en el norte del país y no sólo en el sur como antaño. El hecho de que Afganistán pase de un Estado que albergaba terroristas a un Estado narcotraficante ya es una realidad.

El problema es que, tras más de dos años de perseguir las fuentes de financiación de Al Qaeda, sólo parece haberse "tocado" la punta del *iceberg*. Al Qaeda es el primer movimiento terrorista global; ya no existen epicentros del terror, ni funciona como estructura u organización jerarquizada. Si bien Bin Laden es quien formula su política general, un comité de sabios toma las decisiones ejecutivas en nombre del grupo y a él se subordinan otros comités dedicados a los asuntos militares y los intereses comerciales de la organización, así como el comité de la "fatwa", encargado de promulgar los decretos basados en la ley islámica.

Peter Bergen, uno de los estudiosos del peregrinaje de Al Qaeda, sostiene que una vez que Bin Laden toma decisiones sobre política general, éstas son transmitidas al comité principal y después a los miembros del grupo de un nivel inferior; ahora bien, muchos de estos soldados de infantería tienen poco o directamente ningún contacto con Bin Laden.

Por ejemplo, Bin Laden nunca dio instrucciones personalmente a los terroristas. En 1977, el responsable de información de la célula de Bin Laden en Kenya, que parece haber tenido un papel decisivo en el atentado contra la embajada estadounidense en Nairobi, había escrito en un documento encontrado en su computadora personal que la misión de la célula era "atacar a norteamericanos". Pero aclara: "los miembros de la célula en el este de África no queremos conocer los planes de las operaciones, pues no somos más que instrumentos".

Lo cierto es que Al Qaeda se adaptó a los golpes de los últimos años y logró compensar sus pérdidas extendiéndose a otras zonas y creando nuevos teatros de operaciones; incluso, hoy es más activa en Asia, en donde se hallan países con fronteras más porosas. Actualmente, la organización es sólo una especie de "paraguas ideológico", pero la agenda operativa la fijan diversos grupos de forma descentralizada. Lo que hace Al Qaeda es proporcionar cobertura ideológica al movimiento yihadista (*Yihad*: guerra santa), de carácter universal. Tras el 11-S, la ONU creó un Comité de Sanciones contra Al Qaeda y el régimen de los talibanes con el propósito de secar sus fuentes financieras. Dos años después, sólo se congelaron fondos por valor de 150 millones de dólares, y en la lista de sospechosos de pertenecer a Al Qaeda sólo figuran trescientos setenta y dos nombres; y apenas ochenta y cuatro países aportaron información al comité, por lo que la cooperación internacional tampoco ha sido la esperada.

Existen muchos Estados reacios a ir más allá de la congelación de cuentas bancarias. Uno de los principales problemas de la financiación de este tipo de terrorismo es que se da a través de las organizaciones de caridad islámica que se multiplican sin posibilidad de ejercer un control sobre sus actividades y el sistema conocido como la *hawala*, consistente en giros directos de dinero entre particulares basados

en la confianza y que elude los circuitos financieros.

Al Qaeda funciona, básicamente, como un *holding*. Y Bin Laden es un gerente, un presidente de consorcio. Una especie de *holding* multinacional bajo la presidencia de Bin Laden. La estructura tradicional de un *holding* es un grupo de gestión central que controla intereses completos o parciales de otras compañías. A veces los *holdings* también son utilizados por delincuentes para actividades ilegales, y a menudo tienen sus bases en países donde pueden operar con escaso o ningún control regular. Así, Al Qaeda mostró gran flexibilidad para incorporar a distintos niveles organizaciones militantes subsidiarias de Egipto, Pakistán, Bangladesh, Argelia, Libia, Yemen y Siria, y Cachemira (área en disputa entre indios y pakistaníes). Incluso, los campamentos de entrenamiento de Al Qaeda atrajeron a una coalición multicolor de jordanos, tuercos, palestinos, pakistaníes, iraquíes, saudíes, sudaneses, filipinos, tayikos, birmanos, chechenos y hasta alemanes y sucesos ávidos de un poco de "movimiento".

Otro aspecto interesante es la estructura "posmoderna" de Al Qaeda (por decirlo de algún modo); esto es, de qué manera supieron explotar las tecnologías más actuales del armamento y las comunicaciones del siglo XXI, al servicio de la lectura más



retrograda y extremista de la guerra santa. Es una fusión altamente inquietante, porque no se trata de terroristas suicidas empobrecidos, como los que se aprecian en la Intifada palestina, sino muy por el contrario, de jóvenes cultos, con altos conocimientos técnicos, egresados de universidades de los EEUU o Alemania, sin barba e integrados a la perfección en sus respectivas comunidades. Frecuentan gimnasios, reservan vuelos por Internet y hasta en ocasiones beben alcohol, pecado mortal para un musulmán serio, pero excelente cobertura para las operaciones clandestinas.

La generación de más edad de radicales islámicos vinculados a Bin Laden estudió en la Universidad de Al Azhar de El Cairo, una especie de Oxford del saber islámico, y muchos de la nueva generación eligieron carreras como ingeniería o medicina en lugar de otras más cercanas a la órbita de la jurisprudencia de los países islámicos. De ahí que no debe extrañar que el principal ayudante de Bin Laden fuese un médico de una familia egipcia de clase alta, o que uno de sus voceros de prensa fuera un empresario saudí nacido en Kuwait dedicado al negocio de exportación e importación. O que su asesor militar en EEUU se haya licenciado en Psicología en una universidad egipcia y sea un reconocido especialista en computación de California. El propio Bin Laden, incluso, estudió Ciencias Económicas, trabajó para la empresa constructora familiar y a principios de los noventa fue uno de los hombres de negocios más activos en Sudán. Esta combinación de profesionalismo, utilización de técnica moderna e interpretación retrograda del Islam al servicio de una guerra contra Occidente es la marca de fábrica de Al Qaeda.

Bin Laden también aplicó técnicas comerciales que había aprendido de los años en que trabajó para la empresa paterna (no hay que olvidar que es hijo de un multimillonario saudita dedicado a la construcción). Recaudó fondos en Arabia Saudita

utilizando sus aceitados vínculos con la familia real (hasta su ruptura en 1990), reclutó guerreros en todos los países del mundo musulmán, y utilizó los recursos de la empresa familiar para construir bases de entrenamiento de guerreros santos. Los "licenciados" de esos campamentos se dedicaban como una gran empresa a exportar el terrorismo y la guerra santa en todos los confines del mundo. "Gracias a Dios, el número de hermanos es grande; pero yo no conozco a todos los que están con nosotros en esta Base" (Al Qaeda significa "la Base").

Podrían ser las palabras de un auténtico presidente de empresa. Pero no sólo cambió el terrorismo; también lo hizo la naturaleza de la guerra: hoy hablamos de un choque contra un enemigo difuso, transnacional y en un teatro no circunscrito. De algún modo, se trata de la era de la violencia no regulada, lo que añade inquietud a un contexto de por sí inquietante. Los rasgos principales de la nueva guerra es su carácter no convencional, prolongado (en tiempo y geografía) y de alcance planetario. Es un tipo de guerra sin "Día D" (desembarco en Normandía), ni Desfile de la Victoria; de lo que deriva la dificultad para afrontarla. Y es que la naturaleza de los conflictos bélicos ha cambiado por completo: hoy se trata de enfrentamientos globalizados, sin fronteras, ni bandos estatales



Sede No Oficial del disfrute en general.

conciertos
espectáculos
comidas
muestras
amigos

NO
AYESTRUZ

Humboldt 187 - Palermo (011) 47 71 11 41
hola@noayestruz.com.ar www.noayestruz.com.ar

organizados, y la principal víctima es la población civil. En este contexto, se puede afirmar que no respeta las ideas de Clausewitz. Salvo excepciones, en su aspecto más global son guerras no clausewitzianas, en el sentido de que no se trata ya de un enfrentamiento de corte sustancial (con ejércitos, banderas y enemigos, y en las que el aspecto militar se mantiene en todo momento subordinado a consideraciones políticas), sino accidental (donde todo es imprevisto, el enemigo anónimo y las acciones se asemejan a accidentes; sólo se aprovecha la oportunidad).

Es una Guerra Fría fuera de límites y sin límites. Después de medio siglo de equilibrio del terror, ingresamos en la fase del desequilibrio del terror, y ese desequilibrio no es la continuación de la política por otros medios, sino el caos, el reino de lo imprevisto. Clausewitz hablaba de "subida a los extremos" y en el máximo extremo la guerra se convierte en violencia salvaje, no regulada, generalizada, latente. El ataque a Manhattan, en este sentido, rompió los límites de lo posible y significó un extremo del cual no se retorna.

Así, el nuevo terrorismo representa la culminación de la lógica de la guerra moderna. En la que ya no tienen un papel los Estados modernos en forma exclusiva. Además, conjuntamente con la "globalización del terror" asistimos a una "privatización de la violencia": los mismos Estados "terrorizan" la guerra para los trabajos más sucios con grupos paramilitares o mercenarios. Lo más apropiado sería hablar de guerras asimétricas. Por un lado, un enemigo móvil, transaccional y difuso, que golpea sin identificarse contra blancos civiles, y que comporta una diferencia cualitativa; esto es, un Estado que lucha con instrumentos convencionales frente a grupos que lo hacen de manera no convencional; lo contrario de la "guerra disimétrica", de carácter cuantitativo (un Estado fuerte contra un Estado débil). Si bien hay antecedentes: EEUU ya probó estas guerras asimétricas en Somalia,

Kosovo y el Líbano (1983), cuando una bomba mató a casi trescientos marines; incluso, Israel con la Intifada soporta una inconflagración de estas características. Pero el aprendizaje será largo.

En este contexto, el problema de la respuesta de EEUU no es, básicamente, su desproporción, sino su implementación. En una palabra: EEUU, en su condición de única superpotencia, decidió pasar de ser un actor interesado en conservar el orden internacional en el marco de una estructura de equilibrio de poder (como podía ser de algún modo la Guerra Fría), a subvertir el orden internacional; y para eso se vale de la proyección de un poder militar incontestable. Y responde de forma convencional (con guerras de conquista) a una amenaza conceptualizada como no convencional.

Conclusiones

1) Está claro que con la decisión de España de retirar su contingente de Irak, es posible un "efecto dominó" en los aliados de EEUU, en un momento en que el Pentágono busca una mayor implicación de una OTAN ampliada. Para la guerra y la defensa de sus intereses vitales, EEUU estimó que las organizaciones multinacionales obstaculizan su libertad de maniobra, pero acaba de comprobar que para asegurar la estabilidad de posguerra, EEUU busca un reparto de costos, para lo que necesita a las organizaciones internacionales.

2) Con relación al terrorismo, urge un plan de cooperación entre las democracias aliadas. Es tiempo de *topos*, no de guerras. El problema es que para los sectores más conservadores de la administración Bush, el problema central no es el terrorismo, sino diseñar un nuevo orden internacional en el que EEUU tenga libre acceso a recursos energéticos, no exista posibilidad de construcción de un liderazgo regional en áreas sensibles y que el proceso de convergencia europea no redunde en una autónoma PESG (Política Exterior y

de Seguridad Europea). Esto es, que sólo desemboque en un compromiso financiero de Europa (contribuir con tropas a los esfuerzos de pacificación de EEUU y aumentar los presupuestos de Defensa) y no estratégico (esto es lograr una menor disparidad tecnológica en el campo militar con EEUU, que le permita establecer sus propios objetivos al margen de la OTAN). En este campo, también se necesitará la cooperación en temas como la clausura de los canales ocultos por los que circula el dinero del terror, la regulación de las transferencias electrónicas, el fin de la circulación del dinero criminal, del contrabando de armas, lo que exigirá eliminar los paraísos fiscales, regular la circulación de capitales y una mayor cooperación policial, militar y judicial.

3) Para el tema Irak, urgen un mayor involucramiento de la ONU y la Liga Árabe y la celebración de una conferencia internacional en Irak con todos los actores, bajo el manto de la ONU, tipo modelo afgano. Y una intervención con tropas de países árabes.

4) En cuanto al problema de Medio Oriente, la clave estará en desmontar el malentendido por el cual para Israel la paz es seguridad y para los palestinos la paz es territorios; y el hecho, derivado del anterior, de que ni Israel estuvo en condiciones de suministrar territorios a Arafat, ni éste demostró estar en condiciones de suministrar seguridad a Israel, por su falta de poder y convicción para descabezar a las organizaciones extremistas. Allí también hará falta superar la idea de "proceso de paz" como una "diplomacia del *impasse*" y reconsiderar la presencia de tropas internacionales y presiones de EEUU para un arreglo con Israel. No hay que esperar a otro 11-S (muy atractivo, por otra parte, teniendo en cuenta la larga campaña electoral hacia las presidenciales de noviembre en EEUU, en las que Bush juega su reelección), para modificar un *modus operandi* internacional que sólo trajo mayor inestabilidad a un mundo ya de por sí inestable. □

Atentados, vuelco electoral y nuevos horizontes

España: no más guerras al moro

Otro país. Hasta el 11 de marzo, los españoles citaban la desocupación, los accidentes de tránsito o la violencia de género como los principales problemas de su país, y el terrorismo sólo aparecía en un lugar destacado en las encuestas cuando algún zarzapalo de ETA estaba fresco en la memoria colectiva. Casi nada es igual después de las explosiones de Atocha.

Héctor Barbotta

El miedo se ha hecho un hueco entre las preocupaciones cotidianas. Los españoles comenzaron a percibir esa nueva realidad el mismo 11 de marzo; una vez comprendido que la matanza indiscriminada no era un salto cualitativo en el accionar de ETA, el estupor y la sorpresa comenzaron a dejar lugar a la racionalización del dolor y a tratar de entender qué es lo que había pasado.

¿Cómo un país que se vanagloriaba de ser puente no sólo entre Europa y América Latina, sino también con el mundo árabe, se había metido en semejante lío? Sin embargo, el primer reflejo ante los atentados no fue una reacción de miedo, sino una respuesta crítica: más de once millones de personas salieron a la calle para mostrar su rechazo al terrorismo. Una respuesta que desde Europa se echó de menos en los Estados Unidos tras los sucesos del 11 de septiembre. Bien es cierto que el reflejo de salir a la calle no surgió de la nada. Los españoles llevan décadas respondiendo de esa manera a los atentados de ETA. Cada vez que la banda terrorista mata, la sociedad responde en la calle. No hay atentado sin respuesta, y esa gimnasia democrática fue la que permitió responder con las gigantescas manifestaciones del 12 de marzo.

Más singular es el comportamiento social que siguió a ese día y que concluyó con el vuelco electoral que sobrevino en la noche del domingo 14. Por qué ante una agresión del calibre de los atentados de Madrid no sucedió lo

que la historia enseña como habitual —el fortalecimiento del que manda, la alineación de todas las fuerzas detrás de quien está al frente de las instituciones— es algo que los dirigentes del Partido Popular deberían preguntarse si quieren volver a parear elecciones. La respuesta no parece ser muy complicada: la sociedad vive que el Gobierno no estuvo a la altura de las circunstancias. Y que el desafío terrorista era demasiado importante como para dejar pasar por alto ese comportamiento. A esa hora ya parecía claro que los sectores progresistas españoles, cuya abstención le había dado a Aznar la mayoría absoluta en 2000, iban a ir esta vez a las urnas. Y que el volumen de esa movilización electoral iba a decidir el resultado de los comicios.

La participación fue una de las más altas de la historia de la democracia española: 77 por ciento frente a 68 por ciento registrado cuatro años atrás. Cabe suponer que los atentados no indujeron a una mayoría a cambiar de voto; más bien invitaron a las urnas a los abstencionistas. El electorado socialista desanimado en las anteriores convocatorias había respondido al llamado de contestar en las urnas no sólo a los atentados, sino también a la manipulación del Gobierno. Sobre un total de casi 26 millones de votantes, los populares sólo perdieron 700 mil sufragios. Pero la movilización hizo que los socialistas ganaran tres millones de votos en relación con las elecciones de 2000.

El ingreso en la OTAN y en las instituciones europeas ha marcado la historia de la joven democracia española. Sin embargo, nunca antes la polí-

tica exterior había estado tan presente en una cita electoral. Y el cambio que se reclama en esta materia destaca en el discurso de Zapatero. No sólo en el anunciado regreso de las tropas de Irak, sino sobre todo en el final de las veleidades atlantistas de su antecesor. El mandato electoral parece claro, volver a donde se estuvo siempre: Europa (sobre todo), el Mediterráneo y América latina.

Regresar a Europa supone aceptar el liderazgo franco-alemán, la "vieja Europa" de la que Aznar abjuró en su intento de construir un nuevo eje con Londres y Roma que buscara esas relaciones privilegiadas con Estados Unidos que Washington reserva exclusivamente al Reino Unido. Seguramente España renunciará ahora al sueño imposible de convertirse en una potencia de primer orden. En cambio, su aportación comienta ya a ser decisiva para convertir a la Unión Europea en el contrapoder que el panorama internacional reclama. Zapatero parece haber encontrado ese camino en el reconocimiento explícito que ha hecho del liderazgo de Berlín.

Volver a situar uno de los ejes en el Mediterráneo supone intentar recuperar el maltrecho prestigio español en los países árabes. Reemplazar la "guerra al moro" —que Aznar llevó a su cenit en 2002 con el conflicto con Marruecos por el islote de Perejil, y un año más tarde, con su alineación incondicional con la administración republicana en la invasión de Irak— por el necesario entendimiento con un vecino al que no sólo lo vincula la historia, sino también los escasos cientos kilómetros del Estrecho de Gibraltar.

La tercera pata de esta política se encuentra en América Latina. La opinión pública española vive con cierta vergüenza la presión ejercida por Aznar contra Chile y México cuando se reclamaba el apoyo de estos países en el Consejo de Seguridad días antes de la invasión de Irak. Ahora Zapatero ha dicho con claridad a lo que aspira: una relación de colaboración, de igual a igual, con cada uno de los países latinoamericanos. Sin prepotencia. Y sin nostalgia del Imperio. □

Tareas de la práctica democrática

Tribulaciones económicas de Lula: a mitad del camino

Las dificultades que enfrenta actualmente Lula en materia económica (persistencia de la recesión y el desempleo, ya instalados a finales del gobierno anterior) se explican en la trayectoria de largo plazo del Partido de los Trabajadores y en las vicisitudes de la transición gubernamental. Esto podría resumirse en cinco líneas: las complicaciones inherentes a una transición de gobierno protagonizada por un partido que espanta al mundo financiero, que se ve obligado a sobreseñalar y, una vez en el gobierno, se siente compelido a sobrereaccionar. Y lo hace a través de medidas ortodoxas estabilizadoras que tienen un costo recesivo mayor, y más duradero, que el que hubiera sido necesario en un ambiente no afectado por problemas de credibilidad.

Vicente Palermo

El costo que hoy paga el Gobierno del PT sería, así, directamente proporcional a la "mala reputación" que se supo crear en la oposición. Había una vulnerabilidad latente, y una turbulencia financiera establecida, anterior a las buenas perspectivas electorales de Lula; pero la reputación del PT agravó el problema. Llovió sobre mojado.

Así, Lula tuvo que optar ante el dilema de decidir entre los riesgos de desestabilización macroeconómica y los de entrar en un camino recesivo, del que no es ahora fácil salir si tampoco sostener. Los primeros fueron percibidos como inminentes: una amenaza de aniquilamiento de capacidades de gobierno. En la trayectoria de la tasa de interés de referencia hubo una sobrereacción (Brasil continúa teniendo las tasas de interés reales más altas del mundo); el real registró a lo largo de 2003 una apreciación importante con relación al dólar y el gobierno central cumplió holgadamente las metas de superávit primario fijadas con el FMI. Las opciones iniciales de Lula se diferenciaron así de las iniciales de Sarney y de las correspondientes a la transición Itamar-Fer-

nando Henrique. Las "promesas" implícitas del cruzado en 1985 y del real en 1994-1995 no eran dilemáticas: estabilizar y permitir una recuperación económica (el cruzado cumplió poco y mal). Lula no tuvo esa suerte; la promesa de recuperación está colocada, pero al cabo de un tiempo de penuria. Acaso, ¿la opción no será, al cabo, *self-defeating*?

Lula continúa pidiendo tiempo y, si juzgamos por los estudios de opinión, lo obtiene (mantiene un nivel de aprobación personal de cincuenta y nueve por ciento en abril de 2004). Empero, ya a fines de junio de 2003 anunció un inminente "espectáculo de crecimiento", y de este modo hizo patentes las terribles tensiones que lo afectan. Hasta su Gobierno había sido posible, aunque no sostenible en el tiempo: a) proporcionar beneficios difusos a amplios sectores sociales, provenientes de las políticas macroeconómicas (ingresos, estabilidad, empleo) en formas más o menos populistas; b) proporcionar beneficios categoriales—clientelísticos/particularistas en la lógica de incorporación progresiva de sectores a un sistema de privilegios que ha permanecido inalterado. Pero el actual Gobierno no puede ni lo uno ni lo otro.

Si existe una relación directa entre la trayectoria del PT hasta su llegada al gobierno y las actuales desventuras económicas de Lula, también la hay entre las opciones político-económicas iniciales, su procesamiento en la compleja morfología político-económica brasileña y los esfuerzos de Lula, de inciertos resultados económicos y sociales, por "producir" tiempo político. Pero el Gobierno de FHC tenía un programa de reformas que llevar a cabo y una política macroeconómica que lo viabilizó. En el caso de Lula, la política económica es hasta ahora de pura restricción, a la espera de frutos que no llegan, pero se paga un precio para viabilizar... ¿qué? Paradójicamente, un Gobierno petista carece de un programa de reformas. Para tenerlo, debería haber dado un salto en sus orientaciones y en sus líneas ideológicas más grande aun que el que dio desde 1993 hasta 2002. En ese aspecto el Gobierno está huérfano, y en el marco de esa penuria de sentido, y sin frutos en macroeconomía, Lula no se ha tomado más populista pero sí ha "qualunquizado" notoriamente su discurso. Este tiene rasgos de un familiarismo algo curioso: no se vale de una clave paternalista, sino que utiliza metáforas familiares que interpelan, como jefe de la "gran familia brasileña", a sus destinatarios como "jefes de familia". El Presidente despolitiza su discurso, lo despoja de contenidos programáticos, así como de adversidad, y lo coloca en un registro de sentido común.

En Brasil, como en otras partes del mundo, las demandas de estabilidad y protección han ganado supremacía en la agenda política contemporánea, en desmedro de aquellas vinculadas al cambio social. La trayectoria del Partido de los Trabajadores, desde sus tiempos fundacionales hasta el gobierno, recoge estos cambios de largo plazo en la agenda político-cultural. Quizás uno de los principales méritos históricos del PT en su origen haya sido lograr una ruptura firme con los arraigados patrones de referencia político-culturales, pero haciéndolo con un discurso y una identidad política

de ciudadanía, en lugar de una nueva variante de populismo o cultura política plebea. Sin embargo, ni estos rasgos tan positivos, ni la retórica y la ideología socialistas que acompañaron su trayectoria, impidieron que la política de intereses del PT fuese en gran medida conservadora: sus bases sociales y organizacionales consiguieron ir acomodándose en una estructura preexistente caracterizada por la desigualdad y la exclusión, y que tiene al Estado por principal articulador. Esto ayuda a explicar las limitaciones y los problemas referidos al tipo de adaptación que el PT y Lula encontraron al llegar al gobierno. Se hacen cargo de aquella "agenda hobsbesiana" pero no han sido capaces de inscribir en una orientación programática de largo plazo que sostenga ideales emancipadores. Este empobrecimiento de la sustancia política del PT y del Gobierno es consecuencia, por un lado, del contrapeso de sus bases organizacionales, que conspira contra un cuestionamiento a fondo de aspectos de la organización estatal centrales en la reproducción de la desigualdad y la exclusión, al punto de que en Brasil la pobreza, la desigualdad y la exclusión son cuestiones sociales "en tanto cuestiones institucionales y fiscales". Y, por el otro, del arcaísmo de sus orientaciones históricas, arcaísmo que va dejando atrás, pero sin lograr reemplazar el alternativismo de izquierda por un programa reformista con contenidos. Esto hubiera requerido una revisión aún más profunda de dimensiones básicas de su propia orientación y una asimilación más auténtica y temprana del reformismo modernizador encarado por las gestiones del gobierno anterior desde mediados de los 90, una asimilación que, no obstante, no impidiera mantener principios de diferencia e identidad. El estilo de oposición petista contribuyó a perpetuar estas carencias: por un lado, la crítica al "neoliberalismo" de la coalición encabezada por FHC se hizo de modo tal que los elementos positivos del programa modernizador se reconocieron parcial y tardamente, y no

podieron ser utilizados como impulso para una orientación general emancipadora novedosa; por otro, las concesiones al mundo de intereses de sus propias bases organizacionales reforzaron la ceguera frente a los aspectos institucionales y fiscales más negativamente vinculados con la desigualdad y la exclusión, y facilitaron, a falta de algo mejor, el mantenimiento de una diferencia frente al Gobierno (más distancia tomaba el PT de sus arcaísmos ideológicos, más se corría hacia el centro a la búsqueda de ampliar sus alcances electorales, más opositorismo ejercía frente a las iniciativas de reforma oficial... hasta que en plena campaña electoral se vio, frente a las reacciones preventivas del mundo de los negocios, en la necesidad de comprometerse explícitamente con el rigor fiscal y la ortodoxia macroeconómica).

Ahora, un ejemplo paradigmático de estos problemas es *Fome Cero*, el programa con el que el Gobierno entrante procuró, con todo énfasis, dar su marca de origen. Su lanzamiento fue acompañado por una retórica no menos confusa y asistencialista que las medidas con que fue implementado (y que demostraron escasa comprensión de la naturaleza de la desnutrición brasileña). Mientras tanto, el Gobierno casi ocultó las medidas de transferencia de renta más acertadas (*Bolsa Família*), que dieron continui-

dad a las iniciativas de política social lanzadas por el gobierno anterior.

Así las cosas, el equipo de Lula no dispone ni de una política económica que haga posible un programa de reformas, ni de un programa de reformas cuya densidad política le permita tomar la necesaria distancia de los intereses de sus bases más organizadas y adquirir capacidades de creación de tiempo en horizontes de más largo plazo (a pesar de los esfuerzos de Lula que, recientemente, han pasado de modo claro al empleo de una retórica menos inmediateista, que intenta colocar su obra de gobierno en una perspectiva de lustros y hasta de generaciones). La política macroeconómica, perjudicada por la sobrereacción, ha afectado las posibilidades de reactivación, y el pedido de tiempo de Lula, aunque efectivo, mide fuerzas en un escenario adverso y dominado por expectativas de plazos cortos. Desde luego, más allá del alto precio que debió pagarse para ganar la confianza de los agentes económicos, el campo de la política macroeconómica estaba y está definido por restricciones paramétricas; en cambio, muchas de las acciones y omisiones gubernamentales en materia de reformas estructurales responden a sus percepciones y preferencias. Allí había y hay mayores grados de libertad, pero para aprovecharlos se requiere un colosal esfuerzo de creatividad política.

Lo dicho no supone una predicción negativa; he procurado, en cambio, identificar las opciones escogidas delante de los dilemas inevitables, y explicarlas a partir de la trayectoria de la fuerza política y sus liderazgos. No es imposible que la reactivación se presente por fin, y que el Gobierno se disponga a revisar aun más sus orientaciones. También es probable que, frente a un agravamiento de la volatilidad financiera, se juzgue que el camino seguido hasta ahora es insostenible y deba ser corregido (cosa que no ocurrirá al estilo argentino). Eso inauguraría un escenario muy diferente; aun así, los dilemas y opciones discutidos se mantendrán como tareas de la política democrática. □



Dossier Norberto Bobbio

Norberto Bobbio murió en Turín, su ciudad natal, el pasado 9 de enero, a los noventa y cuatro años. Graduado en Derecho en 1931, se formó en la Filosofía jurídica y política. Su vastísima producción abarca la relación entre política y cultura, el liberalismo, los derechos humanos, la democracia, la ética política, los problemas de la guerra y la paz, entre otros numerosos temas. Para *La Ciudad Futura*, Bobbio es una referencia teórica cardinal. Nuestras páginas fueron repetidamente visitadas por este gran pensador, cuya obsesión estaba centrada en la defensa y perfeccionamiento de la

democracia, a la que procuraba, según sus propias palabras, “hacer descender del cielo de los principios a la Tierra, donde chocan fuertes intereses”. Crecido en el clima cultural italiano, signado por la herencia de Gramsci y de Gobetti, Bobbio desplegó una incesante militancia intelectual y política para conciliar los valores de la libertad y la igualdad: el socialismo liberal es la fórmula que resume su gigantesco aporte político-cultural. Hemos pensado que el mejor homenaje al maestro italiano es seguir discutiendo algunas de sus principales tesis.

Contribuciones a la teoría jurídico-política del socialismo (no sólo) italiano

Alberto Filippi*

I

Dialogando con Pietro Polito, recordaba Bobbio que uno de los lugares más relevantes de su formación política fue el laboratorio de ideas de la izquierda italiana constituido por la redacción de la casa editorial fundada por Giulio Einaudi (en 1933), la cual en los años de la Resistencia al nazi-fascismo y de los arduos comienzos de la Italia Republicana, representó uno de los centros de mayor innovación y europeización de la cultura liberal, socialista y comunista. Su objetivo en esos años, explicaba Bobbio, era el de “abrir un debate libre sobre el problema –que resultaba ser una cuestión esencial para el desarrollo de nuestra democracia– de la relación entre la tradición liberal, que

era necesario renovar, y la socialista, representada, por lo menos en Italia, principalmente por el Partido comunista”.

Bobbio retomaba, en un contexto histórico muy distinto, la enseñanza precursora del socialista Carlo Rosselli que, en 1930, había publicado su ensayo *Socialismo liberal*, proponiendo una inédita y extraordinaria síntesis entre antifascismo, democracia y socialismo liberal. En el prefacio, Rosselli reconocía cómo la fórmula misma de “socialismo liberal” “parecía encerrar una contradicción, dado que el socialismo surgió como reacción al liberalismo, sobre todo económico; pero –insistía Rosselli–, desde el siglo pasado hasta hoy estos dos principios antagónicos se han ido acercando. El liberalismo ha asumido, progresivamente, el problema social, y el socialismo ha adquirido

una sensibilidad nueva hacia los problemas de la libertad”.² Rosselli hacía propia –y desarrollaba con una perspectiva socialista– la crítica radical que el joven revolucionario Piero Gobetti realizó al liberalismo italiano, impotente y hasta cómplice frente a la embestida del movimiento subversivo y reaccionario guiado por el Duce Mussolini.

Con su excepcional agudeza, José Aricó había entendido las implicaciones de la presencia de esta línea de confluencia teórico-política entre Piero Gobetti y Carlo Rosselli, incluso en la cultura argentina gracias también a los trabajos del exiliado antifascista Renato Treves, el jurista socialista amigo de Bobbio.³ Recuérdese un dato significativo acerca de la circulación de las ideas socialistas en ese período. En 1938 (el año siguiente del asesinato de los hermanos Rosselli por parte de los fascistas en Francia) se publicó en la Argentina la traducción al español (editorial Hechos e Ideas) del importante ensayo de Gaetano Salvemini sobre *Carlo and Nello Rosselli. A memoir* (Londres, *For Intellectual Liberty*, 1937). En 1944, de Carlo Rosselli; habían apa-

recido en Buenos Aires (*Americalea* editor) el *Socialismo liberal* y, con prefacio de Salvemini, sus *Esercizio politici* y *autobiográficos*.

Quiero sólo añadir, de paso, que la interpretación crítica y la revalorización política, que del socialismo reformista de Juan Bautista Justo –como continuidad de las luchas democráticas argentinas– han realizado José Aricó y Juan Carlos Portantiero, descubrieron nuevos horizontes de estudio y de reflexión sobre la crucial relación entre liberalismo y socialismo (y las posibles innovadoras coaliciones de centro-izquierda), que culmina, precisamente, con la recepción del pensamiento filosófico-político de Bobbio en Argentina.⁴ Y es que para Rosselli (y Bobbio) la necesaria conjugación teórico-política de las instancias de la democracia liberal y de las del socialismo reformista no se reducían a una simple fórmula, sino que representaban un “compromiso político”, resultado de un programa cuya puesta en acción implicaba el reconocimiento de los derechos sociales (reivindicados por la tradición socialista), así como de los derechos de la libertad (reivindicados por la tradición liberal).

En efecto, desde su formación cultural de socialista liberal Bobbio dialogó toda su vida con los comunistas italianos, es decir, con los diversos protagonistas de las sucesivas etapas de la “vía italiana al socialismo” –desde Palmiro Togliatti, Giancarlo Pajetta y Galvano della Volpe hasta Giorgio Amendola, Umberto Cerroni, Nicola Badaloni, Cesare Luporini, Enrico Berlinguer, Giorgio Napolitano y Massimo D’Alema–, en la convicción, sincera y constructiva, de que esa discusión política iba a ser (como en realidad lo fue) de esencial relevancia para “elaborar una teoría, actualmente [1954] inexistente, sobre la manera en que se inserta la experiencia comunista en el progreso de la civilización liberal, de la cual el comunismo es hijo, aunque todavía

no heredero a pleno derecho”.⁵ Se trataba –sigue tratándose– de sustentar teóricamente la aplicación política del nexo entre los derechos de libertad y las exigencias, insoslayables, de la justicia social. Dos “principios, ha insistido Bobbio recorriendo el hilo rojo de su existencia político-intelectual, ambos necesarios para el ejercicio de una democracia consolidada, que sea no sólo formal sino también sustancial”.⁶ Insisto: ha sido la concepción de las formas de la democracia integral en cuanto democracia progresiva –y de la bobbiiana, permanente tensión entre “democracia real” y “democracia ideal”– entendida ahora como la esencia misma de socialismo (y de su práctica jurídico-institucional), lo que distinguió la posición del filósofo en la izquierda reformista italiana y europea.

Porque es el reformismo la característica fundamental (si bien no única) del socialismo de Bobbio. No puede ser éste el lugar para elucidar la complicadísima relación jurídico-política entre “reformas y revolución” –antigua y relevante cuestión en la que está atrapada la izquierda italiana (y no sólo italiana) desde hace mas de un siglo– a la cual Bobbio ha dedicado muchas reflexiones, en distintos momentos de su obra. Basta, para conocer la

complejidad de sus análisis, entrar por lo menos en algunas “voces” del excelente índice analítico (realizado por Valentina Paozè) de su monumental *Teoría general de la política*, Einaudi, 1999 (organizada e introducida por Michelangelo Bovero, continuador de Bobbio en la cátedra de Filosofía política en la Universidad de Turín), y de manera especial: “reformas”/“revolución”/“violencia”/“legalidad”/“derechos”/“socialismo”/“liberalismo”/“comunismo”, etcétera. La idea de fondo de Bobbio, en la distinción entre “reformismo” y “revolucionarismo” (que evidentemente también se aplica a la historia conceptual y a la praxis política del socialismo) es que ella –explica Bobbio– “pasa por la diferencia entre cambio parcial, gradual, por pasos paulatinos y cambio radical, que sobreviene sin estar precedido por un movimiento violento, súbito y popular. La célebre interpretación que Tocqueville hace de la Revolución Francesa es de una revolución como movimiento a la que no siguió la revolución como cambio. [...] Que luego, a fuerza de pequeños cambios –concluye Bobbio dejando abierta la capital cuestión– se logre el mismo cambio al que tiene la acción revolucionaria, es un problema cuya solución puede llevar a preferir una estrategia en



lugar de otra, pero no quita nada a la diferencia de las dos estrategias. El debate entre simpatizantes de una y otra animó tanto las interpretaciones de la Revolución Francesa como las de la Revolución Rusa.⁷

II

El centroizquierda viene concebido como un lugar de encuentro y acción de fuerzas sociales capaces de establecer "un *compromesso politico*" (el concepto es de Bobbio), en condiciones de articular alianzas concretas (bien sea de oposición, electorales o de gobierno), cuya descripción muy somera Bobbio indicó de esta manera: [...] "en el centro-izquierda [se colocan aquellas] doctrinas y movimientos a los que hoy podríamos aplicar la expresión 'socialismo liberal', incluyendo en ella a todos los partidos socialdemocráticos, incluso en sus diferentes praxis políticas".⁸

En lo personal—si es que hace falta insistir con quienes no lo concieron de cerca—lo mejor es citar a Bobbio mismo. "Siempre me he considerado hombre de izquierda y por lo tanto siempre he dado al término 'izquierda' una connotación positiva, también en la actualidad en la cual tanto la cuestionan, y siempre le ha dado al término 'derecha', una connotación negativa, a pesar de estar hoy en día ampliamente revalorizada. La razón fundamental por la cual en algunas épocas de mi vida [...] he sentido, si no el deber, palabra muy ambiciosa, la exigencia de ocuparme de política, y a veces, aunque raramente de hacer actividad política, siempre ha sido—confesaba Bobbio con su acostumbrado iluminismo pesimista—por el malestar frente al espectáculo de las enormes desigualdades, tan desproporcionadas cuanto injustificadas, existentes entre ricos y pobres, entre quien está arriba y quien está abajo [...] entre quien tiene el poder económico,

político e ideológico, y quien no lo tiene".⁹

Para mejor entender el pensamiento político de Bobbio puede ser útil hacer aquí, brevemente, una referencia a su militancia en la izquierda italiana. La posición, frente al marxismo teórico—que más tarde Bobbio resumió con la fórmula, que dio el título a uno de sus últimos libros, *Ni con Marx, ni contra Marx*, en realidad, referida a la política italiana—era mucho más antigua y estaba dirigida a los comunistas. "Ni con ellos, ni sin ellos, considerados no como enemigos que hay que combatir, sino como interlocutores de un diálogo sobre las razones de la izquierda."¹⁰

Ya en el año 1964, después de la defenestración palaciega de Nikita Kruschchev, cuando uno de los dirigentes de la corriente "reformista" del PCI, Giorgio Amendola, abre el debate sobre la perspectiva política de un posible partido único de izquierda, Bobbio interviene—con una carta al líder comunista—insistiendo sobre la necesidad de considerar para el futuro del socialismo "las exigencias imprescriptibles, irreversibles, de la democracia moderna [...]. Ha terminado el tiempo de las *arcana imperii*. Se trata de principios elementales de la democracia [los que no se aplican en la URSS], o quizá bastaría decir de un gobierno civil, en el cual se ejerce el control [de las decisiones] desde abajo y la publicidad de los debates. ¿Cuál es vuestra opinión sobre estos principios elementales? Hoy en día Italia está madura para un gran partido único del movimiento obrero. Nosotros necesitamos vuestra fuerza. Pero ustedes—exigía Bobbio—no pueden prescindir de nuestros principios".¹¹

III

Treinta años después, a raíz de la muerte del filósofo, Giorgio Napolitano (actual presidente de la Comisión de Asuntos Constituciona-

les del Parlamento europeo y continuador de las ideas de Amendola), evocaba, con enorme aprecio, la personalidad del "amigo y compañero Bobbio al cual—y a pesar de los distintos orígenes de ambos, socialista el suyo, comunista el mío—nos unieron siempre, debo reconocerlo, los reiterados intentos de convergencia hacia el reformismo. Su teoría de la democracia se reveló con el pasar de los años, vencedora.

Desde la época de Berlinguer—explica Napolitano—el PCI la había incorporado como declaración de principio incontestable al sostener que "la democracia, es para todos nosotros [los comunistas italianos] un valor universal". Desde hace tiempo, a partir de 1982—Bobbio auspiciaba que el PCI fuera el partido socialista democrático de Italia. Tardamos siete años más, puesto que nos atrasamos en la reflexión sobre las enseñanzas de Bobbio [...]. También estoy convencido—recordaba Napolitano—que sus presiones para superar las divisiones entre el PCI y la socialdemocracia europea tuvieron una notable influencia en el gran viraje de 1989 [y la constitución del *Partido Democrático della Sinistra*, en noviembre de 1989, en Bologna, primer secretario Achille Occhetto]. Bobbio nos enseñó que era posible recuperar, para la acción política, la parte más viva de la tradición del socialismo y del comunismo italianos. Esta afirmación no debe parecer una paradoja: Bobbio insistía, sin complejos, para que no echáramos por la borda lo mejor de la larga experiencia de los comunistas italianos, que había comenzado con la fundamental contribución a la Resistencia y a la Constitución republicana de 1948. Hoy, finalmente—concluye Napolitano—podemos constatar una coincidencia de fondo con el pensamiento de Bobbio: la inescindibilidad de los valores de la libertad, de la igualdad y de la democracia como valores del socia-

lismo"¹² (y por supuesto, no sólo del europeo).

Por otra parte, para comprender el contexto en el cual se gestaron las contribuciones de Bobbio a la teoría del socialismo, el lector latinoamericano no debe olvidar—pero tampoco el italiano—que los programas de las fuerzas políticas a las que idealmente Bobbio se fue refiriendo con el pasar de los años, no coincidían plenamente (y, a veces, para nada) con su pensamiento, con la excepción de la breve, fundamental, experiencia del *Partido d'Azione* (síntesis conceptual y política de *Giustizia e Libertà*), que para él—termina en 1948, cuando abandona la militancia activa.

Los liberales nunca lograron, después de la muerte de los ancianos Benedetto Croce y Luigi Einaudi, tomar un liderazgo acorde con las ambiciones ideales del partido, permanentemente dominado y aplastado por las políticas de derecha y de centro de la *Democrazia Cristiana*. Cuando comenzaron los años de las políticas de centroizquierda, las distintas y opuestas tendencias del socialismo italiano no contenían ni sostenían por distintas razones el conjunto de los principios y las elaboraciones de Bobbio. El último secretario del PSI, con el cual, en los años setenta, el filósofo tuvo relaciones de estima (por lo demás, recíproca), fue Francesco De Martino, su colega de la Universidad de Nápoles, insigne historiador del derecho romano.

En 1976 publica *Quale socialismo?*, ensayo en el cual analiza el decisivo nudo teórico-político de las relaciones entre "cuestión socialista" y "cuestión comunista". Después, con la larga temporada de la omnívora gestión de Bettino Craxi, el Partido Socialista llegó, finalmente, al poder, pero también fueron generándose las bases de la progresiva corrupción, decadencia y fragmentación de la dirigencia craxiana y del partido mismo (en consecuencia, también de los pro-

cesos llevados adelante por los jueces de *Mani Pulite*). Importante para este respecto es el año 1984, cuando en el congreso de Verona, en mayo, Craxi es reelegido, por aclamación, secretario del Partido Socialista, Bobbio crítica decididamente sus métodos antidemocráticos y reformula en su contra la precedente acusación de ejecutar prácticas típicas del *Führerprinzip* y de la "democracia del aplauso". Ese mismo año, en julio, el Presidente de la República, el viejo militante socialista, Sandro Pertini, bien consciente de la ruptura del maestro con Craxi, lo nombra Senador vitalicio y Bobbio, para subrayar la peculiaridad de su posición política, se inscribe al grupo parlamentario socialista, pero como independiente.¹³

La convicción de que el vínculo jurídico-político liberalismo/socialismo es indispensable para la realización del socialismo, la ratificó en esos años, en discusión con Perry Anderson, reafirmando, "de una vez por todas", como suya "una teoría la cual sostiene que los derechos de libertad son la condición necesaria—aunque no suficiente—de toda democracia posible, incluso de la socialista (en caso de que sea realizable). Puede que esta idea fija dependa del hecho de que pertenezco—confesaba Bobbio— a una generación

que ha llegado a la política combatiendo a la dictadura, y continúa viviendo en una sociedad en las que las tentaciones autoritarias no han sido extirpadas del todo. Usted me podrá objetar que manteniéndolos en la democracia liberal jamás se llegará al socialismo. Yo replico, como siempre lo he hecho en estos años a los comunistas italianos, que tomando un atajo para llegar al socialismo no se retornará jamás a los derechos de libertad. Me permito decir—concluya Bobbio—que éste es, planteado en términos realistas, el problema actual de la izquierda. Es decir, un problema que la izquierda marxista tradicionalmente no ha resuelto, y que partiendo solamente de los análisis marxianos no está en condiciones de resolver. El liberalsocialismo es sólo una fórmula, y soy el primero en reconocerlo, pero indica una dirección".¹⁴

En síntesis: todas estas consideraciones sobre el "socialismo" heterodoxo y contracorriente de Bobbio—y hablo de "socialismo" con prudente resquemor, porque Bobbio, como sabemos, más que nadie detestaba tanto las etiquetas como los "ismos"—serían, sin embargo, incomprensibles si no entendemos que la característica, radical y mayor, de sus elaboraciones es que surgieron, y se alimentaron permanentemente, de su doble condición



de filósofo del derecho y de la política. Doble condición que le permitió reconocerle y asignarle a la relación entre democracia y socialismo (y la consecuente relación entre instituciones liberaldemocráticas e instituciones socialdemocráticas), una base conceptual rigurosamente jurídica (filosófico-jurídica y jurídico-normativa). Desde este punto de vista, Bobbio ha sido uno de los mayores juristas socialistas de la Europa del siglo pasado y, sin duda, el intelectual del reformismo socialista italiano más comprometido con la teoría democrática del derecho y sus aplicaciones positivas.

Bobbio entendió cabalmente que en sus fundamentos no puede haber democracia cumplida (y, por lo tanto, socialismo democrático en cuanto tal) sin el ejercicio de los derechos fundamentales. Pero también nos hizo entender que no es igualmente cierto lo opuesto: es decir, que puede haber regímenes (sabemos que en Europa y en el resto del mundo ha habido sistemas totalitarios y dictaduras) en los cuales el derecho, vaya paradoja, ha sido impuesto por la fuerza negando los derechos fundamentales y la democracia.

IV

Estos análisis del jurista socialista Bobbio se realizaron en diálogo con Marx y en la crítica específica a los "socialismos reales" (por cierto, mucho antes del derrumbe del muro de Berlín) tal como lo ha bien visto Luigi Ferrajoli en su *laudatio* a lo imprescindible de la enseñanza de Bobbio en ocasión del doctorado en derecho, que le otorgó la Universidad de Camerino, donde en el año académico 1935-36 inició su carrera docente.

La interpretación bobbiana de la relación entre derecho, democracia y socialismo no niega la crítica marxiana a la economía política.¹⁹ "Si no hubiéramos aprendido del marxismo —escribió Bobbio cuaren-

ta años atrás— a ver la historia desde el punto de vista de los oprimidos, alcanzando una nueva e inmensa perspectiva sobre el mundo humano y social, no nos hubiésemos salvado. O hubiésemos buscado amparo en la isla de nuestra privada interioridad o nos hubiéramos puesto al servicio de los viejos patrones". A lo cual Ferrajoli añadía que había sido precisamente el análisis "del fracaso histórico de esa gran esperanza del siglo pasado representada por el comunismo", lo que había permitido a Bobbio confirmar su convicción, y su enseñanza, acerca del nexo esencial entre derecho y democracia. "En efecto, ese fracaso se debe en gran medida también al desprecio del derecho —y de los derechos— en cuanto técnicas de limitación, de control y de regulación del poder; y el haberse impuesto, en cambio, la antigua y recurrente tentación según la cual 'el gobierno de los hombres' sustituye al 'gobierno de las leyes'".¹⁸ Defendamos siempre, amaba repetir Bobbio, "el Derecho por encima del Poder".

Con las contribuciones de Bobbio culmina una muy larga y controvertida elaboración —iniciada por Rosa Luxemburgo y Antonio Gramsci, pero continuada por otras razones y en distintos contextos con las reflexiones de José Carlos Mariátegui, Karl Korsch y Georg Lukács— que han tratado de superar la antigua visión economicista y determinista del marx-engelsismo de gran parte de las teorías de la II Internacional, para las cuales el derecho y las instituciones políticas se reducían a una simple superestructura —un epifenómeno—, predicaban los manuales soviéticos de materialismo dialéctico—del modo de producción capitalista-burgués. Este impotente sofisma —a menudo aliado con el voluntarismo irracional, que no quiso ver y reconocer la multiplicidad objetiva y subjetiva de las formaciones sociales— ha sido lentamente integrado por el análisis concreto (de las condiciones, las formas y los resultados)

de las luchas sociales, políticas y culturales de enteras generaciones, en la segunda parte del siglo pasado, libradas en el ámbito mundial para lograr la afirmación universal de los derechos fundamentales de los individuos (y de los pueblos), cuyo ejercicio deberá fundamentar las instituciones del socialismo posible. En varios ensayos de Bobbio se analiza la historia intelectual de esta emancipación (de esta esencial recuperación e inclusión de lo jurídico-político junto a lo económico social): *El futuro de la Democracia* (1984), *El tiempo de los derechos* (1990) y *Utopía capovolta* (1990) son algunos de ellos.¹⁷

En Bobbio, la polémica antisoviética, la crítica permanente al abuso ideológico de las que fueron las engañosas promesas de las "democracias del socialismo real" (o de los populismos mediáticos, demagógicos y autoritarios), han sido acompañadas siempre por su implacable denuncia acerca de "las promesas incumplidas" de las democracias occidentales (las de la opulencia y de la creciente explotación de los "terceros mundos"). Porque para Bobbio, la democracia es, como la paz, indivisible en la progresiva exigencia de afirmación de los derechos fundamentales (incluidos los que recientemente se han denominado como de "democracia ciudadana"), y de los principios de la justicia y la libertad. Actualmente (y no sólo en Europa), la socialización positiva de los valores jurídicos se está volviendo patrimonio de las luchas contra el poder (y no sólo del "Imperio") y por la democracia, y constituye las premisas de lo que podría llegar a ser un "constitucionalismo democrático mundial".

La otra gran temática implícita en la visión del socialismo del jurista Bobbio (que le confiere a esta definición del socialismo democrático una connotación teórica y un espesor político fuertemente innovadores), es la que se refiere a la paz, que es posible, en su indivisibilidad

mundial, sólo si está fundada en el cumplimiento de los derechos fundamentales: el derecho a la vida (incluido el siempre deliberadamente ignorado derecho a que la vida no muera apenas nace), los derechos sociales, los derechos políticos, los derechos económicos, los derechos culturales, los derechos civiles, cuya violación sistemática son concausas permanentes de la imposibilidad de la paz en el planeta de las desigualdades.¹⁸ En realidad, estos son los puntos nodales, interconectados por la lógica intrínseca al pensamiento jurídico-político de Bobbio (por supuesto imposible de resumir aquí) que han sido entendidos y relacionados con aguda perspicacia, por Ferrajoli: se trata de la determinante concatenación teórica (fundamento y desarrollo) a la vez de su concepción del socialismo liberal entre democracia y derecho, entre derecho y razón, entre razón y paz, entre paz y derechos humanos.¹⁹

Son los ejes centrales que —al ser, cada uno de ellos (y en sus recíprocos vinculantes relaciones), orientados a la realización de los principios ideales de la justicia y de la libertad— resultan al mismo tiempo los conceptos filosófico-jurídicos y filosófico-políticos a partir de los cuales será (deberá ser) posible determinar las bases para una teoría actual del socialismo democrático, y ello en la perspectiva de un socialismo no sólo europeo (quiero decir: no sólo eurocéntrico), sino multi-regional e internacional. Acorde, en síntesis, con el necesario reconocimiento de las múltiples identidades históricas de los pueblos y con el ejercicio de la pluralidad, la universalidad concreta, de los derechos, irreductibles e inalienables, de los cuales cada subjetividad humana es titular. □

Notas

¹⁷ Director del Departamento de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad de Camerino.

¹⁸ N. Bobbio y P. Polito, "Diálogo su una vida de studi", en *Nuova Antologia*, vol. 577, fasc. 2200, 1996, p. 54. Pero sobre la militancia cultural del filósofo en ese período, cfr. N. Bobbio, "L'attività di un intellettuale di sinistra", en *I comunisti a Torino 1919-1972. Lezioni e testimonianze*, prólogo de Giancarlo Pajetta, Roma, 1974, p. 230.

¹⁹ Léase el ensayo introductorio de Bobbio a la nueva edición de Einaudi (Turín, 1979) de *Socialismo Liberale*, de liberadamente titulado: "Attualità del socialismo liberale", así como N. Bobbio, "Tradizione ed eredità del liberal-socialismo", en AA.VV. *I dilemmi del liberal-socialismo*, a cargo de M. Bovero, V. Mura, F. Sbarberì, Roma, 1994, y F. Sbarberì, *L'utopia della libertà uguale. El liberal-socialismo da Roselli a Bobbio*, Turín, 1999.

²⁰ J. Aricé, "La aceptación de la herencia democrática", en *La Cola del Diablo. Itinerarios de Gramsci en América Latina*, Caracas 1988, p. 192. Sobre la rela-

ción entre el socialista José Carlos Mariátegui —y el liberal Bobetti he indicado algunas hipótesis interpretativas en mi trabajo "Gobetti e l'analisi storico-politica dell' America Iberica: Rivoluzione liberale? Rivoluzione socialista?", *Teoría Política*, año XVIII, n° 1, Turín, 2002, pp. 73-94.

²¹ Me refiero a los ensayos, que fueron decisivos para esta interpretación, de J. Aricé, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina* (prólogo de J. C. Portantiero), Buenos Aires, 1998 y de J. C. Portantiero, *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina Moderna*, México, 1999. Sobre las influencias de Bobbio y el rol de los "neo-gramscianos argentinos", cfr. A. Filippi, *La filosofía de Bobbio en América Latina y España*, Buenos Aires, 2003, pp. 57-65.

²² N. Bobbio, "Democracia e dittatura" (artículo en el cual Bobbio inició la discusión con Galvano della Volpe, que además de ser discípulo del socialista Rodolfo Mondolfo, fue el mayor filósofo del co-



Paidós

Slavoj Zizek
Violencia en acto. Conferencias en Buenos Aires

Federico Monjeau
La invención musical. Ideas de historia, forma y representación

Ignacio Lewkowicz
Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez

Michael Hardt
Deleuze. Un aprendizaje filosófico

Ana Amado y Nora Domínguez (comps.)
Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones

Jacques Le Goff
En busca de la Edad Media

Charles Taylor
Las variedades de la religión hoy

Ian Kershaw
El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich

munismo italiano a mediados del siglo pasado), ahora en *Política y Cultura*, Turín, 1955, p.159.

* N. Bobbio. *De Senecate y otros escritos biográficos*, Turín, 1996, Madrid, 1997, p.117. Sobre el "socialismo" de Bobbio, del todo opuesto a la ideología de los neo-liberalistas globalizadores, remito a los ensayos del volumen, a cargo de M. Bovero, *Quo liberata. Dizione minimo contro i falsi liberali*, Roma-Bari, 2004.

7 N. Bobbio, "La Rivoluzione tra movimento e mutamento", *Teoría Política*, año V, n.º 2-3, 1989, p.19.

8 N. Bobbio, *Derecho e Izquierda* (1994), ed. en español, Madrid, 2001 (a la cual el editor omite el subtítulo: *Razones y significados de una distinción política*), p.160.

9 N. Bobbio, *op. cit.*, p.169

10 N. Bobbio, "Ni con ellos, ni sin ellos" (1992), en *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea* (1993), Barcelona, 1997, p.173.

11 La carta y la respuesta de Amendola se publicaron con el título "El socialismo en Occidente", en la revista *Rinascita*, año XXI, n.º 47, 7 de diciembre 1964.

12 G. Napolitano (entrevista de P. Casella), "El infuato de Bobbio sobre el PCI fue decisivo para el viraje de 1989", en *L'Unità*, Roma, 10 de enero 2004, p.9. Posiciones ya teorizadas por G. Napolitano, *Oltre i vecchi confini. Il futuro della sinistra e l'Europa*, Milán, 1989. En el mismo sentido, B. Gravagnuolo, "Bobbio: alla fine gli abbiamo dato ragione", en *L'Unità*, *ibid.*

13 Una visión de conjunto, en M. L. Salvadori, *Tener la sinistra. La crisi italiana e i nodi del Riformismo*, Venecia, 1992. Id. "Bobbio: il pessimista laico che non si rassegnava agli idoli e ai miti", *La Repubblica*, 10 de enero 2004, p.15.

14 P. Anderson, N. Bobbio, U. Ceroni, *Socialismo Liberalismo. Socialismo Liberale*, Caracas, 1993, pp. 85-86 (pero el artículo apareció originalmente en *Teoría Política*, vol. V, n.º 1, 1989).

15 No se olvide que Bobbio fue el primero en traducir al italiano (y publicar en Einaudi, 1949) los *Manuscritos económico-filosóficos* del 1844, de Marx. El prefacio de Bobbio a ese texto capital puede leerse ahora en *Ni con Marx, ni contra Marx* (1997), cd. en español, México 1999, pp.41-49.

16 L. Ferrajoli, "Razón, derecho y democracia en el pensamiento de Norberto Bobbio", en *Utopía y realidad en Bobbio. Homenaje a Norberto Bobbio en Argentina en ocasión de su noagésimo segundo aniversario*, N. Guzmán, M. F. Lúpez Paley, J. M. Otero, editores, Co-

lección "¿Más derecho?", Buenos Aires, 2001, p.110. El ensayo de Bobbio citado es "Libertad y poder" (1955), ahora en *Política y cultura*, cit. p. 280.

17 Y, por supuesto, los ensayos contenidos en *Ni con Marx, ni contra Marx*, de manera especial, "Marx y el Estado", "Marx y la teoría del derecho", "Invitación a releer a Marx". Para una visión más específica de las tantas contribuciones de Bobbio, cfr. la entrada "marxismo" en el índice analítico de la *Bibliografía degli scritti di Norberto Bobbio, 1934-1993*, al cuidado de C. Violi, Roma-Bari, 1995. Sobre el "realismo" de Bobbio en sus re-

laciones con los neo-marxistas de distintas tendencias, véase a M. Bovero, "Un realista insoddisfatto", en *Bobbio ad usum amici e nemici* (redacción de Restet y de Corrado Ocone), Venecia, 2003, pp. 149-166.

18 N. Bobbio, *Il problema de la paz y las vías de la guerra* (1979), ed. en español en 1982, y *El tercero ausente* (1989). Pero cfr. D. Zolo, "Bobbio: da Hiroshima a Baghdad", *Il Manifesto*, 10 de enero de 2004, p.4.

19 L. Ferrajoli, "Bobbio: la ragione ultima del diritto", *Il Manifesto*, 10 de enero 2004, p. 5.

En la máscara del poder

Giacomo Marramao

Un protagonista del debate italiano e internacional, un primer actor de la filosofía política del siglo XX. El "pathos del desencanto" de Bobbio se aferra a las raíces que vinculan voluntad de poder y servidumbre voluntaria, y hace trágica la elección de la libertad.

Con Norberto Bobbio desaparece un gran maestro y uno de los intelectuales más intensamente presentes no sólo en la vicisitud política y cultural italiana—desde los años de la famosa polémica con Togliatti, y aun más a partir de 1975, cuando en *Mandoperato* fue protagonista de un crucial debate acerca de la relación entre marxismo y teoría del Estado—, sino también en la escena internacional, donde la recepción de su obra sólo es superada por la fortuna póstuma de Gramsci. Pero yendo a la sustancia de su legado intelectual, no creo que sea ilegítimo afirmar que él ha sido, junto a Hannah Arendt, Leo Strauss y John Rawls, uno de los cuatro filósofos que en el siglo XX iluminaron el campo de la teoría política, para empezar a compartirlo con grandes sociólogos como Max Weber, grandes científicos de las relaciones internacionales como Raymond Aron, grandes juristas como Kelsen y Schmitt. La impronta que Bobbio ha

impreso a la teoría general de la política hoy puede ser reconstruida a través del homónimo volumen magistralmente compilado y prologado por Michelangelo Bovero, que restituye la arquitectura global de su pensamiento a través del recorrido de todos sus capítulos principales: derechos, democracia, guerra, realismo político, comunismo. Esta impronta tiene su rasgo inconfundible en el campo de tensión entre la óptica realista y la óptica normativista. La reflexión de Bobbio, en todas sus fases, está atravesada por una suerte de *pathos* del desencanto, verdadero oxímoron constitutivo de su pensamiento y, a la vez, lente hermenéutica preciosa para recoger la herencia del siglo XX.

En Bobbio, pasión del presente y desencanto antiutópico se enfrentan y a la vez se reclaman recíprocamente. Y es esta pasión del desencanto, precisamente, la que marca la distancia de su obra de la actual *mainstream* (corriente dominante) de la filosofía política normativa. En aquellos casos en que esta última nos invita a detenernos en las cuestiones penúltimas, en Bobbio tenemos en cambio una obstinada búsqueda de fórmulas últimas y conclusivas, sobre todo acerca de las cuestiones del poder (y, en el último período de su reflexión, directamente sobre el problema teórico-político-del mal). La

filosofía política normativa, incluida Rawls, tiende a suprimir el poder de su propio horizonte, jugándolo sólo sobre el eje de la transparencia o de la distribución más o menos *equa* de oportunidades y recursos, pero sin afrontar nunca el problema de su fundamento. La pregunta acerca de la raíz del poder, para Bobbio, representa en cambio un problema decisivo, a partir de la conciencia de cuán grande es el impacto del poder sobre la dimensión global de la vida. Y por lo demás, no es ciertamente casual que Bobbio descubra en un determinado momento de su recorrido dos autores como Michel Foucault, que no había apreciado con anterioridad, y Elías Canetti.

Esquemáticamente hasta un grado extremo, es posible recoger el legado intelectual de Bobbio en torno a tres trayectorias.

A tema del poder conduce el primero de los tres ejes centrales de su búsqueda: el eje que desde Hobbes lleva no ya a Schmitt sino a Kelsen. Para Bobbio, en efecto, es Kelsen el que alcanza el éxito de la vicisitud moderna de la soberanía, del Estado, del positivismo jurídico. Pero un Kelsen interpretado precisamente como el jurista capaz de llegar al límite extremo del derecho y de asomarse al abismo de las cuestiones últimas del poder.

El segundo eje es el que va de Kant a Weber, y que permite a Bobbio "purificar" la nomenclatura conceptual relativa a la relación entre ética y política. Para Bobbio la dinámica histórica está condicionada por los comportamientos; el análisis de las causas—al mismo tiempo materiales y culturales—estratégicas y normativas de la acción social, representa por tanto un punto de tránsito obligado para conceptualizar la historia.

Por fin, el tercer eje es el que remite a los grandes clásicos: Platón, Aristóteles y Polibio, pero también Maquiavelo, Hobbes y Weber, y al gran tema de la tipología de las formas de gobierno.

Detrás de estas tres vigas de pen-

samiento opera en Bobbio una actitud de fondo, que creo que es la más ilustrativa: la invitación provocativa, dirigida por él a la izquierda, de pasar de una antropología optimista a una antropología pesimista. O mejor dicho: de una antropología edificante a una antropología severa y trágica que, si por un lado tiene un sabor francamente hobbesiano, por el otro remite, y a partir de las raíces existencialistas de su primera reflexión, a las ideas radicales de límite y de contingencia. "Vosotros sólo veis el porvenir donde yo percibo en el mejor de los casos algún resplandor, que podría ser también un incendio", llegó a decir una vez en un debate con otros filósofos de izquierda. En algunas palabras, el destino de la izquierda—el de la democracia, siendo la apuesta de Bobbio la de una izquierda identi-

ficada con la vocación democrática—es confiado únicamente al desencantado conocimiento de la radical contingencia de la propia praxis.

Pero está bien ahora retornar a la cuestión del poder. El poder invisible es, como ya sabemos, uno de los motivos que conducen la reflexión de Bobbio. Es útil a este propósito remitir a una cita suya de *Masa y poder* de Elías Canetti. "El secreto ocupa la misma médula del poder [...] El detentador del poder, que de él se vale, lo conoce bien y sabe apreciarlo muy bien según la importancia de cada caso. Sabe qué accechar, cuándo quiere alcanzar algo, y sabe a cuál de sus ayudantes debe emplear para el accecho. Tiene muchos secretos, ya que es mucho lo que desea, y combina en un sistema en el que se preservan recíprocamente. A uno le confía tal cosa, a otro tal otra y se



Editorial Nueva Generación

Presenta

Serie "Lenguajes y actores". Estudios comunicacionales

Lenguajes y actores en pantalla y en papel
Donatella Castellani (Comp.)

El lenguaje y el discurso; futuro, violencia, adolescentes y diferentes

La impunidad de los discursos
Donatella Castellani
El discurso oficial (1975-2003); el robo del cuerpo, la historia y el sentido

Las figuras de la crisis
Patricia Pérez (Comp.)

Nuevos imaginarios; mujer, escuela, lenguaje, desempleo, desarrollo urbano

Próxima aparición:
Discursos para oír y para ver

Librerías La Crujía, Prometeo, Galerna
oscarlopezeditor@yahoo.com

encarga de que nunca haya comunicación entre ambos". Aquí está depositado un elemento crucial para comprender la dimensión última del poder: el gran tema hobbesiano del ocultamiento, de la teatralidad, del juego de máscaras del poder, se representa en la contemporaneidad en forma sólo aparentemente caricaturesca, como una de las constantes y de las regularidades con que la política, según Bobbio, siempre ha tenido que ver (y en esta convicción suya de que no se dan nunca discontinuidades tales como para alterar el cerco inexorable de la repetición de las formas de gobierno y de dominación, debe ser entendido otro motivo de tensión con la filosofía de la historia de la izquierda).

Sin embargo, si el secreto es una parte importante de la máscara definitiva del poder, la otra y complementaria porción está en la figura del ciego contenido. La "servidumbre voluntaria", según la célebre expresión de La Boétie, es la parte complementaria del poder que se retrae. En otros términos, la otra cara del poder es la renuncia voluntaria a la libertad. La paradoja del poder está en el hecho de que el poder y la libertad son co-originales; la raíz de la libertad, en su esencia, es la misma raíz del poder. Y es precisamente esto lo que vuelve trágica, y muy distante de lo natural y espontáneo, la elección a favor de la libertad. En los seres humanos la pulsión a la renuncia, a la impotencia está igualmente enraizada a la voluntad de poder. La co-presencia de perfiya y credulidad constituye el doble registro del poder: perfiya y pulsión de poder en quien domina, credulidad y renuncia espontánea a la propia libertad en quien es dominado.

El poder nace por tanto de la necesidad de sentirse exonerados por el terrible peso de la decisión, esto es, por la incapacidad de los individuos de tomar en sus manos su propio destino. Y también la asunción radical de la forma, de los procedimientos y de las reglas, para su insuprimible

pena por la pérdida de la democracia, no impide a Bobbio ver, con Kelsen, que cada vez que nos animemos a mirar más allá del menosprecio de la norma no encontraremos las edificantes verdades del derecho natural, sino que nos hallaremos más bien ante el rostro de Gorgonas del poder, frente a aquel *arcanum* del poder que a través de la función civilizadora del derecho y de los ordenamientos normativos—que él consideraba, con Weber, al mismo nivel de todas las formas culturales, como una "sección finita dentro de la infinitud privada de sentido del mundo"—po-

demo solamente tratar de limitar, contener, domesticar. Estoy convencido de que éste se trata de un mensaje fuerte que Bobbio envía a la filosofía y a la política del futuro. Un mensaje que hemos aprendido a escuchar hace ya muchos años revisando una serie de falsas creencias y buscando remitir nuestro compromiso civil, a aquello que su enseñanza siempre ha indicado como la dimensión ética por excelencia: la libertad, seriamente trágica, de la libertad y de la decisión. □

Tradujo Jorge Tula

La izquierda y las reglas de juego

Edgardo Mocca

En 1983, cuando los argentinos recuperamos la democracia, un nuevo clima de ideas recorrió nuestro mundo intelectual y político. Su signo definitorio era la necesidad de construir un *ethos* pluralista y afirmar un nuevo patrón de convivencia política desconocido en el pasado. Norberto Bobbio se constituyó, entonces, en una referencia obligada para quienes buscaban un punto de apoyo teórico en tal empresa de reconstrucción intelectual y moral.

Podría pensarse que la actualidad de la obra del pensador turinés—particularmente de aquellos escritos vinculados a las reglas, los valores y las prácticas de una democracia pluralista—se fue desvaneciendo con el paso de veinte años desde aquel nuevo punto de partida de la democracia argentina. Sin embargo, en el curso de estos años, las crisis, el desempeño de la clase política y las frustraciones colectivas hacen reaparecer de modo recurrente y en escala cada vez más intensa viejos motivos populistas envueltos en los más diversos ro-

pajes. Por eso, y no sólo como homenaje póstumo, es necesario volver a Bobbio.

Entre nosotros ha resurgido, como si fuera otro de los grandes inventos argentinos, el tema de "la nueva forma de hacer política", consigna ciertamente seductora y promisoriosa en el contexto de un enorme deterioro de los vínculos entre política y sociedad. Fórmula ambigua si las hay, alberga a la vez la crítica republicana de una conducta dirigencial razonablemente sospechada, dada la profusión de escándalos de corrupción entre sus miembros, y un cuestionamiento estructural a las normas de funcionamiento de la representación democrática. La "nueva forma" consiste en ocuparse de los problemas de "la gente" en lugar de resolver problemas de grupos o de corrientes internas partidarias. Según sea el origen de la reivindicación se postula como alternativa a la "partidocracia" el gobierno de los técnicos o una "democracia participativa" cuyos contornos institucionales permanecen indefinidos.

Hace ya veinte años, Bobbio se interrogaba sobre la nueva forma de

hacer política y sobre las reglas de juego.¹ ¿Cuáles son las reglas cuyo cambio se postula? ¿Cuáles son las que permanecerán? ¿Qué se piensa hacer con la regla de la mayoría, con el sufragio universal, con la existencia de una pluralidad de partidos que expresen pluralidad de valores e intereses? Hay algunas reglas, decía, cuya modificación puede hacer que en lugar de democracia estemos en presencia de "otra cosa". En la perspectiva de la democracia moderna, bien pueden caber diferentes formas de expresión directa de la voluntad popular, tales como el referéndum, la iniciativa popular y el desarrollo de diversas instancias con capacidad de control sobre funcionarios y representantes electos. Lo que es impensable en su marco es que estas formas reemplacen el sufragio universal y la representación política como herramientas centrales.

Resultan bastante explicables las resistencias que el pluralismo democrático provoca en el pensamiento de las derechas. El hecho de que "burocratas mediocres" y "políticos malogrados" pongan sus pies en el sagrado territorio de sus intereses económicos, entendidos como equivalentes, por definición, a los intereses de la sociedad en su conjunto, siempre resultó un agravio para el pensamiento conservador expresivo de las clases más poderosas. Más llamativa, aunque también de vieja data, es la retórica antiparlamentarista de cierta izquierda. Sobre todo, después del trágico derrumbe—al que se suma alguna patética supervivencia—de los regímenes autoritarios inspirados en utopías regeneracionistas.

El caso es que, como señala Bobbio, entre las reglas de juego, los actores y los instrumentos de la política existe una estrecha relación imposible de evadir. Si la regla de que la mayoría debe gobernar y las minorías tienen que tener representación política ha de ser preservada, entonces el cuestionamiento a los partidos políticos como actores centrales de la escena política debe ser precisado. En

tanto de lo que se trate sea de reemplazar a los partidos realmente existentes por otros que cumplan de modo más eficiente su papel, estamos en el terreno de la crítica reformista de la democracia. Si, en cambio, lo que cuestionamos es la existencia misma de los partidos, procede la explicación de cómo serán reemplazados; cuál será entonces el mecanismo para conformar mayorías de gobierno y asegurar representación de las minorías. No se trata de un debate menor, sobre todo en la Argentina donde durante décadas funcionó la suplantación de un sistema competitivo de partidos por un patrón movimientista en el que la fuerza hegemónica—diferente en cada período—sostenía su condición de expresión del todo nacional-popular y denegaba toda legitimidad a sus adversarios.

No es una época de oro para los partidos políticos, ni en el país ni en el mundo. Muchas de las que se consideran sus funciones clásicas han ido pasando a manos de otros actores

sociales. Sin embargo, aun las versiones más pesimistas sobre el futuro de los partidos les siguen reconociendo un rol indelegable: el de ser herramientas que organizan las preferencias electorales y conforman gobiernos y oposiciones. ¿Se puede pedir más? Desde una perspectiva de izquierda, se puede y se debe. En especial, se debe luchar por ampliar los espacios de debate público y la capacidad de expresión política democrática de los sectores más débiles de la sociedad. De lo que se trata es, como también recomendaba Norberto Bobbio, de no comportarse como las hijas de Pelias que, según la mitología griega, mataron a su viejo padre, convencidas de que así renacería en la plenitud de su juventud. □

Notas

¹ Norberto Bobbio, "Los vínculos de la democracia", en *El futuro de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, México 1986.



LIBROS

¿Cuándo comenzó el terror?

López Rega. *La biografía*, Marcelo Larraquy. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2004, 474 páginas.

Cualquier relato vinculado con la historia exige responder a una pregunta previa: ¿en qué momento situar el comienzo? La elección puede ser decisiva. Está en juego la comprensión misma de los hechos. Es verdad que algo extremo —entre el nacimiento y la muerte— se multiplican los interrogantes. Toda vida tiene miradas, pero cómo se sabe, la historia no se agota en la escueta descripción de circunstancias puntuales. Hay una "historia" de los momentos históricos que no sólo ayuda a comprenderlos, sino que les otorga significaciones particulares. Si el punto de partida es resultado de una elección, bien podría ser otro. Sin embargo, en cada caso la arbitrariedad es aparente. La elección del comienzo del relato está fuertemente condicionada por las convenciones previas del relator, por la memoria colectiva en la que se inscribe, por la mirada presente que aspira a proyectar hacia el futuro.

El escrutinio del pasado abre tantas puertas, una detrás de la otra, que en algún momento itubea cualquier esperanza de encontrar un comienzo justificable

como tal. Una biografía, sin embargo, parece tener límites temporales obligatorios: el nacimiento y la muerte (si se ha producido) del sujeto cuya vida se evoca. También es cierto que entre uno y otro extremo —entre el nacimiento y la muerte— se multiplican los interrogantes. Toda vida tiene miradas, pero cómo se sabe, la historia no se agota en la escueta descripción de circunstancias puntuales. Hay una "historia" de los momentos históricos que no sólo ayuda a comprenderlos, sino que les otorga significaciones particulares. Si el punto de partida es resultado de una elección, bien podría ser otro. Sin embargo, en cada caso la arbitrariedad es aparente. La elección del comienzo del relato está fuertemente condicionada por las convenciones previas del relator, por la memoria colectiva en la que se inscribe, por la mirada presente que aspira a proyectar hacia el futuro.

El escrutinio del pasado abre tantas puertas, una detrás de la otra, que en algún momento itubea cualquier esperanza de encontrar un comienzo justificable

circularon en el tiempo postdictatorial. Indagar las vicisitudes y las circunstan- cias que hicieron de este modesto agente de policía, en el último tercio del siglo XX, el hombre más influyente en los juegos inmediatos del poder, podría sacudir muchos de los lugares comunes que circulan como vagas explicaciones del drama argentino. En más de un sentido, la oscura trama que envuelve los días de López Rega sirve como metáfora del "modo" en que el país se enfrenta a sí mismo: la Argentina tal vez admita una historia que se articule alrededor de personajes atrapados por pensamientos ajenos a la acostumbrada racionalidad de la llamada "política moderna".

Todo es premonitorio en la vida del que sería secretario de Perón: desde su nacimiento, un 17 de octubre, hasta los encuentros con las tres esposas del líder. López Rega fue quemado durante gran parte de su vida, en distintas latitudes, círculos vinculados a un esotérico impuro, mezcla de religiosidad y autoayuda. Allí definió el sentido de su tránsito terrenal. Su lugar en la historia, por lo tanto, no proviene de un proyecto definido de antemano. Para López Rega la acción política es sólo un instrumento en la realización de designios

cósmicos de alcance universal: es un elegido, pero no de la política, sino de los misteriosos emprendimientos del umbandismo y de la "rosa mística". La biografía sigue los sucesivos encuentros con quienes fueron "selecionados" su camino y que, desde una mirada mundana, podrían interpretarse como casualidades o posteriores construcciones imaginarias. Para López Rega, pero también para muchos de los que lo rodeaban, su destino —incluido el político— ya estaba marcado.

La estrategia narrativa de Larraquy describe escenarios múltiples donde se movilizan personajes que se cruzan para permitir que la historia avance. Un entrada casi teatral ejerce derroteros tan frágiles que sólo moverían a ver ingenuidad si el lector no supiera que detrás acecha lo siniestro. La protección de Filomeno Velazco, un fascista jefe de Policía durante el primer gobierno de Perón, le permite a López Rega formar parte de la guardia que protegía la residencia presidencial. Desde su puesto apenas si distinguía una ventana de alguna de las habitaciones del Palacio, pero López Rega se imagina protector e intérprete de la inabarcable existencia de la esposa del Presidente. Con Evita lo une, además, su vocación artística, aunque

Evita ya era Eva (según la acertada descripción que propone Beatriz Sarlo en *La pasión y la excepción*) cuando él comienza a cantar arias de óperas en Radio Mitre gracias a la influencia de José María Villone. La primera esposa de López Rega, Aurelia Tizón, habría sido (según el mismo López Rega) su primera profesora de canto, pero lo que hace que ahora merezca una biografía fue su estrecho vínculo con la tereca.

María Estela Martínez sólo reconocía una familia: la de José Cresto. Los Cresto, venidos de Corrientes, habían establecido una escuela espiritista en Buenos Aires. En ese hogar "Estelita" encontró protección, formación espiritual y el afecto necesario por sus padres biológicos, a quienes des- testaba. Un común cliché esotérico facilitó el encuentro de López Rega con la que ahora era la esposa de Perón y con los conocidos por los nombres Isabel. Fue en la casa del mayor Alberto, en una de las reuniones políticas que la enviada del exiliado en España sostuvo con sus partidarios para reordenar las fuerzas del peronismo sacudidas por la heterodoxia de Vandor. Era 1965 y la impresión que recibió Isabel abrió una ruta que condujo a López Rega a la residencia madrileña de Perón y luego al Ministerio de Bienestar Social (uno de los cargos que Perón no estaba dispuesto a negociar en el gabinete de Héctor

Cámpora) y luego a las Tres A. Posteriormente, a su derrumbe cuando el país se había convertido en un espacio de impunidad. El núcleo mafioso que rodeaba a López Rega, y que podría confundirse con una pandilla de cómicos embaucadores, fue un polo de atracción hacia el cual convergieron las formas más diversas de corrupción y criminalidad impregnadas de ambigüas o explícitas manifestaciones religiosas. Pero no fue en los tenues tramados del espíritu don- de López Rega ancló su reino, sino en las resistentes aunque porosas estructuras de la política de los años de 1960 y en los comienzos de los de 1970. López Rega, se precisó registrar, se hizo fuerte de la mano de Perón y su última esposa. Su presencia tiñó un capítulo tenenoso de la singular historia de una Argentina que giraba incesantemente alrededor del peronismo y de su conflictiva articulación de fuerzas. Ya tocado por la muerte, tal vez las palabras más verdaderas de Perón fueron aquellas que anunciaron que había regresado a la Patria "descarnado". Cuando prefirió la afirmación de que "para un argentino no hay nada mejor que otro argentino", Perón se negaba a sí mismo. Durante treinta años había contribuido a construir un país fracturado en el que las multitudes llegaron a vibrar de entusiasmo frente al apotegma que rezaba: "Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista". El "pueblo peronista" se perfilaba como identidad auténticamente nacional, que arroba al resto de los habitantes a la zona despreciable y sospechosamente enemiga del "antipueblo". Cuando sus opositores intensificaron las acciones en su contra, Perón clamó a la venganza. "Al enemigo, ni justicia", clamó entonces, legalizando una soberanía que tenía antecedentes en la historia pasada y cuyo espíritu alimentaría, una

Novedades

La impunidad de los discursos, Donatella Castellani, Editorial Nueva Generación, Buenos Aires, 2004, 128 páginas.

¿En qué consiste la impunidad de los discursos? ¿en robar el cuerpo, en desaparecerlo, destruirlo y justificarse para no pagar por ello. Castellani plantea la necesidad de reinserir la historia en el discurso, resignificar las palabras y volver a ser productivos de nuestro sentido para constituirnos como sociedad completa y construir nuestro futuro.

La cultura occidental, José Luis Romero, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004, 96 páginas.

Desde fines del siglo XVIII, la revolución política de las burguesías y la revolución capitalista de la industria confluyeron de manera explosiva en la larga crisis de la primera mitad del siglo XX, signada por dos guerras mundiales. La obra está orientada por un interrogante fundamental: explicarse el origen de la civilización burguesa, lo que constituye, por otra parte, un tema clásico de las ciencias sociales.

La invención musical. Progreso, forma y representación, Federico Monjean, Paidós, Buenos Aires, 2004, 200 páginas.

En música, las obras se refieren casi exclusivamente a otras obras, por lo que se hace necesario considerar el particular sentimiento histórico que caracteriza el desarrollo de este arte. Así, progreso, forma y representación funcionan en el libro como "motivos musicales", que permiten reparar significativas corrientes de la estética musical desde el siglo XIX hasta hoy, y asomarse a los estimulantes debates de la época moderna.

Buenos aires, mundos particulares, Francis Korn, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2004, 192 páginas.

Como una arqueóloga de la singularidad, la autora reconstruye el devenir de las transformaciones en la ciudad de Buenos Aires y también el de sus habitantes.

Es la historia de una modernización acelerada, desde una mirada original y rigurosa.

cuerpo de la Nación. Los métodos ilegales, que ya se aplicaban bajo el imperio de las normas legales, se volvieron la legalidad misma durante la dictadura que se asentaba, explícitamente, en la arbitrariedad de la fuerza.

La pregunta sobre cuándo comenzó el terror desencadena una memoria que salta sobre los fragmentos de un tiempo histórico inconvenientemente segmentado y percibe un vendaval que arranca, sin duda, antes del 24 de marzo de 1976, aunque no logre reconocer una fecha precisa de comienzo. En ese momento, el terror y el crimen ya eran familiares para el conjunto social. Sólo así podría explicarse, tal vez, que se aceptara sin demasiado espanto la atroz presencia de la dictadura. La memoria del terror guarda, sobre todo, palabras que anidan en los cuerpos y se reproducen. La memoria, que está antes que la historia, reconoce las palabras y establece vínculos no siempre evidentes para aquella. A veces confunde: ¿cómo diferenciar el origen de las palabras cuando suenan idénticas? La revista *El caudillo*, bajo la dirección de Felipe Romeo y el directo auspicio del ministerio conducido por López Rega, se constituyó, de hecho, en vocero de las Tres A. Su lema, amenazante y funesto, se mostraba siniestro: "El mejor enemigo es el enemigo muerto". Los odios de los jóvenes militantes de

la izquierda peronista, mientras tanto, exaltados por el entusiasmo de la venganza purificadora que alguna vez había prometido Perón, se habían habituado a escuchar sus propias voces: "cinco/por uno/ no va a quedar ninguno". La cadencia, enfática y cortante, destacaba las cifras: por cada uno de los nuestros, caerán cinco de los otros, los enemigos. La proporción presagiaba el final triunfante. El estridido de las huestes inscriptas en el montonismo y la consigna macabra de la revista *luzregruista* respiraba un común espíritu. Pero para los jóvenes tocados por la pasión revolucionaria la diferencia era escalofriante: si los cinco caídos que prometían eran otros, el enemigo muerto celebrado por *El caudillo* eran ellos mismos. La muerte fue puntual, surgió de la frase que servía de consigna y fue acallando las voces del entusiasmo como callejón. Las palabras trasladaban ferocidad y muerte, tanta como es posible, en la lucha fratricida. Algo aparentemente incomprensible anunciaba el terror: las amenazas de los unos y de los otros enconaban su razón última en la defensa de Perón.

En aquellos años de la década de 1970, el país todo estaba sumergido en un lenguaje que, ya a esa altura, sólo anunciaba finales. No todos los que lo enunciaban eran ejecutores, pero un odio viscoso ocupaba los rincones

menos perceptibles en una espiral imparable, nutrida de palabras que llamaban al espanto. El aire común se volvía insostenible. Atrás había bombas arrojadas sobre multitudes reunidas en la Plaza de Mayo en 1955, había fusilamientos de quienes se levantaron contra la "Revolución Libertadora" en 1956, había un pasado de humillaciones y resentimientos, y las palabras de Perón desde el exilio. El 12 de junio de 1956 Perón le había escrito a John William Cooke: "La desesperación, el odio, la venganza, suelen concitar fuerzas aun superiores al entusiasmo y al ideal. Los pueblos que no reaccionan por entusiasmos sólo reaccionan por desesperación: es a lo que está llegando nuestro país. Los fusilamientos no harán más que acelerar el proceso". Y en las "Instrucciones generales" para los peronistas en la Resistencia, según cita el libro de Larraquy, Rega explicaba: "El enemigo debe ser atacado por un enemigo invisible que lo golpea en todas partes, sin que él pueda encontrarlo en ninguna.

Un "gorila" quedará tan muerto mediante un tiro en la cabeza, como aplastado "por casualidad" por un camión que se dio a la fuga. Los bienes y las viviendas de los asesinos deben ser objeto de toda clase de destrucciones mediante el incendio, la bomba, o el ataque directo. Los gorilas deben llegar a la conclusión de que el pueblo

los ha condenado a muerte por sus crímenes y que morirán tarde o temprano en manos del Pueblo. Los medios para eliminarlos importan poco, hemos dicho que a las vólbres se que mata de cualquier manera."

En los setenta todas las palabras habían sido pronunciadas. Todas aludían al terror. Apenas regresado de España, al día siguiente de ese punto sin retorno que significó el enfrentamiento de Ezeiza del 20 de junio de 1973, en un mensaje por televisión a todo el país Perón expresó con claridad su comprensión de las cosas: "A los enemigos emboscados y encubiertos o disimulados, les aconsejo que cesen en sus intentos porque cuando los pueblos agotan su paciencia suelen hacer tronar el escarmiento". Los campos quedaban definidos y el futuro anunciado. El 1º de octubre de 1974, muerto Perón y López Rega en plenitud de su poderío, el Consejo Superior Peronista hacía circular otras "Instrucciones" que permitían evocar las que Perón había distribuido casi veinte años antes, pero donde el enemigo era otro: "los infiltrados marxistas del Movimiento". Un llamado a asumir la propia defensa y a atacar al enemigo en todos los frentes y con la mayor decisión: "Nadie podrá plantear cuestiones personales, o dimensiones de grupos o sectores, que afecten o interponzan la lucha contra el marxismo". El

fím 9, "Medios de lucha", precisaba: "Se utilizarán todos los que se consideren eficientes, en cada lugar y oportunidad. La necesidad de los medios que se propongan, será apreciada por los dirigentes de cada distrito". Un año después, en 1975, el gobierno constitucional que aún era presidido por Isabel Perón, emitió el decreto 2772 que disponía: "Ejecutar las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio del país". Era octubre. Algunos meses después las fuerzas armadas consideraron que una de esas "medidas necesarias" era tomar las riendas del Gobierno y el 17 de diciembre de 1976, el Jefe del Estado Mayor del Ejército, Roberto Viola impartió "órdenes secretas" que precisaban las formas de la "lucha" contra "elementos subversivos": "Aplicar el poder de combate con la máxima violencia para aniquilar a los delincuentes subversivos donde se encuentren. La acción militar es siempre violenta y sangrienta. El delincuente subversivo que empuje armas debe ser aniquilado, dado que cuando las FFAA entran en operaciones no deben interrumpir el combate ni aceptar rendición."

El balance, ahora que podemos mirar con temporal distancia temporal, resulta oprobioso. Traer a examen la figura de José López Rega

significa elegir un camino lleno de accechanzas, plagado de sombras y equívocos. Sin embargo, no hay otra alternativa para los que hemos aprendido que nada justifica declinar en la

búsqueda de la verdad. Aun convencidos de que la verdad no es otra que esa búsqueda incansable y en buena medida desesperanzada. □

Héctor Schmucler

Retorno a la crítica: historizar el capitalismo

Immanuel Wallerstein, *Crítica del sistema-mundo capitalista*, Estudio y entrevista de Carlos Antonio Aguirre Rojas, Ediciones Era, México, 2003, 373 páginas.

El objeto principal de esta reseña es acentuar la atención de los lectores hacia la obra de uno de los intelectuales más interesantes de esta crucial vuelta de siglo: el neoyorquino Immanuel Wallerstein. A caballo entre la sociología y la historia o practicante de la sociología histórica, como mejor nos resulte, su obra principal es *El moderno sistema mundial*, una de las interpretaciones más originales y fructíferas de la "historia larga" del capitalismo a partir de sus orígenes, que sitúa, no en el extenso de polémica, en el siglo XVI. En estos años recientes de historia del pensamiento historiográfico dedicado a las grandes historias estructurales sistémicas y sus derivaciones críticas, en pleno auge de las modes posmodernas -trivales, desocial y políticamente comprometidas- y también de las acrobacias epistemológicas soportadas en el giro lingüístico, y todo sobre el telón de fondo de una

autolegitimada "ciencia" anclada en la ramplonería repetitiva del neopositivismo ahora en apenas maquiada clave funcionalista, la obra de Wallerstein se destaca bastante solitaria como recordatorio crítico de la historicidad de la construcción capitalista y la casualidad - y no legalidad histórica - de la combinatoria de hechos sociales inscrita en su origen. Y asimismo descolga por un consistente rechazo a su naturalización como fundamento último de toda apologética, en la mejor tradición de la concepción de Marx.

La editorial mexicana Era presentó recientemente este volumen (noviembre de 2003), que en su primer tercio entrega un detallado e incisivo estudio introductorio de la entera obra de Wallerstein, por parte del investigador de la UNAM Carlos Aguirre Rojas, fechado en mayo de 2002. El mismo, además, edita la extensa y sustantiva entrevista que le hizo el autor en noviembre-di-

cembre de 1999, en el Centro Fernand Braudel de la Universidad Estatal de Nueva York en Binghamton (Wallerstein dirige este centro desde 1976), que ocupa el resto del volumen, completado por una excelente y útil bibliografía de sus cuantiosas publicaciones traducida al español, también elaborada por Carlos Aguirre. Aunque relativamente ya distantes en el tiempo, en particular por el decisivo viraje coyuntural a nivel planetario que han significado los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y sus derivaciones, los conceptos de Wallerstein no solamente ayudan a aclarar o debatir cuestiones teóricas e historiográficas de gran importancia, sino que plantean desafíos intelectuales y políticos que trascienden a los niveles de una inmediata actualidad. Además, y en estrecha conexión con su actividad en la Comisión Gulbenkian acerca de la situación epistemológica de las ciencias sociales ante la crisis del paradigma decimonónico sobre el que se sustentan, cuyo informe final coordinó, podemos verificar en la entrevista importantes posicionamientos acerca de la convergencia conceptual de las ciencias sociales con las nuevas "ciencias de la complejidad", en un camino básicamente plural pero ahora abierto a todas las combinaciones, y que asume esencialmente los puntos de vista de Ilya Prigogine.

Alumno en Columbia de Marcuse y Franz

Neumann, del teólogo Paul Tillich y de Wright Mills, en 1954 escribió un tesis de maestría con un lúcido análisis del macartismo como resultado del impulso de una derecha visceral, anti-intelectualista y enemiga del *establishment*. Un recorrido intelectual seguido por Aguirre con mucha proflijidad permite reconocer en Marx, Freud, Schumpeter y Polanyi las influencias básicas, y en Fanon, Braudel y Prigogine a los detonadores de su originalidad y participativo del esencial y constituyente diálogo científico. Wallerstein recuerda sus inicios, los de un joven africano de origen judío neoyorquino -nación en esa "capital de la economía mundial [...] situada en el corazón del poder" en 1930-, y en un desafío dialéctico que debería sacudir muchas conciencias actuales, se anima a afirmar hoy que fue la ética judía del compromiso moral y político junto a la alternativa nacionalista del sionismo anterior a 1948 lo que fundamentó en él "desde el principio en una gran empatía por la causa palestina". Su experiencia como estudiante y activista en África occidental en los frentes de la descolonización y los umbrales de la independencia permearon su pensamiento con el punto de vista del Tercer Mundo - en una perspectiva ampliamente comparativa y global, elemento clave del primer momento de constitución de su pensamiento.

El año 1968, que lo encontró como un activo participante del movimiento contestatario en *Columbia University*, significó para él la plena conciencia del papel y las limitaciones del liberalismo en el mundo moderno. En esos años, influido por la radicalización producto del 68, crea con la teoría del moderno sistema-mundo la clave de bóveda de su obra, como respuesta a las concepciones de la modernización social de los cincuenta. Inequivocamente marcado por las ideas de centro-periferia de Raúl Prebisch y también por las de los dependientistas sesenteros, redondeadas a mediados de la década de 1970 por la rica colaboración intelectual con el mayor historiador del siglo, Fernand Braudel, Wallerstein reconoce sin embargo en Marx un fundamental punto referencial. "Yo diría, más bien, que he sido profundamente y enormemente influenciado por Marx, y que tengo una gran cantidad de deudas intelectuales con su pensamiento. Diría también que es el pensador más interesante de todo el siglo XIX, pero que no es el único que existe en el mundo, que no estoy



de acuerdo con todo lo que él dice, y que para mí no es tan importante autoclificarme de marxista o no marxista. No trato de alejar o de evitar esta etiqueta, pero tampoco hago un esfuerzo especial por esentarla". Lo que se suma a una definición atractiva, entrañable, que de inmediato me recordó a José Arié, el hubiera podido decir con similar hondura: "La manera en que concibo que hay que colopro en relación al propio Marx: como un compañero de lucha, que sabía precisamente lo que sabía...". Pero luego, rotundo: "pero de lo que es estoy seguro es que no soy postmarxista [...] en mi opinión esto no quiere decir nada, y pienso que es algo tonto, sin sentido"; los resquicios y blanduras del eclecticismo, si alguno podía alentar en la multiplicidad de referencias formativas e informativas que despliega Wallerstein, son cerrados con contundencia en esa subrayada y radical afirmación.

En las diferencias esenciales que plantea con Marx uno puede reconocer otras de las componentes esenciales del pensamiento de Wallerstein. Tributario de la Escuela de Frankfurt se separa fuertemente del iluminismo ilustrado del siglo XVIII, en el que reconoce arrojado a Marx en dos puntos capitales: la noción de que la "historia es progreso inevitable" y, aquella otra, cuya filiación retrocede a Descartes, aunque su arti-

culación es también propia del lenguaje ilustrado, la del necesario dominio del hombre sobre la naturaleza. En la elaboración de nuestro autor, la naturaleza deja de ser considerada bajo una idea mecánica y de discontinuidad tajante con el hombre, y aparece con fuerza la noción de Prigogine de naturaleza creadora. Esto le permite abordar con mucha radicalidad la visión general del sistema capitalista sin ninguna figura apologetica propia del positivismo evolucionista, y constituir también en la cuestión ecológica y la superación del productivismo exacerbado un nivel crítico esencial de nuestro tiempo, que reconoce como dimensión fundamental de las crecientes dificultades de la reproducción sistémica del capitalismo. Más allá de las dudas que motiven las caracterizaciones mencionadas acerca del autor de los *Grandes* elaborada por Wallerstein, resulta muy reveladora su voluntad manifiesta de "romper con este Marx todavía preso de la herencia iluminista".

De ninguna manera podemos reseñar aquí la extensión, variedad e intensidad de las propuestas y temáticas de Wallerstein que van surgiendo de la muy bien estructurada, sugerente y reveladora entrevista de Aguirre Rojas. Sin embargo, sobre el final, reconocemos una síntesis de los ejes intelectuales que han estructurado una obra esencialmente ya hecha, pero

que sigue promoviendo ideas y debates nuevos y profundos. En primer lugar, la historia del sistema-mundo capitalista, el proceso de su constitución, crecimiento, consolidación y agotamiento. En segundo término, el problema de qué hacer hoy y cómo analizar la situación actual, unido al de la "utopística" (término acuñado por Wallerstein para designar "la evaluación sería de las alternativas históricas, el ejercicio de nuestro juicio en cuanto a la racionalidad material de los posibles sistemas históricos alternativos"). Es la evaluación sobria, racional y realista de los sistemas sociales humanos y sus limitaciones, así como de los ámbitos abiertos a la creatividad humana. No es el rostro de un futuro perfecto (e inevitable), sino el de un futuro alternativo, realmente mejor o plausible (pero incierto) desde el punto de vista histórico. Es, por lo tanto, un ejercicio simultáneo en los ámbitos de la ciencia, la política y la moralidad.³ Por último, el tercer eje de trabajo es el de la reordenación del mundo del saber, o sea las consecuencias de las preocupaciones epistemológicas.

Wallerstein es hoy uno de los principales y todavía escasos críticos en la intelectualidad estadounidense, de la política de Bush, enmarcada según él en una próxima aceleración de la "decadencia" de la hegemonía norteamericana. Su compromiso pasa fundamentalmen-

te por discutir las implicaciones en la coyuntura de una visión más estructural del sistema-mundo capitalista, de los nuevos actores sociales anti-globalización y de los eventuales límites tendenciales de dicho sistema, de los que la demografía y la ecología son los dos principales, que no disminuirán por su fracaso, sino por su "éxito" histórico acabado, por el cumplimiento cabal de todas sus presupuestas. Estamos tentados de decir que nos encontramos nuevamente en el terreno del "derrumbe" del capitalismo, con nuevas determinaciones, tal como lo pensaba y discutía la socialdemocracia alemana y europea en la década de 1890.⁴ He afirmado que existen limitaciones estructurales para el proceso de acumulación incesante de capital que rigiere nuestro mundo actual, y que esas limitaciones saltan a la primera plana como un freno para el funcionamiento del sistema. He señalado que esas limitaciones estructurales —que he llamado las asintotas de los mecanismos operativos— han creado una situación estructuralmente caótica, difícil de soportar y que tendrá una trayectoria por completo impredecible. Por último, he sostenido que de este caos en un período de cincuenta años, y que este nuevo orden se formará como una función de lo que todos hacen en el intervalo, tanto los que en el ac-

tual sistema tienen el poder como quienes no lo tienen. Este análisis no es optimista ni pesimista, en el sentido de que no predigo y no puedo predecir si el resultado será mejor o peor. Sin embargo, es realista al tratar de estimular las discusiones sobre los tipos de estructuras que en realidad mejor nos pueden servir a todos nosotros y los tipos de estrategias que nos pueden impulsar en esas direcciones. Así que, como dicen en África oriental, *¡harambee!*. Lejos de la inercia del objetivismo, sin embargo, Wallerstein propone acción diligente en dilucidar el carácter y las oportunidades de la crisis, y reconocer en su propio diseño las alternativas históricas del siglo XXI: "Una vez que entendamos nuestras opciones, debemos estar listos a participar en la batalla, sin ninguna garantía de ganarla. Esto es crucial, ya que las ilusiones sólo engendran desilusiones, con lo que se vuelven depositantes".⁵ □

Horacio Crespo

¹ Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial, XXI. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Siglo XXI Editores, México, 1979; *El moderno sistema mundial, II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea 1600 - 1750*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1984; *El moderno sistema mundial, III. La segunda era de gran expansión de la economía-*

mundo capitalista 1750-1850, Siglo XXI Editores, Madrid, 1999. Las primeras ediciones en inglés fueron de 1974, 1981 y 1989, respectivamente. En la entrevista que estamos reseñando Wallerstein anuncia un par de volúmenes más, cuando menos, para completar su ambicioso programa de reconstrucción crítica y global de la completa historia del sistema-mundo capitalista entre el siglo XVI y la actualidad.

² Wallerstein, Immanuel, *et al.*, *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI Editores,

México, 1996. Cfr. también Wallerstein, Immanuel, *Impensar las ciencias sociales: Límites de los paradigmas decimonónicos*, Siglo XXI Editores, México, 1998 y Wallerstein, Immanuel, *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*, Siglo XXI Editores, México, 2001.

³ Wallerstein, Immanuel, *Utopística o las opciones posibles del siglo XXI*, Siglo XXI Editores, México, 1998, pp. 2-4.

⁴ *Ib.*, pp. 89-90.

Un análisis riguroso y completo

Del golpe de estado a la restauración democrática. La dictadura militar (1976-1983), Marcos Novaro y Vicente Palermo, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2003, 576 páginas.

La historia política argentina ha estado marcada, quizá como muy pocas otras, por la fuerza y presencia de la tensión continuidad-ruptura. Si estos elementos se entrelazan comprensiblemente a la luz de un pasado signado por constantes quiebres institucionales a partir de 1930, la generalizada percepción rupturista y la correlativa pretensión funcional de cada nuevo gobierno trascienden las crónicas secuencias democracia-interregno autoritario-restauración democrática. Al punto que cada nuevo régimen no sólo se pretende —legítima fundamentalmente— en relación de ruptura con su inmediato anterior— sea en clave de restauración democrática frente al régimen autoritario precedente, sea de restauración del

orden, frente al caos y al populismo—, sino que más radicalmente, en relación de exclusión definitiva de ese pasado de frustraciones causado por este péndulo cívico-militar. De aquí, acaso, la importancia notable de la historia en la construcción y fundamentación de identidades políticas en la Argentina, como recurso de legitimación en la búsqueda de filaciones, herencias y oposiciones en el pasado, aun el más remoto.

De forma contemporánea a un nuevo episodio de ruptura, de pretensión refundacional y de generalizada sensación de transición en la vida política argentina, dado por la asunción del gobierno del presidente Kirchner,¹ aparece este estudio histórico sobre

la última dictadura militar argentina. Este libro, además, irrumpe en el momento en que las herencias de aquellos sombríos años reaparecen con más fuerza, luego de las clausuras de ese pasado intentadas por la refundacional alfonsista y la reconciliación menemista. En un momento en que resurge el tema de los procesos por crímenes cometidos bajo la dictadura, cuando se discute la extradición de militares procesados en el exterior y la inconstitucionalidad de las leyes que limitaron su enjuiciamiento. Pero fundamentalmente, este libro aparece cuando el sistema político heredado de la debacle de la dictadura y su apresurada salida entre en una crisis profunda. Y cuando se instala con fuerza, tanto en círculos académicos como políticos y sociales, la idea de una continuidad del proyecto político-económico implantado por la dictadura militar en 1976. Este sería de ahí en más continuado por los posteriores gobiernos, especialmente bajo el menemismo, fundado en la visión de una política neoliberal y antipopular, concebida e impuesta por los grupos de poder y el *establishment* a través de los gobiernos de turno, sea el Proceso, fueran los democráticos.²

El presente libro de Marcos Novaro y Vicente Palermo, al construir una aguda mirada histórica sobre la dictadura militar de 1976-1983, se plantea precisamente esa cuestión de las continui-

dades y rupturas de la política argentina reciente. En ese sentido, el trabajo va al encuentro de muchas de las concepciones hoy extendidas sobre el período, al plantear sugestivas interpretaciones. Respecto, por ejemplo, de la claridad, coherencia y unicidad del supuesto proyecto político del "Proceso de Reorganización Nacional", al mostrar las divergencias internas entre los militares y la ausencia de un proyecto político claro; sobre la relación de la dirigencia militar con los actores civiles y el *establishment* puntualmente, al planear la disposición aislacionista del régimen respecto de la sociedad, como medio de preservarse de sus presiones y demandas; sobre la definición y evolución de la política económica de la dictadura, revelando sus contingencias y limitaciones, cambios de rumbo, pragmatismo y, en definitiva, fracaso rotundo; sobre las concepciones desarrolladas bajo la democracia respecto de la lógica macabra del terrorismo de Estado, una a generalizar la visión de una represión ciega y absurda que sobe "30 mil víctimas inocentes" otra su apoyo, activo o pasivo, durante los primeros largos años del Proceso. El restablecimiento de la paz y el orden, tan ansiado luego de los turbulentos años previos, la efímera artificial bonanza económica del período de la expansión incontrolada del mercado financiero y de la

"tablita"; la "fiesta de

activamente la sociedad se hizo de esos negros años, al exorcizarse a través de la idea de una victimización colectiva, por todos sufrida implacablemente y sin complicidades, a manos de un puñado de fanáticos asesinos.

La perspectiva de largo plazo que brinda el abordaje histórico permite así comprender este período apenas estudiado hasta hoy, en el contexto más amplio de medio siglo de historia argentina anterior al golpe de 1976, así como de las profundas transformaciones sociales que éste dejó atrás como herencia. Al subrayar el proyecto refundacional que animó la política extractivista —tanto en el terreno militar, como económico y social— que llevaron a cabo la cúpula militar y las Fuerzas Armadas institucionalmente, con sus características, contradicciones y límites, los autores abren una serie de debates hasta ahora soslayados. Con el planteo de la problemática cuestión de las continuidades y rupturas históricas, simultáneamente cuestionan las "ovidadas" responsabilidades de los distintos actores sociales en el golpe militar y su apoyo, activo o pasivo, durante los primeros largos años del Proceso. El restablecimiento de la paz y el orden, tan ansiado luego de los turbulentos años previos, la efímera artificial bonanza económica del período de la expansión incontrolada del mercado financiero y de la

"tablita"; la "fiesta de

los argentinos" que significó el triunfo en el Mundial de 1978 jugado en la Argentina y, más ampliamente, las crónicas crisis políticas y económicas a las que estaba acostumbrado el país y que los militares prometen erradicar, contracara del terror, de la exclusión económica de enormes sectores sociales, de la total proscripción de los derechos políticos, civiles y laborales, son algunos de los elementos que permiten comprender con mayor precisión la difícil realidad que vivió la sociedad argentina con el Estado autoritario.

Sin dejar de recalcar las profundas e irreversibles transformaciones sociales que quedan como legado de la dictadura a partir de 1983, los autores hacen notar el fracaso general de los planes de los militares en las diferentes áreas: fracaso en imponer el sistema político postdictadura, libre de la "perniciosa influencia populista" de los partidos tradicionales; el patético fracaso económico, no sólo visto a la incapacidad de imponer un determinado modelo de desarrollo exitoso, sino por la bancarota general y el negro legado fiscal dejado hasta hoy; fracaso, en definitiva, no sólo de ver coronada de sincero respaldo social la victoria en la lucha antisubversiva, sino siquiera de lograr impunidad del olvido y la impunidad de esos crímenes. Así, la que debió ser la última y definitiva intervención regeneradora de las Fuerzas Armadas

en la vida política argentina terminó en una experiencia más que frustrada, en una desbandada final vergonzosa en medio del oprobio general y aún presente en la sociedad.

De esta manera, cabe preguntarse por la generalizada idea que atraviesa la sociedad argentina de una continuidad histórica iniciada con la dictadura militar y que se extiende hasta hoy: fin de la matriz obrera; fin de la matriz socialista; fin de los elementos que permiten comprender con mayor precisión la difícil realidad que vivió la sociedad argentina con el Estado autoritario. Sin dejar de recalcar las profundas e irreversibles transformaciones sociales que quedan como legado de la dictadura a partir de 1983, los autores hacen notar el fracaso general de los planes de los militares en las diferentes áreas: fracaso en imponer el sistema político postdictadura, libre de la "perniciosa influencia populista" de los partidos tradicionales; el patético fracaso económico, no sólo visto a la incapacidad de imponer un determinado modelo de desarrollo exitoso, sino por la bancarota general y el negro legado fiscal dejado hasta hoy; fracaso, en definitiva, no sólo de ver coronada de sincero respaldo social la victoria en la lucha antisubversiva, sino siquiera de lograr impunidad del olvido y la impunidad de esos crímenes. Así, la que debió ser la última y definitiva intervención regeneradora de las Fuerzas Armadas

historia que concebía un sentido trascendente? Al menos, ¿cómo explicar- las haber abierto estas discusiones no es, sin embargo, ni el menor ni el único logro de esta obra. Al ser este uno de los primeros estudios históricos de carácter completo, integrado y sistemático sobre la última dictadura militar argentina, el libro ya está destinado a constituirse una referencia en la literatura académica sobre las recientes experiencias autoritarias latinoamericanas. En este sentido, el trabajo de Novaro y Palermo retoma en gran medida la línea de los estudios de la década de 1980 sobre transiciones democráticas, con una marcada preminencia de una aborregia propia de la sociología política.³ De este modo, el eje argumental del estudio se centra en el análisis de las condiciones políticas e institucionales del ejercicio del poder por parte de la dirigencia militar. Más precisamente, la dinámica que produce el entrecruzamiento de un acentuado nacionalismo al interior de las Fuerzas Armadas —producto de la ausencia de planes claros y comunes y de liderazgos de peso, como de las disputas intestinas basadas en proyectos personales—, con el intrínseco arreglo institucional que éstas se dieron. Ideado precisamente para mantener un equilibrio de poder entre las tres armas y asegurar la gestión institucional de los conflictos entre ellas, el Proceso se dotó a sí

mismo de un sistema de gobierno extremadamente curioso: se trata de un régimen autoritario sin ningún apego a las reglas. Este sistema de controles y vetos intragubernamental e interarmas produjo un doble efecto, tan pernicioso como el otro. Por un lado, la imposibilidad de tomar decisiones y llevar adelante políticas de modo coherente y sostenido fue patente en casi todos los sectores. Las distintas Fuerzas que se obstaculizaban a través de las diferentes áreas del Poder Ejecutivo. Por otro lado, el Estado fue dividido y colonizado entre el Ejército, la Armada y la Aeronáutica, y se establecieron verdaderas cotas de poder, responsabilidades y beneficios, que respondían casi exclusivamente a la futura de la Fuerza correspondiente antes que al Presidente o a la Junta de Gobierno. Novaro y Palermo logran así mostrar con enorme claridad cómo funcionó este dispositivo, cómo condicionó las políticas de la dictadura tanto en las áreas económica y social, como en la evolución de la transición política y la negociación en la gestión del difícil *dosier* de los derechos humanos. Lógica que permite comprender en profundidad el fracaso y cuyo resultado fue la debaule del Proceso. Si en algún momento el lector puede quedarse con deseos de tener más información historiográfica —datos, cifras, acontecimientos o personajes—, la profundidad

y riqueza analítica del presente libro dejan poco espacio para otra cosa que no sea la reflexión y la discusión, tanto científica como política. □

Santiago Rosenberg

¹ El discurso de asunción del Presidente es por demás expresivo de esta práctica, como lo atestiguan las repetidas referencias al fin de una época y al comienzo de otra ("... Dar vuelta una página de la historia..."). "o... este trabajo de refundar la Patria..."), así como la presentación de una ruptura generacional y la autoidentificación con la "generación de 1970 (... como parte de esta nueva generación de argentinos...") y "... Formo parte de una generación diezmada. Castigada con dolorosas ausencias...").

² Argumento que, precisamente, aparece con claridad en el discurso de asunción del presidente Kirchner.

³ La primera, al generalizar la visión de las actividades "inocentes", borra por completo de la historia la lucha armada de los grupos revolucionarios. El segundo, desde principio de los setenta, con los proyectos y medios políticos que se les dieron, y, en la misma operación ideológica, acepta implícitamente la mediocridad para el caso de aquellos que no hubiesen sido tan "inocentes". La segunda, la "teoría de los dos demonios", no sólo justifica el terror al poner en pie de igualdad a subversivos y represores, sino que fundamentalmente excusa al conjunto de la sociedad de una locura que le fue ajena y de la cual sólo fue víctima, con lo cual clausura ese pasado.

⁴ Sistema de devaluación programada a futuro de la moneda nacional, ideado para controlar la tendencia inflacionaria,

que resultó durante algunos meses en un peso supervaluado, y provocó así un poder adquisitivo en dólares extraordinariamente alto. Fue la llamada época

de la "plata dulce" y del "dóme dos" en los viajes turísticos al extranjero.

⁵ Lo cual revela la disciplina de origen y el área de trabajo de ambos autores.

Las contradicciones del Nuevo Imperialismo

El Imperio Incoherente (Incoherent Empire), Michael Mann, Londres, Verso, 2003.

El Nuevo Imperialismo norteamericano presenta algunos rasgos centrales que lo acercan más al imperialismo occidental del siglo XIX que al vigente después de la Segunda Guerra Mundial. Ciertamente, durante la Guerra Fría Estados Unidos no se privó de invadir territorios. Sin embargo, generalmente medió la excusa de una supuesta agresión (Golfo de Tonkin, Canal de Panamá, etcétera) y muchas veces los Estados Unidos actuaban para respaldar una fuerza aliada. La norma fue, no obstante, la dominación por la vía de gobiernos más o menos satélites y mediante el control de organismos internacionales. La conquista militar territorial directa de un país no agresor, sin siquiera un intento serio de inventar un incidente o agresión concreta, seña la ausencia cualitativa. En esta nota discuto las contradicciones del Nuevo Imperialismo norteamericano basándome en el reciente libro del sociólogo Michael Mann, *El Imperio Incoherente*.

Como Mann y otros autores han destacado, el Nuevo Imperialismo no es simplemente fruto de la ira imperial posterior al ataque a las Torres Gemelas, ni del súbito acceso de una serie de extremistas al entorno de Bush. Antes bien, es el resultado de una corriente neoconservadora en política exterior cuyo origen se remonta a la crisis petrolera de los primeros años de la década de 1970. Una amalgama de estrategias abiertamente halcones y pro israelíes que presentan la idea de una apropiación directa del Golfo Pérsico, se expandió en círculos políticos y *think-tanks*, liderados por Richard Perle, actual secretario del poderoso Comité para las Políticas de Defensa del Pentágono, y Paul Wolfowitz, actual Secretario Adjunto de Defensa. Este grupo de estrategias formados en la órbita ideológica de las administraciones Nixon-Ford, se nucleó luego en el *think-tank* "Project for America," dirigido por otro intelectual —hálcon prominente—, Robert Kagan. La mayoría de los planteos del grupo (como el concepto militar del Golfo Pérsico, retiro de los Estados Unidos, de diversos acuerdos internacionales, como las convenciones contra ar-

mas químicas y biológicas, Tribunal Penal Internacional, etcétera; el ataque a los poderes de la ONU) eran claramente anteriores al 11 de septiembre. Un país esencialmente parroquial como Estados Unidos no es, en principio, fértil a la idea de un imperialismo de conquista territorial y abierta. Sin embargo, el ataque a las Torres hizo el resto y puso al Nuevo Imperialismo en franca ofensiva.

Para analizar el Nuevo Imperialismo, Mann, una de las grandes figuras de la sociología política en la actualidad, se retrotrae a conceptos básicos de su monumental obra, *Sus fuentes de Poder Social*, y analiza el poder imperial en sus cuatro formas posibles: militar, económico, político e ideológico. Sustiene Mann que los poderes del Nuevo Imperialismo en esos cuatro ámbitos son mucho más desparejos y débiles que en sus antecesores imperiales, como los Imperios británico y belga y hasta el Imperio romano, los cuales eran bastante más poderosos en sus territorios conquistados que lo que Estados Unidos puede serlo hoy. La base del Nuevo Imperialismo es su impresión de poder militar. Mann reconoce que desde el Imperio romano no ha habido una superioridad militar tan abrumadora. Estados Unidos es inalcance en cuanto a poder nuclear y poder de fuego en general. Lo que los técnicos del Pentágono llamaron recientemente *Revolution in Military Affairs* (RMA)

posibilita que, mediante misiles inteligentes combinados con aviones robots (que vuelan a gran altura) y satélites que brindan imágenes del enemigo en tiempo real, el ejército de Estados Unidos puede simplemente destruir a su contricante antes de que éste pueda colocarse en su propio rango de fuego ofensivo. Antes de que siquiera "llegue" al campo de batalla.

La pregunta es cuánto de este arsenal sirve para construir un imperio territorial. Las armas nucleares sirven como disuasión defensiva pero no son demasiado útiles como parte de una ofensiva nacional: no construyeron imperios; éstos se crean con fuerzas convencionales. La RMA es efectiva para desintegrar al ejército defensor, pero como es evidente, es bastante menos eficaz cuando la cuestión pasa a ser consolidar el territorio imperial y pacificarlo. En este caso, los imperios tradicionales se basaban en una mezcla de expediciones punitivas sangrientas, junto con alianzas con elites locales y levas de la población nativa. El punto es que el método clásico de romanos, británicos y belgas para pacificar imperios territoriales consistió en establecer alianzas con poderes locales e integrar nativos a su propio ejército. Ha sido el 1800, el ejército británico en la India este tipo de pacto por ciento por hindúes. El ejército imperial enteramente europeo podía ganar batallas decisivas en un pun-

to territorial específico, pero la pacificación, el despliegue de fuerzas en guarniciones "desparadas" en el territorio conquistado, eran casi imposibles sin participación local. Además, las guarniciones, los *garrisons* británicos, infundaron respeto al colonizante antes de que éste pueda colocarse en su propio rango de fuego ofensivo. Antes de que siquiera "llegue" al campo de batalla. La pregunta es cuánto de este arsenal sirve para construir un imperio territorial. Las armas nucleares sirven como disuasión defensiva pero no son demasiado útiles como parte de una ofensiva nacional: no construyeron imperios; éstos se crean con fuerzas convencionales. La RMA es efectiva para desintegrar al ejército defensor, pero como es evidente, es bastante menos eficaz cuando la cuestión pasa a ser consolidar el territorio imperial y pacificarlo. En este caso, los imperios tradicionales se basaban en una mezcla de expediciones punitivas sangrientas, junto con alianzas con elites locales y levas de la población nativa. El punto es que el método clásico de romanos, británicos y belgas para pacificar imperios territoriales consistió en establecer alianzas con poderes locales e integrar nativos a su propio ejército. Ha sido el 1800, el ejército británico en la India este tipo de pacto por ciento por hindúes. El ejército imperial enteramente europeo podía ganar batallas decisivas en un pun-

rialismo aparecen como más flagrantes. La búsqueda de aliados locales arriba mencionada es más una cuestión de construcción política que militar. El hecho es que la mayoría de los imperios del siglo XIX gobernaba a través de las elites locales. De nuevo, estas elites de Mann son útiles para analizar la esquizofrenia política actual de los conquistadores de Irak. Los norteamericanos destruyeron inicialmente la única institución iraquí de alcance nacional, el partido Baath, desbandaron su ejército y constantemente amenazaron a los shiítas, especialmente si se intentaba una alianza con milicias iraníes. Sus únicos aliados fiables locales eran los kurdos, aliados no árabes poco útiles, y un comité de exiliados farseseo. La figura más prominente de este comité era Ahmad Chalabi, un viejo amigo de los "neocons" desde que fantaseaban conquistas en las reuniones de sus *think-tanks* de Washington, bien conectado con intereses petroleros. Pero el imprevisible Chalabi había visto Irak por última vez en 1958, cuando tenía trece años. Rápidamente los "neocons" descubrieron que no iba ser muy útil para la gobernabilidad imperial.

Es en el plano de la hegemonía ideológica, no obstante, donde mejor se constatan los débiles fundamentos del Nuevo Imperialismo. Crucialmente, las colonias conquistadas por imperios decimonónicos sólo contenían líderes

tribales y regionales, no naciones. Era raramente un deshonor para el líder tribal local pactar con el colonizador preservando ciertas prerrogativas de control local, puesto que la idea de nación, de cierta comunidad agregada de intereses que trasciende ese mínimo ámbito, era una realidad una realidad solo europea. Naturalmente, ocurrían conflictos y los pactos de dominación se modificaban ocasionalmente. Pero el nacionalismo en el tercer mundo, nos dice Mann, simplemente no existía, y como sabemos sólo surgió de las ideas liberales, socialistas y fascistas occidentales entrado el siglo XX. Hoy las probabilidades de que el que pacta con el conquistador sea visto como un traidor son muchísimo más altas. Incluso las divisiones religiosas y étnicas de este siglo conllevan un reclamo de Nación, es decir, no se contentan con la protección de ciertos derechos en el ámbito local, sino que se definen mejor como etnonacionalistas: aspiran a la creación de Estados antes de que otros Estados sean impostos sobre ellas. Esta realidad ideológica no afectó a los imperios territoriales-históricos. De hecho, el nacionalismo acabó con la era de imperios de conquista. Es más, el etno-nacionalismo, antes que el fundamentalista árabe estaba en franca retirada, por ejemplo aislado o vencido en Egipto y Argelia. De hecho, cuando a los grupos musulmanes se les satisfizo en alguna medida el reclamo de Nación en vez de repre-

en Chechenia y Cachemira son organizaciones terroristas nacionales, es decir reclaman Estados y no atacan a Estados Unidos fuera de su país hace más de quince años. Mann comprueba que la mayoría de los terroristas suicidas palestinos son seculares nacionalistas, no fundamentalistas: mueren por algo de cuño occidental como la Nación y su pueblo, y no para vivir en el paraíso.

En su desorientación ideológica (y mientras la luz verde al terrorismo de Estado israelí) Estados Unidos pone a todos los grupos terroristas musulmanes en la misma bolsa, internacionales que lo atacan y nacionales que no lo hacen. En otras palabras, el combate cultural, "el choque de civilizaciones" que plantean los "neocons" y sus aliados tiene bases muy endebles. La mayoría de las organizaciones árabes combate por tener un Estado nacional, algo que otros tienen y ellos quieren tener. Al Qaeda es la excepción más que la regla (aun cuando Al Qaeda tiene un componente nacionalista-anti-imperialista y panarabígo fuerte). Mann y otros autores como Giles Keipel muestran que hasta hace muy poco, y a pesar del 11 de septiembre, el terrorismo fundamentalista e internacionalista árabe estaba en franca retirada, por ejemplo aislado o vencido en Egipto y Argelia. De hecho, cuando a los grupos musulmanes se les satisfizo en alguna medida el reclamo de Nación en vez de repre-

mirlos, como en Kosovo o en Bosnia, éstos rápidamente aislaron y expulsaron a los sectores más fundamentalistas-internacionalistas. Lo que menos tiene que hacer Estados Unidos es, entonces, atizar los reclamos árabes nacionales, base de la mayoría de las organizaciones más fuertes, de modo que estos converjan con el terrorismo internacional. Finalmente, la debilidad ideológico-hegemónica del Nuevo Imperialismo está en el bando propio. Como impulsor de la "misión civilizatoria" el imperialismo territorial del siglo XIX era mucho más formidable. La hegemonía neoimperial no llega a *Human Rights Watch* o *Al Jazeera*. Aunque obviamente el ejército norteamericano no se ha privado de matanzas de civiles en Irak, la expedición punitiva a gran escala, típica de los imperios de conquista territorial, tiene costos muy altos en virtud de la presencia de organizaciones de ese tipo.

La virtud principal del libro de Mann es que utiliza la mejor tradición de análisis sociológico en un campo dominado por especialistas en relaciones internacionales, cuando no por escritores-espías y consultores de dudoso origen. Para Mann, en su fracaso, el Nuevo Imperialismo no es más que militarismo exacerbado, y como tal, muestra poder y no autoridad. Incoherente y débil en sus poderes ideológicos, políticos y económicos, el Nuevo Imperialismo se recues-

ta en su poder militar devastador. Es más, los últimos acontecimientos parecen dar la razón al sociólogo de la Universidad de California. Incapaz de pacificar el territorio conquistado con el ejército tecnológico, los conquistadores de Irak no pueden tomar una ciudad de 300 mil habitantes como Fallujah, defendida por simples guerrilleros con *Kalashnikovs*. Podrían los *marines*, obviamente, haber borrado Fallujah del mapa, pero la expedición punitiva Imperial en el siglo XXI es demasiado costosa. Se vuelve entonces a un viejo general del partido Baath, el nuevo aliado local, antes villipendio de los "portales de la libertad". En el proceso se crea otro escenario de lucha musulmana directa contra un imperio invasor, similar al del Afganistán soviético, que fue indispensable para el surgimiento del terrorismo internacionalista de Al Qaeda. Puertas adentro, es un imperio cada vez más temeroso y menos hegemónico, sustentado, en buena medida, en una bizarra alianza entre halcones pro-israelíes y sectores fundamentalistas cristianos movilizados que responden a John Ashcroft, el Secretario de Justicia. Un Imperio esquizofrénico que celebra la guerra de conquista hasta que llegan los cadáveres y las madres comienzan a protestar en la televisión.

Uno se pregunta, así, qué clase de imperialismo de conquista es. □
Sebastián Echemendy

ENSAYO

Los desafíos políticos del cambio cultural

Norbert Lechner

Norbert Lechner falleció el 18 de febrero de este año. Desde su juventud se destacó nitidamente en el panorama intelectual de la izquierda latinoamericana y cumplió una dilatada trayectoria en los ambientes culturales y académicos, especialmente de

Chile, donde residía, México y la Argentina. Es muy recordada su actuación en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), como también en diversas universidades e instituciones públicas y privadas del subcontinente. Escribió una

Si por cultura entendemos las "maneras de vivir juntos", al decir de UNESCO, es evidente que estamos viviendo un profundo y rápido cambio cultural. Están cambiando tanto las maneras prácticas de vivir juntos como las representaciones e imágenes que nos hacemos de dicha convivencia social. Pues bien, ¿qué desafíos se desprenden de dichos cambios para la política? Mi reflexión se refiere a Chile, un caso interesante porque muestra un exitoso desarrollo económico y social y una sólida estabilidad política. Desarrollaré mi argumentación en cuatro pasos: (1) comenzaré por recordar algunos cambios en las experiencias cotidianas y los imaginarios colectivos para, después, (2) exponer algunas señales de desarraigo afectivo y (3) la erosión de los imaginarios de un Nosotros. En la parte final (4), presentaré algunos desafíos que se desprenden de estos procesos para la política. El análisis descansa sobre los resultados del informe sobre el Desarrollo Humano en Chile 2002, pero las conclusiones son de mi responsabilidad exclusiva.

Los cambios culturales

Una globalización interiorizada

La globalización no se reduce a los procesos econó-

amplia cantidad de libros y artículos, en obras que colocaron sus ideas a la vanguardia del pensamiento del socialismo democrático. Fue un amigo entrañable del Club de Cultura Socialista José Atrío y asiduo colaborador de *La Ciudad Futura*.

Su primera contribución para nuestra revista fue "De la revolución a la democracia. El debate intelectual en América del Sur", artículo publicado en el número 2, de octubre de 1986. El ensayo que aquí presentamos fue el último trabajo de Lechner y podemos hacerlo por cortesía de *Tiempo 2000*, de Santiago, Chile.

micos y tecnológicos. Incluye una dimensión cultural. Ella no significa empero, una "cultura global" uniforme, por mucho que la profusión mundial de ciertos productos y marcas haga pensar en una homogenización que aplane las particularidades nacionales. En realidad, cada sociedad procesa, combina y rearticula los elementos que circulan al nivel mundial de una manera específica. Esta apropiación y "nacionalización" de los procesos globales afecta no sólo los lazos y hábitos sociales, sino también los esquemas mentales que nos eran familiares. Tiene lugar una redefinición de los límites espaciales (interno/externo) y la comprensión de los horizontes temporales (antes/después). Desde luego que la sociedad nacional sigue siendo el universo habitual de la vida cotidiana. Sin embargo, se vuelve más difícil hacerse una idea de ella. ¿Dónde termina el país y dónde comienza el mundo? Tienden a desdibujarse las líneas de inclusión y exclusión que configuran los límites de un orden social. Tenemos países, pero "la sociedad" ha dejado de ser un hecho evidente.

Un acelerado proceso de individualización

Uno de los cambios más importantes—considerando la tradición de América latina—es la creciente indivi-

dualización. El individuo se despegaba de los vínculos y hábitos tradicionales que, a la vez, lo encerraban y lo protegían. Esta "salida al mundo" forma parte de un proceso de emancipación que permite al individuo ampliar su horizonte de experiencias, incrementar sus capacidades de participar en la vida social y desarrollar sus opciones de autorrealización. La expansión de la libertad individual es notoria por doquier, especialmente entre los jóvenes. Sin embargo, no todos alcanzan a disfrutar las oportunidades. Considerando que no hay individuo al margen de la sociedad, la individualización depende de las opciones y los recursos que ofrece la sociedad en determinada época histórica (por ejemplo, nivel de educación y manejo de las herramientas de información y conocimiento). En tanto nuestra sociedad se vuelve cada vez más compleja y diferenciada, crecen las posibilidades, pero también las dificultades para la autodeterminación del individuo. En lugar de las pocas clases y fuerzas sociales de antaño, ahora una multiplicación de actores y una variedad de sistemas de valores y creencias amplían el abanico de lo posible. Al mismo tiempo, empero, esa pluralización de los referentes normativos y la competencia entre esquemas interpretativos dificultan la elaboración de un marco de referencias colectivas. Una vez despojado de sus anclajes en la tradición, se ha vuelto difícil que el hombre pueda apropiarse de su condición histórica. De ahí que muchos individuos vivan la construcción de "sí mismo" y la búsqueda de un Yo auténtico como una presión angustiante.

El proceso de individualización que en Europa avanzó lentamente, compensado por la persistencia de fuertes lazos comunitarios durante largo tiempo, adquirió entre nosotros una velocidad dramática. Las políticas neoliberales aceleraron la individualización en el ámbito económico, entregando al individuo la responsabilidad de decidir por su propia cuenta y riesgo su futuro. De ahora en adelante, cada persona es libre de elegir su situación en términos de previsión social, seguro médico y educación de los hijos. Esa "libertad de elegir" amplía las opciones para muchos individuos, al tiempo que significa para muchos otros la pérdida de la protección que ofrecía el Estado de cara a la incertidumbre y los infortunios de la vida. En estos casos, la inseguridad existencial empuja a la gente a refugiarse en la familia.

Las muy desiguales oportunidades de individualización pueden apreciarse en el débil sentido de eficiencia personal. Muchos individuos perciben que el rumbo de sus vidas ha dependido más de circunstancias externas que de las decisiones propias. En especial, las personas de estrato bajo se encuentran en la situación dramática de no vivir su vida. Ellas suelen

carecer de redes sociales y de "capital social" que las ayude a hacer frente a una realidad aparentemente todopoderosa. Impotentes, muchas personas se ven impulsadas a repliegarse al mundo privado. En este contexto tiende a producirse una individualización asociada. Ilustrativo del "individualismo negativo" sería la consigna "andando bien las cosas en casa lo que pasa en el país tiene poca importancia". Quiero subrayar que dicha "privatización no es un asunto privado: es el resultado de una determinada manera de organizar la convivencia social.

Una sociedad de mercado

La expansión del mercado es más que una política económica. Transformarlo en el principio organizativo de la vida social implica un proyecto cultural en la medida en que propone un cambio deliberado de las prácticas y representaciones de la convivencia. El mercado fomenta una "individualización" de la responsabilidad y una flexibilización del vínculo social que modifican nuestras formas de "vivir juntos". La "libertad de elegir" del consumidor no está restringida a la elección de bienes y servicios; ella se encuentra incorporada a un nuevo imaginario colectivo. Esta imagen del individuo-consumidor justifica no sólo nuestra conducta en el supermercado, sino también la libertad de elegir nuestra religión o costumbres sexuales. Más allá de las relaciones laborales, la "flexibilización" irradia sobre los lazos sociales, incluyendo las relaciones afectivas de pareja o el carácter de la pertenencia asociativa. Así, el imaginario del mercado y del consumo refuerza la autoimagen del individuo autónomo, al tiempo que socava la autoridad normativa de padres e iglesias y el rol de la educación escolar en la conformación y transmisión de un acervo cultural compartido.

Anverso de lo anterior es un redimensionamiento del Estado nacional. El impacto de su transformación proviene del carácter político que ha tenido la cultura en los principales países latinoamericanos. Desde la independencia los Estados buscan conformar una identidad nacional mediante la sacralización de una historia oficial y la canonización de una cultura nacional. Modelan así las tradiciones y memorias colectivas que contribuyen no sólo a unificar al pueblo (como principio de legitimidad política), sino a incorporarlo (en tanto "plebe") al sistema de dominación. El sentimiento de pertenencia es reforzado posteriormente por la expansión de la educación y otras políticas públicas a lo largo del siglo pasado. Ese papel pionero del Estado se manifiesta, especialmente en Chile, en el imaginario "estado-céntrico" de la sociedad.

Las reformas neoliberales del Estado tendrán, pues,

consecuencias directas sobre la producción cultural. Por un lado, el papel gerencial atribuido al Estado tiende a escamotear su función de representación simbólica del orden social. El Estado deja de simbolizar lo duradero, lo que existía antes de que naciera y que existirá después de nuestra muerte. Por el otro, la reestructuración económica disminuye la presencia del Estado en la vida cotidiana del ciudadano, que antes proporcionaban los servicios públicos. El viejo imaginario "estatista" pierde sus anclajes concretos. Sin embargo, se mantiene una especie de nostalgia de la protección estatal.

Una cultura de consumo

La "sociedad del trabajo" parece ceder el primado a una "sociedad de consumo". El trabajo no desaparece, por supuesto, pero cambia de significado al interior de un imaginario social centrado en el consumo. Incluso las desigualdades se dan — y son exacerbadas — por una cultura de consumo. En general, los pobres no viven una cultura aparte de los ricos. Por muy material que sea la pobreza, ella no es un dato objetivo, sino una situación definida por la sociedad. Por consiguiente, resulta decisivo el marco cultural en el cual se da nombre a la pobreza. A través de la televisión, la publicidad y otros dispositivos, incluida la vivencia de la gran ciudad, la cultura del consumo influye de manera determinante sobre el modo en que las personas y, en especial, los mismos pobres definen lo que significa "ser pobre".

Dado el impacto que tiene el consumo sobre los estilos de convivencia, conviene detallar los diversos efectos.

1) La característica más notoria radica en el paso de la acción colectiva, propia del mundo productivo, a la estrategia individual, típica del consumo. Ahora, lo importante sería el éxito individual, según la definición personal que le da cada cual. Vinculado a esa autoreferencia, 2) la identidad individual suele prevalecer por sobre la colectiva. Consumir es un acto social que simboliza identificación y diferenciación respecto de otros. Conforme, pues, identidades, pero de una manera transitoria y tentativa, sin la densidad de las antiguas identidades de clase. A ello se agrega 3) la flexibilización de la regulación laboral. La deregulación implica que la protección del trabajo en tanto bien público pasa a un plano secundario en relación con la libertad del consumidor. En miras de esa "libertad de elección" cuenta más la seducción y atracción ejercida por los bienes que la seguridad legal del trabajador. Ello alude al hecho de que, 4) en la actualidad, los imaginarios sociales se nutren más de la publicidad que de la experiencia laboral. Mien-

tras que el trabajo produce un mundo objetivado, escindido (enajenado) de la subjetividad del trabajador, el consumo, por el contrario, sería una manera de desplegar el mundo del deseo y del placer.

Por lo demás, el imaginario del consumo acentúa la erosión de los mapas cognitivos de la gente. 5) El consumo modifica, el horizonte espacial. En la sociedad industrial, el trabajador está ligado a un lugar relativamente fijo y, por ende, inserto en relaciones sociales duraderas. Existe un espacio físico y social para desarrollar lazos de bienes, nacionales e importados, que no están limitados por su ubicación territorial. Se amplía el horizonte espacial a la vez que se diluye el temporal. 6) El consumo introduce otra temporalidad. En tanto que el trabajo requiere una planificación del tiempo en relación con la meta proyectada, el consumo vive al instante. Las gratificaciones diferidas al futuro son reemplazadas por la satisfacción instantánea del deseo. Predomina el afán de una vivencia directa e inmediata. El consumo contribuye pues a la aceleración del tiempo y un creciente "presentismo" a la vez que dificulta procesos de aprendizaje y maduración. 7) Finalmente, habría una tendencia a desplazar la ética por la estética. La conducta social ya no se orientaría tanto por una "ética del trabajo" (que valora la vocación, la autodisciplina y la gratificación diferida) como por criterios estéticos. La manera de valorar las personas (la "apariencia") y los objetos (el diseño) indica una estetización generalizada de la vida cotidiana. Ella tiene un efecto ambiguo. La estética amplía la autorrepresentación del Yo, pero tiende a contradecir la



autenticidad proclamada por la individualización.

La mediatización de la comunicación social

Las nuevas tecnologías de información y la preeminencia del mundo audiovisual son otro ejemplo del cambio en los "mapas cognitivos" que usan los individuos para clasificar y ordenar la realidad social. Basta recordar el protagonismo de la televisión en la vida cotidiana. Por un lado, tiene lugar una expansión informática de espacio que multiplica las posibilidades de comunicarse a distancia. Las nuevas modalidades de comunicación modifican no sólo las pautas de sociabilidad, sino también la noción del espacio público. Por el otro, ocurre una fragmentación del tiempo social. La historia se deshace en una secuencia de episodios autosuficientes. La multiplicidad de códigos interpretativos y la velocidad con que circulan informaciones y símbolos aceleran la obsolescencia de las experiencias e instalan una especie de presente austero (secuencia de actos sin relación histórica entre ellos).

En este contexto se propaga una desmaterialización de la realidad social. Puede ser una tendencia menos visible que las anteriores, pero sus efectos sobre la cultura son notorios. Un ejemplo ilustrativo proviene de una esfera que fue, por antonomasia, el campo de la producción material: la economía. Esa materialidad pasa a un segundo plano con la preeminencia de un valor intangible como lo es la marca. Diversos reportajes muestran que muchas de las empresas importantes (como Coca Cola, Nike o Disney) se dedican a "fabricar" y comercializar una imagen de marca más que bienes materiales. Mientras que los objetos "reales" son producidos en la trastienda, en la calle reinan las promesas e imágenes de la vida "ideal". El trabajo es relegado a una función secundaria al tiempo que el consumo de estilos de vida y de sueños va generando una extraña "levedad del ser". De aquí nace la estrecha relación (mediante patrocinios y auspicios) entre el mundo empresarial y el cultural. En la misma dirección apuntan otros cambios del proceso económico como cierta "virtualización" del dinero a través de las transferencias electrónicas. La expansión del "dinero virtual" indica el mayor grado de abstracción que comienzan a tener las relaciones sociales.

Inherente a la mediatización de la comunicación social, comienza a prevalecer una "cultura de la imagen". En parte, el protagonismo de la imagen restringe la preeminencia anterior de la palabra, alterando el tipo de conversaciones sociales y de argumentos propios de la deliberación ciudadana. En parte, pone en entredicho la construcción social de la realidad. Las posibilidades de producir una realidad virtual tienden a diluir el límite entre lo real y lo imaginario. En la "construc-

ción visual de la realidad" (Jesús Martín-Barbero) llega a disolverse el "sentido común" relativamente compartido y duradero en el tiempo que está condensado en lo real. Y en la medida en que la significación de lo real se vuelve más liviana (o sea, sujeta a la interpretación personal que pueda darle cada cual), la realidad sería menos social.

Resumiendo mi primera tesis, sostengo que nos encontramos en medio de profundos cambios culturales. Subrayo dos tendencias. Por una parte, han cambiado las experiencias que hace la gente de la convivencia social. Ella tiende a establecer relaciones sociales más flexibles en su quehacer cotidiano. Por lo tanto, la trama social se vuelve más tenue y frágil. Por otra parte, han cambiado las representaciones que la gente suele hacerse de la sociedad. Parece más difícil hacerse una idea de la vida social en su totalidad. Sin ese marco de referencia, empero, será también más difícil sentirse parte de un sujeto colectivo. Aumenta la autonomía del individuo para definirse a "sí mismo", al tiempo que parecen disminuir las experiencias y los imaginarios de sociedad. Como señaló Zygmunt Bauman, el incremento de libertad individual tiende a coincidir con el incremento de la impotencia colectiva.

Señales de desafección

La segunda afirmación de mi argumento sostiene que a raíz de las transformaciones culturales las personas encuentran dificultades en darle inteligibilidad y sentido a su modo de vida. Reina la peregrinidad y se multiplican los indicios acerca de una desvinculación emocional. Mi interpretación se apoya en la encuesta nacional realizada en 2001 para el informe del PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). Si bien no debemos sobrevalorar las encuestas, sus resultados ayudan a detectar ciertas tendencias. Llama la atención que el desarrollo de Chile, país con un crecimiento económico constante y una sólida estabilidad institucional, suscite una débil identificación. Los datos sugieren que un número significativo de chilenos no se habría apropiado de los avances logrados como algo suyo.

a) Una primera señal de desafección concierne a la economía. Acorde con la encuesta mencionada, la mitad de las personas se percibe a sí misma como "perdedor" respecto del sistema económico. Vale decir, a posar de los avances en el bienestar social durante la última década, muchos chilenos no estarían sintiendo este progreso como algo propio. No es que desconozcan los logros; la mayoría de ellos declara estar en una situación mejor que la de sus padres y estima que seguirá mejorando en el futuro. ¿Qué significaría,

pues, la supuesta pérdida? La autopercepción de "perdedor" no es mero reflejo de una determinada situación económica; representa una construcción social. Las personas no evalúan el sistema económico (ni el político) según un simple cálculo de costo-beneficio. Intervenien múltiples factores, entre ellos, los afectos.

b) La extendida imagen de "perdedor" tiene que ver con los sentimientos negativos. Es llamativo el grado de inseguridad económica que siente la gente. Siete de cada diez entrevistados manifiestan inseguridad, enojo o pérdida con respecto al sistema económico. Estos sentimientos son compartidos por gente de diverso estrato social. Independientemente del nivel socioeconómico de las personas, faltaría una identificación emocional. A pesar de la mejoría sustantiva en sus niveles de vida, los chilenos se muestran poco orgullosos y contentos del desempeño económico del país.

c) El distanciamiento parece referirse al país en general. La mayoría de las personas siente que "es más lo que ha perdido" que lo que habría ganado con el desarrollo de Chile. Una vez más, ¿qué habrán perdido? Los datos no permiten dar una respuesta unívoca. Supongo que la percepción nace de las vivencias subjetivas; de los miedos y las ilusiones que atraviesan su vida cotidiana. La sensación de estar perdiendo puede reflejar el desconcierto propio de todo proceso de cambio, cuando se sufren en vivo las pérdidas sin visualizar las ganancias futuras. Indiciaría que muchas personas sienten que los sacrificios realizados no se justifican. Probablemente intervenga una sensación de desorientación. El mundo actual les parece mucho menos inteligible que el de sus padres. Y la ausencia de referentes claros puede agudizar los sentimientos de impotencia. Frente a un sistema que parece funcionar a la perfección, nace la sospecha de haber quedado al margen.

d) La falta de identificación con el desarrollo del país es ratificada por la visión crítica que existe acerca de los cambios en marcha. En desmedro de las buenas variables socioeconómicas de Chile, sólo catorce por ciento de los entrevistados afirma que "los cambios tienen una dirección clara y se sabe dónde van". O sea, una década de desarrollo sostenido no habría generado una perspectiva de futuro. En cambio, un tercio de ellos considera que los cambios de la sociedad chilena no tienen destino y carecen de brújula. Y más sorprendente aun, la mitad de los entrevistados declara que, "a pesar de estos cambios, las cosas siguen estando igual".

¿Qué debiera haber cambiado y sigue igual? Los gobiernos de la Concertación han afianzado conquistas cruciales como la democracia y un mayor bienestar. Nadie duda de que llevaron a cabo una transformación de envergadura. Pero podría no haber variado

la vivencia subjetiva de la gente. Decir que "las cosas siguen iguales" insinúa que los cambios no alcanzan a tener significación en la vida cotidiana de la gente. Ella no les estaría encontrando sentido porque la transición democrática no habría inaugurado una experiencia subjetiva distinta. La sensación podría responder a expectativas frustradas con respecto al bienestar económico esperado o a una desilusión acerca de un cambio en el modo de vida.

Los indicios dan pie a una tesis fuerte. A mi juicio, la restauración de la democracia en Chile no habría sabido dar nombre y claves interpretativas que hubieran aportado inteligibilidad a los cambios emprendidos. Dicho en términos coloquiales, la transición no ha sabido narrar un "cuento de Chile", un relato que ayude a la gente a visualizar su biografía personal como parte de una trayectoria histórica. Integra parte del proceso democrático elaborar, no el sentido de la vida individual, pero sí los códigos de interpretación y significación que permitan al ciudadano compartir sus experiencias con los demás y, en conjunto, producir un "sentido común". Me atrevo a dar un paso más y afirmar el siguiente nexo: las dificultades que encuentra el ciudadano común para visualizar los cambios como algo suyo, radicaría en las dificultades de percibirse como parte de un sujeto colectivo. Por lo visto, sólo parte de los chilenos siente que son ellos —por medio de la democracia— quienes gobiernan el rumbo del país. Y esa tendencia a no reconocerse en un Nosotros ciudadano restringe el arraigo de la democracia chilena.



La debilidad de los imaginarios colectivos

Mi tercer argumento sostiene que las dificultades para asumir el proceso social como algo "nuestro" estarían asociadas a las debilidades del Nosotros para ser sujeto del desarrollo. Formulando en positivo, la presunción tiene una doble cara. Por un lado, las personas requieren un imaginario del Nosotros para llegar a experimentar los procesos de cambio como el resultado de su propia acción. Por el otro, ellas crean y recrean tal imaginario colectivo a partir de sus experiencias concretas de convivencia. A continuación presentaré algunos indicios sobre las dificultades de configurar una imagen fuerte de Nosotros.

Parto de la siguiente premisa: toda sociedad se reconoce a sí misma por medio de un imaginario social. Como expuso Castoriadis, es mediante esa instancia proyectada fuera de sí como la sociedad se constituye en tanto orden colectivo. Dicho imaginario-síntesis de la sociedad es encarnado por diversas formas de "comunidad imaginada", entre ellas el Estado y la nación. Ellas no sólo abarcan formas materiales, sino que representan igualmente formas simbólicas del Nosotros. Unas y otras cristalizan la pertenencia del individuo a una comunidad. Los imaginarios colectivos son, por ende, tan parte de la realidad social como el desempleo o la calidad de la educación. Mejor dicho, estas experiencias concretas son inseparables de las ideas e imágenes que se hacen las personas acerca del orden social.

Ahora bien, parecería que asistimos a un debilitamiento general de los imaginarios sociales. La precaria experiencia de la sociedad, que se manifiesta en la desafección antes reseñada, parece asociada a un débil imaginario del Nosotros. Los estudios cuantitativos y cualitativos sugieren un vaciamiento de lo nacional y una notoria precariedad del imaginario democrático.

Nosotros los chilenos

Veamos primero la extraña levedad del Nosotros que se manifiesta en cierto desvanecimiento de "lo chileno". Seis de cada diez entrevistados declaran que sería difícil decir qué es lo chileno o que no se puede hablar de ello. Es decir, una mayoría de personas no sentiría una vinculación afectiva con lo nacional. Ello no implica que esas personas dejen de "ponerse la camiseta" de Chile. Pero esa identificación opera más que nada por oposición a "lo extranjero". En cambio, "lo chileno" parece ser una referencia bastante vacía de contenidos. Incluso los iconos de la "chilenidad" (bandera e himno nacional, héroes patrióticos e historia oficial) conservan una vigencia limitada como

señas de identidad.

El debilitamiento de la "identidad nacional" obedece a varios motivos, de los cuales destaco dos. En primer lugar, podría atribuirse a la precariedad de la memoria colectiva. Para olvidarnos de los dolores del pasado, no hablamos de las divisiones impuestas por la dictadura. Por lo tanto, tampoco podemos asumir los daños que ha sufrido la idea de lo chileno como una "casa común". El retorno a la democracia restableció cierto consenso básico, pero no un imaginario de "nosotros los chilenos". Es dable afirmar que el miedo al conflicto inhibió la regeneración de un Nosotros. De hecho, dos tercios de las personas encuestadas opina que en Chile "es más lo que nos separa que lo que nos une". Por cierto, todas las sociedades tienen revivir el derrumbe de la comunidad nacional. Y, en consecuencia, su reconstrucción sule ser un trabajo de generaciones. Visto así no podemos recurrir a la imagen del Nosotros nacional por un buen rato, salvo en oposición a los Otros extranjeros.

En segundo lugar, el perfil de "lo chileno" se desdibujaba porque pierde su anclaje en la experiencia cotidiana de muchos chilenos. Una cotidianidad marcada por las desigualdades sociales y, por ende, por experiencias muy diferentes socava la figura de un Nosotros. No es casual que sean las personas de los estratos extremos quienes menos aprecian lo chileno. Además, las visiones están condicionadas por la manera como la gente evalúa los cambios del país. Las personas más escépticas acerca de lo chileno suelen ser aquellas que menos se identifican con los cambios. En realidad, quienes se sienten abandonados e impotentes, quienes carecen de vínculos sociales y de horizontes de futuro, no tendrían motivo para sentirse parte de una nación. Pero vale asimismo la reacción inversa: un imaginario deslavado del "nosotros los chilenos" inhibe la construcción de los lazos de confianza y cooperación en el quehacer diario de la gente.

Nosotros los ciudadanos

Tan importante como el debilitamiento del "nosotros los chilenos" es el de "nosotros los ciudadanos". Comparado con el orgullo que exhibían antaño los chilenos por su democracia, este segundo imaginario del Nosotros aparece debilitado. Una transición exitosa ha restaurado el buen funcionamiento de las instituciones y los procedimientos democráticos. Pero no es una condición suficiente. Es necesario, además, que los principios que legitiman la comunidad de ciudadanos tengan cierto arraigo en la convivencia diaria de las personas. Sin embargo, se aprecian importantes lagunas.

a) Un indicio ofrece la participación ciudadana que se encuentra restringida no sólo por una retracción electoral, sino también por una desafección política. Similar a la retirada de la vida social, existe una retracción de la vida política. Uno de cada cuatro entrevistados afirma que "cada cual tiene que arreglárselas como pueda porque la política no sirve para nada". Más grave que ese rechazo abierto podría ser la débil vivencia de la democracia en lo cotidiano. Nada menos que siete de cada diez entrevistados declaran que se deben "evitar los conflictos para que las cosas no pasen a mayores". Vale decir, habría un fuerte miedo al conflicto. Esa tendencia no sólo indica que las personas no estarían confiando en sus capacidades de manejar conflictos. Por sobre todo sugiere que el imaginario de la democracia como una forma institucionalizada de llevar conflictos ocuparía un lugar secundario.

b) Otro indicio de la debilidad del Nosotros ciudadano es la limitada adhesión que despierta el régimen democrático. Ni siquiera la mitad de los chilenos entrevistados sostiene que se trata de un régimen preferible a cualquier otro. En cambio, casi un tercio se declara indiferente al régimen político del país. Los valores de la democracia —desde la soberanía popular hasta el respeto por las minorías— no representarían, pues, un "núcleo duro" compartido por todos los ciudadanos. Este dato es tanto más llamativo por cuanto el desempeño del Gobierno gozaría de una sólida aprobación. O sea, no se trata del contagio, tan frecuente en la región, que tiene una mala evaluación del Gobierno sobre la legitimidad del régimen.

c) Otro dato significativo reside en la mala imagen que se hacen muchos chilenos de la democracia. La mitad de los entrevistados se imagina la democracia, sea como "un juego de azar donde muchos juegan y pocos ganan", sea como "un supermercado donde cada uno saca lo que necesita". Quienes exhiben esa visión elitista y consumista no estarían identificando la democracia con un Nosotros. Por el contrario, su imaginario político les inhibe de participar en un ejercicio colectivo de ciudadanía. Visto desde el otro ángulo, apenas la mitad de los ciudadanos ven en la democracia una forma de acción colectiva. En el fondo, sólo ellos se percibirían como parte de un Nosotros capaz de incidir sobre la marcha del país.

De los antecedentes señalados se desprende que el imaginario de la democracia tendría un arraigo afectivo limitado. Muchas personas no suelen percibirse como ciudadanos libres de elegir su destino. Entre su experiencia subjetiva en el quehacer diario y la democracia se abre una brecha, que parece ir más allá de la

distancia inevitable y habitual. Esa brecha remite a la doble cara de la tesis propuesta. Desde el punto de vista del proceso democrático, indica sus dificultades para afianzar un imaginario colectivo que insituya al ciudadano como sujeto colectivo de los cambios. Visto de parte del ciudadano, no está encontrando en la democracia un "sentido común" que le ayude 1) a vivir los cambios sociales como algo significativo para él y 2) como una experiencia que pueda compartir con otros.

La tendencia podría iluminar la actual degradación de la democracia en la región. Su pobre calidad podría expresar no sólo (no tanto) un mal funcionamiento institucional, sino también su inoperancia como imaginario colectivo en el cual pueda reconocerse la sociedad. Ahora bien, es posible que la débil imagen de la democracia no sea sino la contraparte de otro imaginario: la sociedad como una especie de "orden natural" sustraído a la voluntad política. Parecería, en efecto, que la idea de una sociedad-mercado como orden autorregulado se habría vuelto el imaginario hegemónico. De ahí que la figura del ciudadano-consumidor que evalúa y elige entre las ofertas existentes puede representar un espejo verosímil.



La política como trabajo cultural

¿Qué conclusiones se desprenden de los procesos señalados para la política? Hemos visto cómo los cambios culturales están modificando las experiencias cotidianas y los imaginarios colectivos de los chilenos. Ello obliga a revisar los esquemas con los cuales interpretamos la realidad social. La conformación de tales códigos interpretativos es un proceso complejo en el cual interviene, junto con otros elementos, la política. Pero la política en un aspecto específico. En la parte final quiero llamar la atención sobre la dimensión cultural de la política. Ella remite a un fenómeno distinto de la "cultura política" (opiniones, actitudes y preferencias referidas a la política) como a la "política cultural" en sentido estricto (políticas públicas con respecto a la "alta cultura" y a la llamada industria cultural). La dimensión cultural, en cambio, alude al carácter político de la convivencia social. No concierne al sistema político, sino a la constitución de lo social.

La dimensión cultural de la política hace referencia a la experiencia subjetiva del Nosotros y de nuestras capacidades para organizar las formas en que queremos convivir. Tarea tanto más apremiante en la actualidad, por cuanto ya no podemos concebir a "la sociedad" como un ámbito dado de antemano. No es que ella no exista, sino que ha dejado de ser una "estructura" auto-evidente que estaría representada por una "superestructura" política. Sigue existiendo un orden que delimita inclusión y exclusión, pero no hay manera de fijar un principio único que englobe a la vida social en su totalidad. Hoy en día las personas están obligadas a reformular qué significa vivir juntos bajo las nuevas condiciones. Y forma parte de lo político definir el "sentido común" que integra a la pluralidad de intereses y opiniones.

A continuación, voy a bosquejar la dimensión cultural que tendrá la lucha política actual. Aludo no a la pugna entre posiciones programáticas, sino a las coordenadas que enmarcan el campo de lo político Es la lucha cultural en torno a la definición de ese campo que establece las condiciones del proceso democrático. A mi juicio, la calidad de la democracia depende de, al menos, cuatro "frentes de batalla" por así decir.

Combatir la naturalización de lo social

Una característica sobresaliente de nuestra época es la "naturalización" de lo social. Análogo a la naturaleza, la sociedad obedecería a "leyes naturales" que los hombres pueden conocer pero no modificar. El fenómeno corresponde a la doble cara de la secularización: al mismo tiempo que lo sagrado es inte-

riorizado, la sociedad se ve forzada a restituir una instancia más allá de ella, sustraída a la discusión ciudadana. En este caso, lo social adquiere el halo de un "sistema" objetivo y abstracto que se desarrolla a la vez a una lógica específica. Según esa imagen, las personas podrían aprovechar dicha "lógica de sistema" acorde con su racionalidad instrumental, pero no podrían someterla a sus necesidades y deseos. Por así decir, pueden usar la lógica del mercado como quien se adapta al sol y la lluvia, sin poder modificar el rumbo de las nubes.

La conformación de tales sistemas funcionales (economía, política y otros) es un proceso propio de la diferenciación de la sociedad moderna. Su buen funcionamiento, cada sistema autorregulado acorde con su lógica específica, es una necesidad de la vida social. Pero, a raíz de ese carácter autorreferencial, muchas veces los sistemas se vuelven un mundo ajeno y hostil al hombre. Siendo esa enajenación un proceso inevitable en su existencia, puede ser limitada en su alcance. Reconocer la racionalidad específica de los sistemas resulta indispensable, pero conduce a la "naturalización" si reduce la convivencia a sus imperativos. El trabajo cultural de la política consiste precisamente en poner límites a las exigencias funcionales.

Esos límites provienen de la otra dimensión de la vida social: la subjetividad. Es dable afirmar que la sociedad se desarrolla por medio de la tensión entre sistemas funcionales y subjetividad social. Más exacto, la sustentabilidad del desarrollo supone una complementariedad entre la integración sistémica y la integración social. Ambas modalidades son constitutivas del desarrollo. Mientras que los mecanismos sistémicos aseguran la coordinación de las lógicas funcionales y la asimilación de las conductas individuales, la integración social ha de procurar los acuerdos normativos que regulan la convivencia y le otorgan sentido. Y es tarea de la política contribuir a generar esos acuerdos normativos que ponen límites a la marcha de los sistemas.

Un ámbito relevante de la subjetividad, tal vez su aspecto principal, radica en los deseos de las personas de "ser sujeto". Este deseo de "subjetivación", pilar de la modernidad, ha sido desmenuado en su complejidad (Marx, Nietzsche, Freud) y no es la ocasión de revisar su papel como fuerza motriz del Desarrollo Humano. Aquí me interesa sólo señalar que la subjetivación e institucionalización de los sistemas funcionales serían procesos imbricados. La lucha por ser un individuo autónomo tiene a las instituciones como marco obligatorio. Un marco institucional que ofrece oportunidades y pone restricciones a esa autonomía. Esa es la ambigüedad de fondo y el contexto en el cual

opera la dimensión cultural de la política. En este caso, ella concierne la tensión que vincula la lucha práctica por ser sujeto al imaginario que cristaliza el significado atribuido a esa práctica. Siguiendo el enfoque de Franz Hinkelammert, sería la experiencia siempre restringida de la libertad en el marco de las instituciones, la que lleva a concebir la plenitud de "ser sujeto" como un concepto límite. Por su referencia a la plenitud, la subjetivación conlleva una carga de utopía que excede a la institucionalización posible. La acción cultural de la política apuntaría al proceso dialéctico que entrelaza la plenitud imposible de "ser sujeto" y la subjetivación factible en el marco de las instituciones.

Combatir la fragmentación social

Los cambios culturales incrementan la diversidad de actores y factores que conforman la trama social. La diversidad social representa una de las grandes riquezas del país, siempre que sea contenida por un orden. Sin dicho "cierre" (siempre provisorio) de las dinámicas sociales, la diversidad tiende a desembocar en una fragmentación. De hecho, parece haber estallado la "comunidad de experiencias" que cohesionaba la trama social. De cara a la "diversidad disociada" de la sociedad chilena, cabe interrogarse acerca de las posibilidades de lograr, en un mismo movimiento, fomentar una pluralidad de intereses y opiniones y acotar las fuerzas centrífugas que ella desencadena.

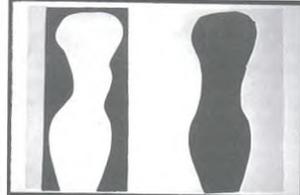
Los países latinoamericanos han temido, desde la época de la independencia, el quiebre de la "unidad nacional" por parte de una subjetividad desbocada (identidades étnicas y conciencia regional, disputas religiosas e ideológicas). En el caso de Chile, la obsesión por el orden no sólo da pie a la dictadura de Pinochet, sino que trata de evitar las dificultades de la integración social, reemplazándola por una integración sistémica. Este es el objetivo del mercado ampliado que pretende, por sobre todo, asegurar la unidad de lo social por medios no políticos. El mercado ofrece, por cierto, un potente mecanismo de coordinación social que se caracteriza por no requerir de ningún acuerdo normativo o voluntad colectiva de los diferentes actores. Pero el tipo de integración forzosa que establece la famosa "mano invisible" no implica la construcción de un "sentido común". El mercado no dota de sentido a la convivencia social. No reflexiona las significaciones de una u otra forma de organizar la convivencia, ni genera acuerdos acerca de los principios y las normas que regulan la interacción y comunicación social. O sea, no incorpora la subjetividad social a sus mecanismos de coordinación. Por lo mismo, el buen funcionamiento del mercado no impide tendencias disociadoras (violencia y otras

patologías de la vida cotidiana). De ahí que la expansión neoliberal del mercado pueda coexistir con un discurso neo-populista que busca sintonizar con las experiencias subjetivas de exclusión y desamparo.

¿Podemos construir una "casa en común" para la diversidad de actores, valores y hábitos? En la actualidad, los riesgos de una sociedad fragmentada en un archipiélago de islas inconexas otorgan una nueva relevancia a la integración social. Esta no puede ser concebida al estilo tradicional de una comunidad de valores. Observamos una creciente diferenciación de la subjetividad social. Esa diferenciación amorfosa quiere un perfil estructurado mediante aquellos conflictos que son capaces de mediar entre subjetividad y sistemas funcionales. Menciono dos de ellos para ilustrar el tipo de tensión que vincula experiencia subjetiva y lógica funcional. Uno sería la impermeabilidad de la institucionalidad democrática a la subjetividad de los ciudadanos. La democracia afianza la igualdad de todos y la validez universal de sus procedimientos al precio de expulsar las identidades sociales (religiosas, étnicas, sexuales) del ámbito político. Ahora bien, cuando parte de la subjetividad queda relegada al fuero privado, los ciudadanos vivencian la paradoja de la democracia: ella depende de supuestos -acuerdos normativos e integración social- que ella misma produce sólo en parte. Es decir, la eficiencia de la institucionalidad democrática no asegura la legitimidad del orden democrático.

Otro clivaje reside en el incremento acelerado de la complejidad de los sistemas funcionales, sin que dispongamos, en paralelo, de más mecanismos para reducir dicha complejidad. Este desfase no sólo disminuye nuestro manejo de los sistemas, sino que aumenta asimismo la brecha entre quienes poseen y quienes carecen de códigos interpretativos adecuados. Las dificultades de la integración social radican, por ende, tanto en la creciente diferenciación de las creencias y preferencias de la gente como, igualmente, en los propios sistemas funcionales.

Veo en tales ámbitos, donde las dinámicas del



vínculo social chocan y se entrelazan con el despliegue de las diversas "lógicas sistémicas", el lugar privilegiado que ocupa el Estado. Él representa, en efecto, la principal instancia no sólo en la coordinación entre los diversos sistemas, sino igualmente en la "conversión" de los acuerdos normativos de los individuos a los lenguajes de los sistemas funcionales. El hecho de que las recientes reformas del Estado hayan debilitado esta segunda función de "traducción", no es ajeno a las actuales dificultades de articular la diversidad social.

Combatir la retracción a-social

Nuestra experiencia subjetiva lleva la impronta de una "sociedad de mercado". Ya hice hincapié en la centralidad del mercado, la prioridad del interés privado y, por consiguiente, el protagonismo del consumo tanto en la autodeterminación y autorrepresentación del Yo como en la manera de establecer las relaciones sociales. Un dato ilustrativo de las nuevas formas de interacción social es, según la encuesta mencionada, que dos tercios de los entrevistados conciben sus relaciones con los demás como carreras de competencia, donde se trata de ganar o, al menos, de no quedar atrás. No hay duda de que la racionalidad mercantil (competitividad, rentabilidad, eficiencia) introduce una dinámica inédita en la convivencia social. Pocas actividades quedan al margen del mercado. Por lo mismo, la realidad social llega a ser vivenciada por muchas personas como una "máquina" avasalladora que expulsa a quien no sabe adaptarse. Enfrentado a esa "lógica social", el individuo requiere una fuerte personalidad para poder aprovechar las oportunidades. No todos lo logran; muchos tratan de sobrevivir a los cambios acelerados refugiándose en el ámbito privado. Para quienes el mundo social carece de significación y, más bien, provoca profunda desconfianza, la familia se vuelve el principal o exclusivo ámbito donde buscar un sentido de vida. De este modo, el vínculo social es vaciado de contenido a la vez que la vida familiar tiende a colapsar por la sobrecarga de exigencias. El hogar deja de ser un refugio para transformarse en una fuente más de tensiones y problemas.

Con cierta frecuencia, la retracción "privatista" llega a configurar lo que los antropólogos denominan "familismo moral". Se trata de conductas que se rigen por el lema: "lo único que importa es satisfacer las necesidades suyas y de su familia". Se trata de un fenómeno lo suficientemente amplio como para hablar de una "sociedad de dos tercios". Dos tercios de la población alcanzan a participar de la vida social, a veces en malas condiciones, mientras que un tercio

quedaría excluido. Exclusión no sólo (no tanto) del bienestar económico y de las redes sociales, sino ante todo exclusión de una comunidad de sentidos. Más que un asunto de pobreza material, es un dato duro de nuestra cultura. Conciérneme nuestra manera de vivir juntos.

La tendencia a la "privatización" señala una nueva relación entre lo público y lo privado. Pocos cambios son tan profundos y tan poco conocidos. Una aproximación sugerente brinda Albert Hirschman, proponiendo la existencia de movimientos cíclicos donde las personas se desplazan de un ámbito al otro. El repliegue actual a la actividad privada obedecería a las decepciones que sufre el ciudadano en el foro público. Tales desengaños no son raros. Pueden provenir de las ilusiones previas y expectativas desmesuradas acerca del cambio radical que parecía promover la acción política. Pueden ser provocados por un compromiso excesivo, subestimando los costos (tiempo, energía) que conlleva la participación en los asuntos públicos. O, por el contrario, podría tratarse de la decepción que suele haber cuando se descubre la incidencia limitada que ella suele brindar. Asimismo, hay ciudadanos que se desilusionan porque el quehacer diario de la política tiende a ser bastante más "sucio" que los ideales "limpios" que motivaron la entrada a la arena política. La mezquindad de la lucha por el poder político justificaría la retirada en busca de la felicidad privada. Es posible que éstas y otras decepciones privadas motiven una retracción de la acción pública. Sin embargo, habría que considerar asimismo la transformación de "lo público".

No es fácil esbozar siquiera cómo está cambiando el espacio público. Me limito a recordar la influencia de la industria cultural y, en especial, la audiovisual. Sobre todo la televisión redefine los dos criterios habituales: un espacio de acceso libre para todos y la discusión de los asuntos de interés general. Mientras todos los hogares suelen acceder a los programas de televisión, podría objetarse que la segmentación de los públicos impide la configuración de un temario compartido. Sabemos empero, que se conforma una agenda de temas comunes a través de los noticiarios. Dichos programas no sólo gozan de una importante tele-audiencia nacional; además generan conversaciones sobre los asuntos presentados. Habría, pues, una cierta transformación del espacio público por medio de la televisión, aunque no exenta de problemas. Uno concierne la débil incidencia del público sobre la definición de "lo público". El ciudadano-espectador apenas participa en la elaboración de lo que serían los "asuntos de interés general". Otro problema reside en el carácter que pueda tener la

deliberación ciudadana sobre dichos asuntos. Es probable que las conversaciones se restrinjan a la "gente como uno" y eviten la confrontación con opiniones diferentes. Sería un espacio público "desafeccionado", despojado de cualquier compromiso afectivo.

El papel de la televisión ejemplifica cómo las nuevas tecnologías de información y comunicación modifican la "lógica política", y dan un lugar prioritario a la dimensión cultural. A raíz de la nueva cultura de la imagen, el aspecto simbólico e imaginario de la política viene a ser la principal mediación con la experiencia cotidiana del ciudadano. De ser así, salta a la vista la pobreza de las políticas públicas. Pocas veces ellas hacen ver su significación para el quehacer diario del ciudadano. Basta recordar lo dicho sobre la desafección en relación con los cambios sociales.

El ejemplo ilustra asimismo la relevancia de los medios de comunicación para el buen funcionamiento del debate público. Si queremos fortalecer la individualización hay que asegurar al individuo sus espacios de comunicación social. Y para garantizar la efectividad de los espacios públicos se necesita —al igual que el mercado— una regulación (no estatal). No basta trazar la defensa de lo privado y establecer los límites de lo estatal, dejando lo público como un ámbito residual. También "lo público" ha de ser defendido y promovido por instituciones que ayuden a potenciar la conversación social, a fomentar acuerdos y dar visibilidad a las diferencias y los disensos.

Combatir el "presentismo"

Por último, una breve alusión a la lucha en torno al tiempo. Varias tendencias tienden a reforzar el presente como dimensión exclusiva: el imaginario del mercado, la compresión temporal de la globalización, la autorreferencia de los sistemas y la flexibilización del trabajo. También la velocidad de las imágenes y la realidad "en vivo". En fin, una aceleración vertiginosa del ritmo de vida diario tiende a comprimir el tiempo en una especie de "presentismo".

Al imperio del presente contribuye el desvanecimiento del pasado. La tradición parece reducirse a los museos. En palabras de Metz, no habría una "cultura de la memoria" que nos transmita las significaciones que contiene el dolor de los "perdedores" de la historia. Y esa pérdida del pasado afecta nuestra imagen de futuro. Sin memoria del sufrimiento ajeno, tampoco tendríamos criterios que orienten la construcción de un futuro diferente. El mañana sería el progreso acumulativo del actual estado de cosas. Una teoría de la evolución justifica la miseria actual como el costo inevitable de un progreso sin fin, pero ignora que el simple paso del

tiempo no aporta esperanzas a los "perdedores" del proceso, bien al contrario. ¿No radicarán las promesas del tiempo futuro en la capacidad de interrumpir la evolución automática de lo dado?

Frete al "presentismo", es hora de reivindicar el tiempo de la política: la construcción del futuro. Es lo que trabaja la política en su dimensión cultural. Ella produce tiempo al poner las cosas en perspectiva. La perspectiva contrarresta la urgencia de la realidad inmediata con la profundidad de tiempos largos. Ella ayuda a desacelerar el tiempo, restableciendo su anclaje en pasado y futuro. Es al interior de un tiempo histórico que el presente queda a disposición de la acción deliberada de los hombres. Pues bien, para dotarnos de una perspectiva política necesitamos, primero, tomar distancia. Ante todo hay que sustraerse a la fascinación de lo inmediato. Fijar una perspectiva significa reconstruir su origen y establecer su punto de fuga. Sólo así, poniendo el presente en perspectiva, se descubren las alternativas posibles. Requiere, segundo, un punto de vista. Toda perspectiva se construye a partir de una mirada determinada. Del punto de vista depende qué tipo de objetivos se vuelven visibles y qué posibilidades quedan descartadas. Dicha óptica no es arbitraria; ella está condicionada por la memoria y por la autoimagen de nosotros que ella transmite. La perspectiva —en términos políticos— exige, tercero, una intencionalidad dirigida al futuro. No es una mirada contemplativa, sino activa. Traza un horizonte de futuro con la voluntad de abrirse camino en la dirección deseada.



Poner Chile en perspectiva es la manera de narrar la historia de Nosotros como una constelación de trayectos desde donde venimos y de proyectos acerca de lo que queremos llegar a ser. Poner el desarrollo del país en perspectiva es también la manera de acotar la contingencia, donde todo parece posible e imprevisible. Crear una perspectiva es recuperar memorias e imaginación. Es producir un tiempo histórico donde la fugacidad de la vida individual se inserta en la duración de un orden colectivo. Es, me parece, la manera de contarnos el "cuento de Chile" que ayuda a descubrir el sentido que tiene el camino recorrido y los desafíos que plantea.

Resumen

Los cambios culturales en curso han socavado los esquemas de interpretación y de significación que

hacían de la realidad social un orden inteligible. Al erosionar los imaginarios colectivos, incluida a la democracia, que daban sentido a la convivencia, se difumina el relato —el "cuento"— que podía narrar la sociedad acerca de quiénes somos, cómo llegamos a serlo y cómo quisiéramos ser.

El debilitamiento de las identidades colectivas provoca sentimientos de inseguridad, pérdida e impotencia, fomentando la desafección de un número relevante de personas. Esta tendencia se extiende a la democracia. A raíz de las dificultades de construir un "sentido común" capaz de integrar la diversidad social, ella llega a ser menos significativa en la experiencia subjetiva de los ciudadanos.

El cambio de las prácticas y representaciones de la convivencia social obliga a una recomposición de "la historia del Nosotros". Esa historia establece el sentido que tiene el pasado en la actualidad y, a la vez, el horizonte de futuro que fija los objetivos y orienta las decisiones estratégicas.

Ahora bien, el Nosotros se narra en múltiples relatos. Dependerá del "cuento" que suscita mayor adhesión social, qué significación se atribuye a las cosas logradas y cuán atractivos y creíbles sean las promesas de un futuro mejor. □



Referencias bibliográficas

Bauman, Zygmunt. *En busca de la política*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999.

Castoriadis, Cornelius. *El avance de la insignificancia*. Eudeba, Buenos Aires, 1997.

Habermas, Jürgen. *Teoría de los comunicativos Handlung*. Tomo 2. Suhrkamp, Frankfurt, 1981.

Hinkelammert, Franz. *Cultura de la esperanza y la sociedad sin exclusión*. DEI Costa Rica 1996.

Hirschman, Albert. *Acción privada e interés público*. Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

Metz, Johann Baptist. *Para una cultura de la memoria*. Anthropos, 1999.

PNUD. *Desarrollo Humano en Chile. Nosotros los chilenos - un desafío cultural*. Santiago, 2002.